

LA ARMADURA DE DIOS

EFESIOS 6, 10-18

MADRE NADINE

**De los Intercesores del Cordero
en
Omaha, Nebraska**

RECONOCIMIENTOS

La Madre Nadine y los Intercesores del Cordero están muy agradecidos y se consideran muy bendecidos de haber tenido a tan buenas personas que voluntariamente tradujeron, transcribieron y editaron este trabajo.

Estamos muy agradecidos a Yolanda Bello, quien tradujo al español las reflexiones de la Madre Nadine, a Marie Colón quien tradujo y transcribió el prefacio y primer capítulo.

Queremos además agradecer a Isabel González, Lynn Gray, Encarna Brown, Marisol César, Carlos Ramírez, Dulce Cabrera y Saray Arroyo, quienes transcribieron las reflexiones. Además estamos agradecidos a Carmen Ramos y a José Aburto que también hicieron la traducción y revisión de este trabajo.

Todas estas personas pusieron mucho esmero y muchas horas de trabajo en esta labor de amor sin ningún interés de recompensa.

PREFACIO

La humanidad está actualmente en plena guerra espiritual. No hay manera de evitarlo. La maldad nos rodea como nunca antes. La brujería se practica abiertamente. Los niños se matan entre sí, y la vulgaridad domina la cultura popular. La tecnología es un nuevo Dios y oímos de la infiltración de la Nueva Era en todas partes, desde las escuelas hasta la Casa Blanca.

En este remolino espiritual, en los desafíos de tal era, en el peligro de lo demoníaco, no puede haber un libro más importante que éste que tiene ahora en sus manos. Ha sido escrito por una de las personas más expertas en la intercesión espiritual, Madre Nadine Brown, y viene a nosotros como una luz que rompe la oscuridad del momento. Este no es solamente un libro acerca del mal, pero más que todo, es un libro sobre cómo defendernos de los ataques demoníacos—cómo podemos protegernos a nosotros y a nuestros seres queridos—y cómo, con Cristo, podremos vencer el mal.

Este es un libro sobre la guerra espiritual, pero más que todo, es un libro sobre el desarrollo espiritual. Es un libro que todo Católico debería leer, un libro lleno de información que debería ser predicado desde el púlpito. Como Madre Nadine sabe muy bien, la tarea urgente de nuestros tiempos es la de armarnos contra los asaltos de Satanás. El anda rondando como león rugiente. El es el padre de la mentira. El nos ataca constantemente. Es de suma importancia que aprendamos a defendernos, que nos demos cuenta de que esta vida en la tierra es una prueba

constante y que tenemos que eludir las trampas del mal antes de que podamos encontrar el camino al paraíso.

De esto se trata en este libro: de protegernos contra la maldad y de derrotarla, de vencer en el combate espiritual. Es evidente que en todo el panorama espiritual, la maldad está creciendo en grado asombroso y tiene que ser confrontada. El materialismo, la avaricia y la lujuria, han obscurecido las aspiraciones más nobles de la vida, mientras los demonios atacan a los hijos de Dios. En todas partes hay evidencia de tal contaminación. En los suburbios de la ciudad de Nueva York los niños se entretienen con juegos demoníacos, hasta el punto de llamar a los espíritus para que se posesionen de ellos. En San Francisco, los funcionarios públicos de la ciudad asisten a una fiesta donde se ejecutan ritos satánicos. En Hollywood el paganismo y la impureza están desenfrenados.

Nosotros tenemos que confrontar este mal y purificarlo o Dios lo vá a purificar por nosotros. En este libro la Madre Nadine nos enseña con maestría a descubrir cómo trabaja el mal y nos explica cómo librarnos de sus ataques. Nos dice donde se encuentra y nos explica como se propaga. Ella describe las características del mal y cuidadosamente delinea el camino para sacarlo de nuestras vidas.

Permítanme repetir una vez más que la Madre Nadine y su nueva comunidad de Intercesores en Omaha, Nebraska son una luz resplandeciente en un mundo de oscuridad. Ellos son verdaderos guerreros de oración. Se han embarcado en un camino excitante que disipa la falsedad con la verdad y la oscuridad con el amor. Sus sesiones de liberación no contienen extravagancias. No dan alaridos ni gritos. Sino que van purificando el mal con los instrumentos claves del Cristianismo: la fé, la humildad y el amor. Se apoyan en las enseñanzas bíblicas. Siguen cuidadosamente las enseñanzas de la Iglesia. Y como dije,

Madre Nadine es una de las personas más expertas de nuestro país en el combate espiritual, y su visión y su sabiduría nunca serán olvidadas por aquellos que dediquen algún tiempo para leer su libro.

Con este libro van a adquirir el sentido de cómo poder vencer el mal que nos rodea y de cómo tomar medidas para proteger a sus familias. Para instruirlos en todo eso ¿quién mejor que la Madre Nadine? La he conocido por años y siempre me ha impresionado por su fortaleza y su valentía. Ella es una combatiente distinguida en el ejército de Dios, y para desarraigar el mal que existe en la vida de la gente, emplea las mejores armas de las devociones carismáticas y Marianas.

Yo les pido que lean este libro muy despacio, que lo lean cuidadosamente, y que después lo pasen a alguien más porque este es un libro lleno de sabiduría.

Es un libro lleno de conocimientos de gran urgencia.

Es el diseño de la victoria.

Y está lleno de algo que Satanás nunca podrá conquistar: el amor dulce y humilde de Cristo.

Michael H. Brown

CAPITULO 1: LA ARMADURA DE DIOS

***“Revístanse con toda la armadura de Dios
para que ustedes puedan afrontar firmemente
todas las tácticas del diablo.”***

(Efesios 6,11)

Hace varios años una de las hermanas y yo, estando de visita en Colorado, decidimos ir a un Monasterio Trapense en Snowmass. En el mapa el monasterio no se veía muy lejos, pero para cuando llegamos cerca del lugar ya estaba oscuro. Andábamos en terreno montañoso y no conocíamos los caminos. Pensamos que sería mejor regresar. Pero al revisar el mapa creímos que un poco más adelante había un atajo. “¡Qué bueno!”, dijimos, “tomemos ese atajo”. Ese fue un gran error porque déjenme decirles, ¡En las montañas no existen atajos! Y tampoco existen atajos para llegar a Dios.

De todas maneras tomamos ese atajo que nos llevó a un camino muy peligroso porque cada vez se iba haciendo más angosto. Yo iba en el asiento del pasajero y podía mirar sobre el borde, montaña abajo, y decía, “¡Ay Dios mío! ¡Ay Dios mío!” Finalmente vimos un pequeño espacio alrededor de un árbol y decidimos apartarnos allí para, de alguna forma, dar vuelta y regresarnos. Eso era demasiado peligroso. Nos paramos allí y estábamos viendo el mapa, tratando de orientarnos, cuando un carro en el que había varios hombres se detuvo frente a nosotros impidiéndonos el paso. Podíamos ver que se trataba de algo malo y ambas lo presentíamos. Así pues, le dije a mi compañera: “No hay tiempo para dar la vuelta porque nos han cortado el paso. Date prisa que tenemos que seguir adelante”. Sabíamos que estábamos en peligro.

Ellos inmediatamente nos siguieron y yo comencé a rezar, pidiendo ayuda. Era el día de una fiesta de Nuestra Señora y como mis pensamientos estaban en ella, le pedí que nos ayudara. ¡La maldad parecía empeorarse y necesitábamos ayuda inmediata! Entonces imploré al Señor: “¡Señor, sálvanos que perecemos!”. Entonces comenzó a llover. Oscurecía, y estábamos en uno de los pasos más altos de las Montañas Rockies cuando empezó a tronar y a relampaguear. Casi estábamos agarrándonos de la montaña, avanzando con gran cautela para mantenernos en la carretera. El otro carro iba exactamente detrás de nosotras lleno de maldad. No había nada que pudiéramos hacer y ambas lo sabíamos.

Yo dije: “Quizás, ya que nadie nos escucha allá arriba, mejor hagamos un Acto de Contrición porque creo que no vamos a sobrevivir”. Así lo hicimos. Se podía palpar la maldad, pegajosa y fría, cuando de pronto pensé, “¿Qué estoy pensando? La persona en quien confío más que en nadie es el Padre”. Jesús nos enseñó a rezar así: “Padre...líbranos del maligno” (Mateo 6,13). Por consiguiente, así rezamos, tan solo una frase: “¡Padre, libranos de este mal!”. En un instante el mal se evaporó. ¡En un instante! El carro que nos seguía comenzó a quedarse más y más atrás y nosotras salimos del peligro. ¡Qué manera tan poderosa de enseñarme que existe una maldad de la que solamente el Padre nos puede rescatar, y Jesús lo sabía!

La oración del guerrero es la oración que Jesús nos enseñó, el Padre Nuestro. En particular, la oración del guerrero es la parte que dice, “Padre nuestro....líbranos del mal” (Mateo 6,13). Algunas traducciones dicen, "Padre nuestro....líbranos del maligno". Cuando al “mal” le ponemos una cara y nos referimos a él como el “maligno”, nos ponemos en alerta al darnos cuenta que este mal es un poder que está activo y que no es solamente un concepto nebuloso. Cuando decimos “el maligno”, queremos decir

que ahí hay un personaje. El maligno es un espíritu con una misión propia y específica, no hay duda de esto. Juan, el contemplativo, podía “ver” de una manera especial porque tenía visión de águila. Los contemplativos pueden “ver” por el don de sabiduría, a través de los ojos de Dios, porque ellos tienen corazones que escuchan. La sabiduría de Juan no le vino de la mente o de leer libros, sino de la comunicación de corazón a corazón con Jesús. Juan “recostó su cabeza en el pecho de Jesús” (Juan 13,25), y fue allí donde él aprendió—directamente del corazón de Jesús. Juan, ya desde entonces, podía ver ese mal. “El mundo entero está bajo el poder del maligno” (1 Juan 5,19). Juan conocía el poder que el maligno tenía. También sabía que este maligno es un personaje, un ser real, vivo y activo, no tan solo un concepto. Hoy en día, nosotros podemos ver que el mundo entero está todavía bajo este poder del maligno. Tenemos que ir al Padre para que nos libre del maligno.

Jesús nos enseñó como hacer esto: así como El fue al Padre para ser librado del mal, nosotros también tenemos que ir al Padre para ser librados del maligno. El Padre tiene el poder de libramos y quiere compartir con nosotros ese poder. En 1 Juan 4,4 nos recuerda esto: “Saben bien, hijos míos, que el que está con ustedes y los ayuda con Su gracia es más poderoso que el espíritu del anticristo que está en el mundo”. Ahora Satanás sabe muy bien que, por medio de nuestra relación con Dios, podemos tener acceso al Padre y a Su poder. Nosotros somos los que nos olvidamos que dentro de nosotros hay uno que es más grande. El poder más grande que tenemos es el Padre y nuestra relación con El. Por tanto, aquí está nuestra arma número uno para la guerra espiritual: es nuestro Abba, nuestro Papito. ¡Eso es muy hermoso!

La clave es nuestra relación con el Padre. Es muy importante tener una relación con el Padre, especialmente para los guerreros de oración. Necesitamos tener una relación como la que tenía Jesús con Su Padre. Por

supuesto, esta relación se va a desarrollar y profundizar según vayamos creciendo más y más en la unión con Jesús. Esta relación es importante para que, cuando oremos, no solamente estemos *recitando* una oración. Más bien, estemos *rogándole* a Alguien que conocemos personalmente, Alguien a quien le pertenecemos, Alguien que es nuestro Papá, que nos libre del mal. Esto es importantísimo.

Tal vez ustedes ya sepan la experiencia que tuve cuando conocí al Padre. Cuando miramos hacia atrás nuestra visión es 20/20. Retrospectivamente, podemos ver muy bien. Cuando me preparaba para convertirme en un miembro de la Iglesia Católica, al comienzo de mis veinte años, no le dije a mi propio padre que yo estaba tomando instrucciones, porque sabía que él no estaría contento con eso. Yo quería que las instrucciones continuaran sin tropiezo, por eso decidí, “No le diré ahora. Una vez que ya esté bautizada en la Iglesia Católica, entonces se lo diré y todo resultará bien”. Mi papá y yo éramos muy, pero muy, unidos. Mi madre había muerto y mi padre se había casado nuevamente. El ya no vivía en Omaha. Fui bautizada la Víspera de Navidad, y al día siguiente, el Día de Navidad, él y su esposa llegaron a la ciudad y entonces les dije: “¿Adivinen qué?...” ¡Bueno, fue un desastre! Fue un desastre total. El me repudió. Esto fue para mí una herida muy profunda. Pues yo era hija única, y muchas veces las hijas y sus padres tienen una relación muy especial. El no solo me repudió, sino que cuando volvió de nuevo a su casa lo puso por escrito. Yo me sentí muy, pero muy, herida por eso.

Yo estaba tan herida que me senté, en una manera muy infantil, y le escribí una carta que cualquiera diría que la había escrito una quinceañera. “Bueno si ya nunca más vas a ser mi padre, tampoco yo voy a ser tu hija.” En esos términos iba la carta. Antes de enviarla por correo, se la llevé al sacerdote que me instruía. Eso fue extraño; ¿por

qué hice eso? Realmente no lo sé, pues nunca antes había yo mostrado una carta a nadie antes de enviarla, pero por alguna razón se la llevé a este sacerdote. El estaba sentado detrás de un escritorio. Leyó mi respuesta, y moviendo su cabeza muy despacio me dijo: “No, nosotros no hacemos esto”. Yo estaba sentada frente al escritorio y le dije: “¿Qué quiere decir usted con, nosotros no hacemos esto?”. El me dijo: “Bueno, lo que quiero decir es que nosotros damos la otra mejilla”. Yo le dije: “Oh, de veras, ¿quién dijo eso?”. Y él contestó: “Jesús”. “Oh, de veras, ¿y qué significa eso para mí? Explíqueme eso.” El me dijo: “Tú has estado escribiéndole a tu padre cada dos semanas, contándole tu vida y tus actividades. Eso quiere decir que continuarás haciendo lo mismo. Eso quiere decir que irás a Misa todos los días, como lo has comenzado a hacer ahora como Católica, y que rezarás con todo tu corazón”. ¡Rezarás con todo tu corazón!

Allí estaba todo. Desde mis primeros días en la Iglesia Católica, el Señor estaba preparándose para esta clase de ministerio. Me estaba guiando a la intercesión ya desde el principio. No lo entendí en ese momento, pero ahora puedo ver claramente porqué ocurrió esto. Mis primeros dos meses en la Iglesia Católica los pasé en profunda oración por mi padre. Nunca pasó por mi mente rezar por mí misma. Solamente estaba dedicada a orar por mi padre para que él pudiera comprenderme a mí y mis acciones. Después de tres meses de oración intensa, mi padre tuvo un sueño muy hermoso. Su padre, que es mi abuelo y que ya no vivía, se le presentó y le dijo: “Todo está bien. Ella es ahora una hija de Dios”. Eso es exactamente lo que me estaba pasando durante esos tres meses. Yo me había criado en una relación muy cercana con mi padre terrenal, y ahora que estábamos separados, yo necesitaba desesperadamente un padre en mi vida. Esto me obligó a ir inmediatamente al Padre Celestial con todas mis necesidades. Como yo nunca había vivido sin padre,

inmediatamente entré en esta relación con mi Padre Celestial. Es una relación preciosa que crece en profundidad cada día y tengo la esperanza de que siempre crezca.

Les pido a todos ustedes que trabajen en desarrollar una relación con el Padre. Muchos de ustedes, quizás, ya tienen esa relación con el Padre, pero si no es así, sepan que es un don especial que les suplico que lo pidan. Es un puro regalo, pero esta es la misión de Cristo, ¿no es así? Toda la misión de Jesús es llevarnos al Padre. El dijo: “El Padre es más grande que yo” (Juan 14,28). Jesús nunca será suficiente para cualquiera de nosotros, particularmente para los guerreros de oración. Hacia el final de la vida de Jesús, Felipe que había estado con Jesús por tres años, le dijo: “Señor, muéstranos al Padre y eso será suficiente para nosotros” (Juan 14,8). Jesús ya no era suficiente. Así también, nuestra relación con Jesús llegará a un punto cuando ella tampoco será suficiente. Nuestra relación con el Padre es esencial, particularmente cuando rezamos que nos libre de este mal constante. ¡Dios es muy poderoso y tiene una excelente estrategia!

En Marcos 9,14-29 leemos que los apóstoles trataron de echar fuera a un demonio y no pudieron. Cuando le preguntaron a Jesús qué habían hecho mal, El les dijo: “Esta clase de demonios solamente se puede expulsar por medio de la oración”. Algunas traducciones bíblicas dicen, “Por oración y ayuno”. ¿Se han preguntado ustedes alguna vez qué quiso decir Jesús cuando dijo, “esta clase” de demonios? Yo he meditado mucho sobre este punto y estoy segura que debe haber muchas teorías diferentes, pero he llegado a reconocer recientemente que sí existe “esta clase” de maldad y que es sumamente poderosa. Solamente el Padre puede librarnos de “esta clase”. Por cierto, recientemente yo estaba rezando con alguien a través del teléfono. Esa persona necesitaba oraciones para un miembro que estaba alejado de su familia. Mientras orábamos, descubrí que la persona estaba involucrada en una clase de maldad tan poderosa que el Señor me dijo: “En esta clase de maldad, tú sólo pídemelo a Mí y yo haré el

resto. Tú no te metas. Déjame a Mí. Yo lo libraré”. La imagen que me vino fue la del Padre que vino y lo levantó de las llamas del infierno. Eso es, pues, lo que quiero decir. Existe “esta clase” de mal y se necesita que el Padre sea el Libertador.

Yo no siempre sabía esto, pero es interesante saber que en el ministerio de combate espiritual hay un poder para “esta clase”. No hace mucho, meditaba sobre el “Padre Nuestro” donde Jesús dice: “Padre, líbranos del mal” y se me ocurrió que la manera que el Padre escoge para librarnos es por medio de Jesús y Su Sacrificio. Jesús es el Libertador. Jesús se convirtió en víctima de Su propia intercesión y cuando nosotros oramos nos convertimos también en lo mismo. Algunas veces nosotros también nos convertimos en las “víctimas” de nuestras propias oraciones. Muchas veces uno le pide a Dios que haga algo y parece que la vida entera empieza a descontrolarse. Y uno se pregunta, “¿Dios mío, dónde estás?”. El está ahí mismo, probablemente escuchando las oraciones, pero ahora uno se ha convertido en el cordero víctima de su propia intercesión. El está pidiendo que uno cargue parte del peso de la carga. El está usando ese sacrificio para compensar por la falta de amor. ¡Esto es poderoso! Jesús se convirtió en la respuesta misma a nuestra oración: “Padre, líbranos de todo mal”. El Padre responde a la oración: “Yo te libraré del mal y será por medio de Ti, mi Hijo”. Ahora nosotros, por medio de Jesús que vive en nosotros, Su Cuerpo aquí en la tierra, podemos también ser víctimas de nuestra propia intercesión.

Cuando uno está envuelto en esta clase de ministerio, a veces el mal puede parecer sumamente abrumador. Si no tenemos cuidado, podemos tener la tendencia de echarnos las cargas encima nosotros mismos, tratando de obtener la respuesta de nuestras oraciones con nuestras propias acciones. Por eso tenemos que regresar constantemente a esta relación con el Padre y dejar que El

sea el que dirige. Así nos mantenemos pequeños. Se lo llevamos todo al Señor; ahí podemos descansar. En nuestra humanidad, podemos perder el enfoque en Dios como lo hizo el pobre Pedro. El estaba caminando sobre las aguas cuando desvió sus ojos de Jesús y empezó a hundirse (Marcos 6,45-52). Esto nos puede pasar también a nosotros, y todo parecerá salir mal — todo el equipo se descompone, la máquina de lavar se desborda, los niños están peleando y todos los carros se dañan a la vez. En ese momento, si no tenemos cuidado, empezaremos a hundirnos. Siempre habrá esa última gota que rebase la copa y clamaremos, “¡Oh, Señor! ¿Dónde estás Tú?”.

Yo debo haber estado en este punto de abatimiento hace algunas semanas cuando tuve una imagen de San Miguel. El aparecía grande en esta imagen, grande como un Paul Bunyan. Era enorme y estaba vestido de armadura completa. ¡Yo también estaba en esa imagen y le llegaba a las rodillas! El dijo: “Tú eres pequeña. Recuerda Nadine que tú eres pequeña y que la batalla le pertenece al Señor”. Yo deseo compartir esto con ustedes. Nosotros somos pequeños; somos, gracias a Dios, nada más que niños pequeños. Es en nuestra pequeñez, en nuestra debilidad que somos fuertes (2 Cor. 12,10).

Cuando somos pequeños, recibimos la fuerza del Señor y la batalla es del Señor. A veces podemos olvidarnos de esto porque nos envolvemos en lo que estamos haciendo, pero necesitamos recordar que la batalla es del Señor. Hay fortaleza en el hecho de damos cuenta que nunca estamos solos y que el Señor siempre está con nosotros. El está llamando también a otros guerreros de oración. Por eso nunca estamos solos.

San Miguel es un amigo muy cercano y querido de los guerreros de oración. Nosotros no hacemos nada sin San Miguel Arcángel. Si ustedes no conocen personalmente a San Miguel, espero que lo conozcan pronto. Cuando yo me preparaba para ingresar a la Iglesia Católica, el sacerdote mencionó de casualidad a este ángel,

San Miguel Arcángel. Yo nunca había oído hablar de él y nunca había conocido a alguien con ese nombre. Recuerdo que estaba sentada allí diciéndole al sacerdote: “Este es el primer Miguel que he conocido. Creo que vamos a ser buenos amigos”. ¡Bueno, qué poco sabía yo entonces qué tan buenos amigos íbamos a llegar a ser!

El movimiento de la Nueva Era está en la Iglesia, aunque no se identifique como tal. Los Papas han escrito sobre él, advirtiéndonos de sus peligros inherentes para nosotros y para nuestra Iglesia. En 1907, una Encíclica preciosa escrita por el Papa Pío X, Compendio en el que se Condenan los Errores de los Modernistas, fue publicada refiriéndose a este movimiento de la Nueva Era como “modernismo”. Pero nunca oímos nada más de cómo podríamos prevenirlo. Esta advertencia profética fue ignorada. Pío XII también estuvo muy preocupado por este “modernismo”, que ese movimiento de la Nueva Era pudiera entrar en la Iglesia como lo ha hecho. Ha entrado bajo la apariencia de oración; y ha entrado como oración contemplativa falsa y con un misticismo falso. El Papa Juan Pablo II, como Cardenal Karol Wojtyla, en 1976, también trató de advertirnos la influencia tan terrible que el maligno tendría en nuestra sociedad y en nuestra Iglesia. El dijo:

“Estamos ahora ante la confrontación histórica más grande que la humanidad haya tenido. No creo que los amplios círculos de la sociedad Norteamericana o los amplios círculos de la comunidad Cristiana reconozcan esto en su totalidad. Ahora estamos ante la confrontación final entre la iglesia y la anti-iglesia, entre el Evangelio y el anti-evangelio. Esta confrontación cae dentro del plan de la Divina Providencia; es una prueba en la que toda la Iglesia tiene que tomar parte.” Cardenal Karol Wojtyla, en su visita a los Estados Unidos en 1976 (“Notable & Quotable”, Karol Cardenal Wojtyla, Wall Street Journal, 9 de noviembre, 1978). El Papa Juan Pablo II ha hablado

mucho sobre este mal. El es un Papa muy profético, y en mucho de lo que ha dicho, se puede ver la visión que tiene de lo que le va ocurrir a la Iglesia. Hoy en día podemos ver que esta prueba ya ha comenzado; estamos en plena guerra.

Esta prueba en que estamos no debería sorprendernos cuando leemos en Génesis 3,15 que fue Dios mismo el que declaró la guerra. El dijo: “Haré que haya enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya. Ella te pisará la cabeza mientras tú herirás su talón”. Aquí El es el Agresor. El Padre Celestial es el que tomó la iniciativa y fue El el que declaró guerra contra Satanás. Esta prueba no es algo que debemos temer, como si fuese Satanás quien tuviera el mando y fuese él el que declaró la guerra. No, es el Padre el que declaró la guerra. Nosotros, también, estamos involucrados en esta batalla porque formamos parte del Cuerpo de Cristo. Nosotros estamos en oración con Nuestra Señora. ¿Sabían ustedes que ella tiene sus botas de combate puestas? Ella está reuniendo a sus guerreros de oración. Ella está visitando el mundo entero hoy en día con una aparición tras otra. ¿No es eso increíble?

Me gusta recordar uno de los momentos que tuvimos en Medjugorje cuando uno de los sacerdotes que viajaba con nosotros no tenía su homilía preparada. El tuvo el privilegio de ser uno de los celebrantes principales de la Misa mayor en la Iglesia de Santiago. Esto es un verdadero honor para un sacerdote. Por lo tanto, él quería que su homilía fuera una muy especial. Pero la homilía no le venía y no le venía, y durante todo el trayecto en el avión, pensaba, “Ella me la dará cuando lleguemos a Medjugorje. Ella me la dará”. Ahora ya estábamos en Medjugorje; eran las nueve de la mañana y todavía no tenía la homilía. La liturgia bilingüe iba a comenzar a las diez en punto, y él todavía no tenía la homilía lista. Se estaba poniendo nervioso. Los sacerdotes empezaban a reunirse en la sacristía y se estaban poniendo sus vestimentas.

El encontró una esquinita en la sacristía donde no había nadie alrededor, exactamente en frente de la estatua de San José a quien él le dijo: “San José, Ella no me contesta. Por favor pídele a tu esposa que me dé la homilía. Sólo me quedan 30 minutos”. Había silencio, pero él podría haber jurado que oyó a San José decirle: “No puedo hacer eso. ¡Ella nunca está en casa hoy en día!”. Ella es así, una Señora siempre en movimiento, ¿No es así? ¡Ella, hoy día, nunca está en casa! porque está aquí con nosotros, reuniéndonos a todos y formándonos para lo que vendrá en el futuro.

Un día en nuestro patio yo oía una gran conmoción, algo diferente, como el chillido de un pajarito en peligro. Así es que salí al patio a ver que era lo qué pasaba. Me acerqué a un árbol y cuando miré hacia arriba, vi una culebra tratando de comerse los huevos del nido de ese pajarito. Yo nunca había visto una culebra cara-a-cara. Ahora, por ser una persona envuelta en la guerra espiritual, ustedes creerían que eso a mi no me perturbaría. ¡Pero como saben alguno de ustedes, cuando estaba en el claustro, yo era la única monja que tenía permiso para usar guantes en el jardín porque tenía mucho miedo de tocar un gusano! Yo soy la última persona a quien Dios pudo haber llamado para este trabajo.

De todos modos, al ver esta culebra, que para mi era un símbolo de Satanás y del mal, yo pensé, “Ay, Dios mío, no puedo dejar que esta culebra llegue a robar estos huevitos”. Corrí a la casa a traer una escoba. Cuando salí de vuelta la culebra me vio. Ella ni siquiera se deslizó para bajar del árbol. Simplemente se tiró al suelo porque no podía deslizarse lo suficientemente rápido. Los huevitos ya estaban a salvo y más tarde pensé acerca de esto. Ustedes saben que nada pasa por casualidad, nada. A medida que reflexionaba sobre esta situación, encontraba en ella una enseñanza profunda para mí. Lo que el Señor me estaba enseñando era, ante todo, que cuando El quiere que confrontemos el mal y que cuando es **en el tiempo del Señor**, no habrá ningún temor en la confrontación. No

importa cual sea el mal o cuan poderoso sea, no habrá ningún temor de ninguna clase.

También podemos ver esto en la vida ordinaria. Oímos historias de madres que se tiran ellas mismas en frente de los osos para salvar a un hijo o que llegan a tener tanta fuerza para levantar un carro y rescatar a su hijo. ¡El amor es tan poderoso! Tiene una fuerza más allá de la que la persona misma pueda tener. Uno ni siquiera piensa en sí mismo. Igual será cuando nos enfrentemos contra la maldad de gran potencia. El amor de Dios lo sobrepasa todo y El está completamente encargado de todas las situaciones. ¡El amor de Dios es tan poderoso que todo lo conquista!

La otra cosa que Dios me enseñó en este pequeño incidente fue que Satanás está tratando de robar hoy en día la vida en el vientre. Está tratando de robar la vida antes de que alcance su potencial. Está tratando de robar la vida de los huevitos, aún antes de que sean empollados, como estamos viendo en el número alarmante de abortos hoy en día. Está tratando de robar a los jóvenes de su potencial completo. Hasta está tratando de destruir la vida en aquellos de nosotros que estamos caminando con el Señor, valiéndose del espíritu del mundo. El trajin diario nos puede robar nuestra quietud y nuestro tiempo de rezar todos los días. Satanás siempre está tratando de robar algo. El es un ladrón que se apodera de todo lo que no le pertenece. Todo este movimiento del mal que está invadiendo el mundo, hoy día, tiene muchas caras, pero al final de cuentas sabemos que es el mismo promotor el que está detrás de todo eso. Es el mismo Lucifer detrás de todo. Tenemos que recordar siempre que la batalla es del Señor y que todo saldrá bien. ¡Dios es más poderoso y El tiene una estrategia fenomenal!

Por consiguiente, **“Revístanse con toda la armadura de Dios para que ustedes puedan afrontar firmemente todas las tácticas del diablo”** (Efesios 6,11).

Sabemos que ya hemos ganado, porque la victoria ya ha sido ganada por Jesús, y verdaderamente la batalla es del Señor.

CAPITULO 2: EL CINTURON DE LA VERDAD

“Manténganse firmes y tomen la verdad como cinturón...”

(Efesios 6,14)

Todo cambia en este mundo. Hoy en día la gente no cumple su palabra, tal vez hasta nuestros padres no hayan cumplido lo que nos habían prometido. Como por ejemplo, “Si te duermes ahora, y eres una niña buena, mañana por la mañana te daré un caramelo”. Llegó el día siguiente y aún el séptimo día y nuestros padres estaban muy tranquilos. Crecimos con la idea de que quizás sea o no sea cierto. Esto no es del todo malo, porque nos obliga a discernir y a buscar cuál sea la verdad y cuál no.

Pero, ¿qué es la “verdad”? Cuando oímos la palabra “verdad”, ¿en qué pensamos? ¿Pensamos sólo en los hechos? Sin embargo, como cristianos no podemos hablar de la verdad en estos términos. Tenemos que hablar del Espíritu Santo, del Espíritu de la Verdad. Esto es lo que significa la “verdad”, que el Espíritu Santo es la “verdad” misma, que vive dentro de nosotros como vivió dentro de Jesús. Jesús dijo: “Yo soy el camino”. **“Yo soy la verdad”** (Juan 14,6). Hoy más que nunca necesitamos al Espíritu Santo, el Cinturón de la Verdad.

Imagínense que vamos a la guerra con armadura completa y nos olvidamos del cinturón. No funcionaría. Nos caeríamos sobre nosotros mismos porque se nos caerían todas las partes de nuestra armadura. El cinturón es lo que mantiene todo junto y si vamos a ser empleados por Dios como guerreros de oración, tenemos que tener ese cinturón de la verdad, el Espíritu Santo. Sin el Espíritu Santo, nuestra armadura no va a ser eficaz y ni siquiera se quedará en su sitio.

Quizás ustedes se estén preguntando, “¿Cómo podemos obtener el Espíritu Santo como cinturón de la verdad? Yo no soy sabio, soy muy pequeño”. Y exactamente, así es. Somos pequeños, y cuando somos pequeños necesitamos al Espíritu Santo para que El esté totalmente a cargo. Consideremos las palabras de Jesús: “En verdad les digo: si no cambian y no llegan a ser como niños, nunca entrarán en el Reino de los Cielos” (Mateo 18,3). Los niños siempre tienen que verificar todo, haciendo preguntas por esto y por aquello. Ellos saben que necesitan ayuda. Esto no quiere decir que no usemos nuestro intelecto, pero a la vez debemos saber que necesitamos el Espíritu Santo para que El esté a cargo de nosotros.

O sea que para mantenernos en la “verdad” tenemos que caminar hacia la verdad nosotros mismos. El discernimiento es conocer la diferencia entre la luz y la oscuridad, la verdad y la mentira, amor y temor, lo bueno y lo malo, entre los dos líderes, Jesús y Satanás. Discernimiento quiere decir que verificamos todo por medio del Espíritu Santo que está activo dentro de nosotros. Necesitamos Su ayuda y esperamos que el Espíritu Santo nos mantenga al tanto de que El es nuestra ayuda y que con El continuemos verificándolo todo.

Tenemos que aprender acerca de la verdad porque nosotros estamos constantemente tratando con la mentira y el engaño. Jesús llamó a Satanás un mentiroso (Juan 8,44). ¿Pero cómo reconocemos la verdad a menos que nosotros mismos estemos caminando hacia la verdad? Nosotros no sabemos si está oscureciendo a menos que vivamos en la luz. Nosotros no estamos ni siquiera al tanto de que el aire se está volviendo más contaminado. Es una cosa gradual y nos puede tomar desprevenidos. Necesitamos este don de discernimiento en esta época en que muy fácilmente se confunden la verdad y la mentira.

Es curioso que no fuera sino hasta que comenzó la Renovación Carismática en la Iglesia Católica que todo el concepto del mal comenzó a surgir más y más hacia la luz. De repente, ahora estamos más concientes de las cosas que nos rodean, e inclusive cosas dentro de nosotros mismos que no habíamos reconocido antes. Es casi como si el Espíritu de la Verdad no hubiera existido antes. No reconocíamos el engaño o el mal. Y de repente, con la llegada del Espíritu Santo y Su luz, comenzamos a ver el engaño. Ahora podemos ver el engaño en todas partes. En las noticias de la televisión lo oímos en los comentarios y en las publicaciones noticieras de nuestro gobierno. El engaño está por todas partes; puede estar en distintos grados, pero allí está. Aquí es donde nuestro don intuitivo de discernimiento nos llega del Espíritu de la Verdad. Algunas veces la manera en que El nos lo deja saber es casi por instinto. La llamamos “unción”. Es algo dentro de nosotros mismos que nos dice “pon los frenos”, o como sucede con un gato que de repente se encorva aunque no sabe lo que hay allí, pero está listo. El Espíritu puede ser activado dentro de nosotros, dejándonos saber, “Ten cuidado, algo no está bien. ¡Atención!”. Este es el Espíritu de la Verdad, la luz que se enciende para guiarnos.

Algunas veces no confiamos en este don intuitivo de discernimiento y actuamos contra de él porque decimos, “Oh, no, sólo es cosa nuestra”. Pero cuando miramos hacia atrás, podemos ver que el Espíritu Santo nos está enseñando que debemos estar concientes de esta intuición y ser obedientes a la voz del Espíritu en nuestro interior. Cuando el corazón habla, en ese momento tenemos que tomarnos el tiempo para escucharlo y preguntarle, “¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué estoy en alerta? ¿Por qué no me siento bien con esto?”. Esta “advertencia” no siempre nos está previniendo del mal. Algunas veces es que el Padre está deseando enseñaros una debilidad dentro de nosotros mismos que necesitamos ver para hacernos más íntegros. Es muy importante que seamos sensibles a este movimiento interior del Espíritu en nuestro corazón. Aquí es donde el discernimiento

toma lugar, no tanto en la mente sino dentro del corazón. La mente recoge los datos. Necesitamos los datos para un buen discernimiento, pero después tenemos que ir al corazón y entrar en lo intuitivo. El corazón tiene su propia lógica y esperamos que vaya junto con la mente, pero muchas veces no será así y tendremos que verificarla con el Padre. La mente no está a cargo. Dios que vive en las profundidades de nuestro corazón es el que está a cargo. Para el discernimiento, siempre vamos al corazón.

Hace algún tiempo un doctor me llamó desde otro estado. El, anteriormente, se había separado de un grupo de médicos porque los otros doctores iban tras el dinero y no seguían las enseñanzas de la Iglesia en la medicina. Ahora, él, para continuar en la clase de trabajo que había comenzado recientemente, estaba pensando si debería irse a trabajar con otros doctores que lo estaban urgiendo a que se fuera con ellos, o si debería unirse con un amigo con quien había estudiado en la universidad. El conocía bien a este doctor y confiaba en él. Acabando de leer esto, ¿cuál hubiera sido su discernimiento, usando nada más que el sentido natural? Uno diría que se apartara de ese grupo de doctores y que se fuera con su amigo que él conocía y en quién confiaba. Parece lógico, ¿verdad? Uno podría pensar, “¿Qué es lo que hay que discernir?”. Pero siempre debemos preguntarle al Padre qué es lo que El quiere. Yo le dije al doctor que íbamos a tratar de conseguirle un discernimiento, pero que también le íbamos a pedir específicamente a Dios que se lo diera también a él. Cuando rezamos, nos quedamos asombrados por lo que el Señor indicó, con firmeza y con muchas confirmaciones, ¡que tenía que trabajar con ese otro grupo! Este doctor nos llamó al día siguiente y nos dijo: “Es extraño, pero creo que no voy a comenzar esa práctica con mi amigo”. ¿Verdad que es interesante? Uno de los doctores en este otro grupo era judío, pero el Señor le aseguró que la labor sería cristiana y que todo estaba bien. Esto era totalmente

opuesto a lo que nosotros hubiéramos pensado, usando solamente nuestra mente. Pero, el corazón, el Espíritu de la Verdad y de la Luz, es el discernidor.

Así es que siempre tenemos que preguntar. Nunca podemos asumir que sabemos todas las respuestas, porque en el asumir es que se pueden cometer errores. El Señor dejó la opción abierta para este doctor. El discernimiento siempre dejará opciones abiertas, porque el Señor nos permite escoger, usando el don tan precioso de nuestro libre albedrío. Este es el don que Dios nunca tocará. El nos deja que escojamos, aún cuando cometamos errores. El tomó ese gran riesgo cuando nos dio ese don porque lo podemos emplear mal. Pues este don del libre albedrío es para que podamos decidir, elegir, y decidir en todo momento. El no elegir, el no decidir, el no tomar decisiones es hacer una selección. El fruto que surge de la decisión es siempre la señal de si la decisión fue o no fue la correcta. Una buena decisión siempre será seguida por buenos frutos.

Para nosotros, los que caminamos con el Señor día tras día, oímos Su voz y vamos viendo cómo El trabaja, particularmente en otras personas, y también en las circunstancias y en nuestras propias vidas. Comenzamos a asumir o a presumir que sabemos como Dios va a moverse o a actuar. Este es uno de los más grandes escollos que Satanás utiliza contra nosotros. Como pasa con los esposos que deben tener mucho cuidado de no asumir que saben lo que la una o el otro pensará, hará o dirá, así también nosotros debemos ir despacio y revisar todas las cosas. Somos hijos de la luz. Tenemos que ver. Dios no quiere que estemos en la oscuridad. Por eso, en cada situación, no nos moveremos hasta que tengamos la luz. No adivinamos, “Bueno, eso es lo que yo creo...” Nosotros esperamos hasta que reconocemos lo que Dios quiere. Podemos buscar a alguien en quien confiemos; puede ser un sacerdote, un director espiritual, un buen amigo, inclusive, esposo o esposa. En decisiones mayores esperamos una

confirmación antes de seguir adelante. El que da la confirmación es el Confirmador, el Espíritu Santo. Necesitamos la fortaleza y la Luz del Espíritu Santo.

En Juan 16,8 Jesús dice: “Cuando el Espíritu venga, mostrará claramente a la gente del mundo lo que es el pecado, la justicia y el juicio de Dios”. Y eso es lo que vemos que El está haciendo. Estamos viendo que el pecado se manifiesta de muchas maneras.

Uno de los primeros lugares en que vemos el pecado es dentro de nosotros mismos. Frecuentemente se ha oído decir que uno de los más grandes trucos de Satanás es dejar que todo el mundo crea que él no existe. Debemos tener mucho cuidado porque podemos dejar de ver su actividad dentro de nosotros mismos, aún cuando él quiere usarnos como sus agentes, sus instrumentos. A veces se piensa que Satanás no puede usar o engañar a los cristianos. Pero esto no es verdad. Satanás utilizó a Pedro en un intento de debilitar la resolución de Jesús de ir a la Cruz. Pedro fue escogido como buen amigo de Jesús. ¿Y cómo pudo pasar esto? Es increíble, pero Satanás le habló a Jesús directamente a través de Pedro, alguien que era tan fiel a Jesús. “¡Dios no lo permita, Señor! Nunca te sucederán tales cosas” (Mateo 16,22). Entonces Jesús, siendo Jesús, por supuesto, lo reconoció. Pero puede ser que nosotros no. Primero que todo, la Cruz no es atractiva para muchos de nosotros. Nosotros preferiríamos tomarnos un Tylenol. Toda la Iglesia atropelladamente huye de la Cruz. No es natural seguir a Jesús hasta el Calvario. Nada en el cristianismo es natural, porque es sobrenatural. Aquí está la belleza de esto: necesitamos un Poder superior al de nosotros, necesitamos una Luz superior a la nuestra, un Juicio superior al nuestro y necesitamos una Sabiduría más allá de la nuestra. Necesitamos el Espíritu de la Verdad. Necesitamos el Espíritu Santo.

En Juan 18, 37-38 Jesús dice: “Todo el que está del lado de la verdad escucha mi voz”. Pilatos preguntó: “¿Y

qué es la verdad?”. Hoy en día hay tantos matices de la verdad. La cultura en que vivimos nos hace muy difícil oír la verdad y reconocer el engaño. Podríamos oír el 50% de la verdad y 50% de la mentira, el 80% a 20% o 99% a 1%, pero si la verdad no es 100%, no viene de Dios. Dios no matiza nada. Nosotros estamos bien acostumbrados a oír la verdad mezclada con la falsedad. Necesitamos tener puesto el cinturón de la verdad y necesitamos oír con la sabiduría y el discernimiento del Espíritu Santo.

El don de discernimiento es el mismo Espíritu Santo. El es pura Luz. Satanás se disfrazará como un ángel de luz. A nosotros los Cristianos nos gusta la luz y estamos acostumbrados a ella, pero no siempre reconocemos el engaño. Y no siempre podremos reconocer a este ángel de luz como un falso, porque él es astuto y falaz. Satanás se contenta con 97% de la verdad si nos puede engañar con el otro 3%. Pero la Luz de Dios es más brillante. Necesitamos esa Luz todo el tiempo para poder detectar los matices y así poder reconocer la mentira. No nos importa estar muy cerca la Verdad, sino la verdad completa, el 100%. Debemos ir al Espíritu Santo y preguntarle, “Necesito luz. ¿Es esto la verdad?”. Entonces sus dones se activarán, esos bellos dones de que habla Isaías que todos recibimos en la Confirmación, y empezaremos a ponerlos en uso.

En un tiempo yo no entendía que esta Luz, que este don de discernimiento, era una parte de nuestras armas. Ni siquiera sabía que estábamos en una batalla, que estábamos en guerra. Pero este cinturón de la verdad es parte del escudo de Dios. Tiene que ser utilizado en esta batalla espiritual. El estado de la Iglesia de hoy día es tal que ni siquiera reconocemos que estamos en plena guerra espiritual. En otro tiempo podíamos ir a la Iglesia y no dudábamos nada de lo que oíamos desde el púlpito. Ahora ya no se puede hacer esto. No se puede ni leer un periódico católico sin tener que discernir si lo que se lee es la verdad

o no. La decepción se ha infiltrado demasiado en la Iglesia, tanto por causa del espíritu del mundo como de los poderes satánicos. Por eso estos dones de discernimiento del Espíritu Santo han comenzado a ser activados ahora cuando más los necesitamos.

Cuando somos dirigidos por la luz, uno de los dones que está activado dentro de nosotros y que también recibimos en la Confirmación, es el don de Entendimiento. Al entender algo, ¿se han dicho ustedes alguna vez, “Oh, ahora sí entiendo”? Hay una luz que de pronto se enciende. Cuando este entendimiento llega, uno no puede menos de darse cuenta. Es como si alguien hubiera encendido una luz en la oscuridad y por fin uno puede ver. En ese momento no cabe la menor duda de que esa luz viene de fuera y que no es algo que uno haya fabricado, y una convicción firme la acompaña. Es la Luz del Espíritu Santo.

El Don de Conocimiento está muy activo cuando se prende esta Luz porque comenzamos a conocer, comenzamos a conocer algo que no comprendíamos antes. Esto es importante porque en el discernimiento operan tres Espíritus: El Espíritu Santo, el Espíritu de la Verdad; luego está el espíritu maligno, el que engaña, el mentiroso; y además está nuestro espíritu humano que es muy pobre y débil. Nuestro espíritu se adhiere al Espíritu Santo o al espíritu maligno. Y por eso Jesús dice: “El que no está conmigo, está contra Mí; y el que no recoge conmigo, desparrama” (Mateo 12,30). Por eso Jesús dice que tenemos que estar totalmente con El, porque si no es así, estamos contra El. No hay ningún compromiso en la guerra; uno no puede sentarse en la cerca.

Aquí no hay áreas grises. Tenemos que llegar a ese “conocimiento” porque sin El tropezaremos en la oscuridad. Solamente damos el paso siguiente cuando tenemos la “luz” que nos dirige. Esto es sumamente importante.

Satanás va a aparecer varias veces en todo este libro porque siempre existe el contraste entre la luz y las tinieblas. Eso nos ayuda a ver mejor y a reconocer el engaño. El es siempre un mentiroso, y con eso citamos lo que dijo Jesús. En Apocalipsis 12,9 se le llama, “el seductor del mundo entero”. Se lo llama el mentiroso, se le llama Lucifer. Nosotros tal vez lo conocemos más como Lucifer, el ángel de luz, porque ese es el nombre que se le daba antes de la caída.

“¿Cómo caíste del cielo, Lucero, hijo de la aurora?” (Is. 14,12). Lucifer quería ser el Lucero de la Mañana. Al final del libro de la Apocalipsis se habla de Jesús como el Lucero de la Mañana. De una manera sarcástica, Dios le habla a Lucifer: “¿Como caíste a la tierra Lucero, hijo de la aurora? ¿Has sido derribado por tierra, dominador de las naciones? Tú que habías dicho en tu corazón: ‘Al cielo voy a subir, por encima de las estrellas de Dios alzaré mi trono, y me sentaré en el Monte de la Reunión, en el extremo norte. Subiré a las alturas del nublado, seré igual al Altísimo’”. Y Dios contestó: “¡Al Seol has sido precipitado!” (Isaías 14,12-15).

Aquí vemos su caída, pero él no está encadenado. El anda errante y está muy activo. Y cuando cayó se llevó a un buen número con él. Leemos en las Escrituras de la guerra que se desató en el cielo contra San Miguel y sus ángeles, y dice que: “Su cola arrastró a la tercera parte de las estrellas del cielo” (Apocalipsis 12,4). Así es que estamos seguros de que, por lo menos, la tercera parte de los ángeles se fueron con Lucifer—por decisión propia. ¡Es difícil creer que se fueron por decisión propia! ¡Es bueno saber que son **más** los ángeles que se quedaron en el cielo—las dos terceras partes! También tenemos La Trinidad, Nuestra Señora y todos los Santos con nosotros a nuestro lado. Tenemos mucha ayuda, créanme.

Veamos cómo trabaja Satanás. Hablaré del Génesis Capítulo 3, porque Satanás raramente cambia sus tácticas,

particularmente cuando son tan exitosas. La generación puede cambiar, el país puede cambiar, las caras pueden cambiar, pero él no cambia. El es un destructor y su actividad siempre destruirá. Su actividad hasta puede llegar a asesinar a otras personas como lo vemos en la historia de Caín y Abel.

Uno de los instrumentos más eficaces de Satanás es la división. No reconocemos esta división tan fácilmente como sus otras tácticas, porque a veces la división no es tan destructiva al comienzo. A Satanás no le importa cuanto tiempo tenga que esperar. El se mueve entre los cristianos, empezando con algo que sea atractivo y bueno. De repente viene un argumento insignificante y la división comienza a ganar terreno. Terminamos diciendo, “Bueno, después de todo yo estaba en lo correcto”. Podemos racionalizar y justificar nuestras acciones hasta el extremo, pero lo que está en la base de todo esto es que una cosa buena trajo división. Esto es un fruto malo. Examinen siempre el fruto en cada situación; así podremos ver si Jesús está presente. A penas comencemos a ver que el fruto es malo, tenemos que reparar la brecha rápidamente antes de que la división se amplíe. El Señor me dijo que la división es uno de los primeros medios que Satanás usa porque con ella puede retardar nuestro avance. El sabe que no puede detener totalmente a los Cristianos, pero sí puede detener la obra de Dios, a veces por una vida entera.

Veamos como se mueve Satanás en Génesis 3: “La serpiente era el más astuto de todos los animales del campo que Yahvé Dios había hecho” (v.1). Qué interesante es ver que Dios creó a Satanás. No debemos olvidar esto. Satanás quisiera que nosotros lo olvidáramos y que creyéramos que Dios y Satanás son iguales. Y esto no es ni siquiera cercano a la verdad, pero al mismo tiempo tenemos que reconocer que Satanás es muy poderoso. Como ha dicho nuestro Santo Padre: “En esto hay mucho misterio— hoy en día Satanás es una realidad terrible”. (Eso fue

publicado en el periódico, Las Noticias de la Ciudad de Nueva York, 1978.) Nuestra Señora, en muchas de sus apariciones continuamente nos habla del poder y de la fuerza que él tiene, pero mantengamos un balance. Nosotros tenemos a Dios que es mucho más fuerte, y Satanás es meramente una criatura. Los ángeles fueron criados por Dios. Satanás no es Dios. Por más que él quisiera que creyéramos que tiene la inteligencia, el poder y la sabiduría de Dios, él no tiene ninguna de estas cosas. El no es Dios. Y, después, la serpiente continúa y le dice a la mujer: “¿Así que Dios les ha dicho que no coman de ninguno de los árboles del Jardín?” (v.1). El puso algo allí que sabía muy bien que Dios no había dicho y lo estaba usando para ponerle una zancadilla, o porque de hecho no estaba seguro de lo que Dios había dicho a Eva.

Comenzó por querer sacar información diciendo: “¿Así que Dios les ha dicho que no coman de ninguno de los árboles del Jardín?” (v.1). Recordemos que Adán y Eva caminaban con gran intimidad con Dios todos los días. Ellos estaban llenos de luz, y cuando las personas están en oración, hay toda un área dentro de ellas donde Satanás no puede entrar. Hay un área dentro de nosotros que es tan íntima con el Padre que ni siquiera nuestros ángeles de la guarda pueden entrar allí. Hay áreas dentro de nosotros que Satanás no conoce, a menos que decidamos dárselas a conocer. Eva escogió decirle lo que él obviamente quería saber. Ella le dijo: “Podemos comer de los frutos de los árboles del jardín” (v.2). Entonces ella le dio la información que él buscaba. “Menos del fruto del árbol que está en medio del jardín. Dios nos ha dicho: ‘No coman de él ni lo prueben siquiera, porque si lo hacen morirán’” (v.3). Ahora, ya él tenía la información que quería. Ahora él sabía exactamente lo que Dios le había dicho a ella. Es tan importante que sepamos la Verdad, que conozcamos a Dios, porque Dios es el mismo ayer, hoy y siempre. El nunca cambia. Su verdad es siempre la misma. Una vez

que habla, así sea Su Palabra en la Escritura o por medio de Su Iglesia, o Su palabra a nosotros en la oración, El no va a cambiarla ni a contradecirse. **El** siempre será el mismo. Podemos creer en El. El es la Verdad.

Volviendo a la escena del jardín con Eva y la serpiente, Satanás pone en duda la palabra de Dios. A Eva le dice: “¡No, de ninguna manera morirán!” (v.4). Ahora él da un paso más allá todavía y de esa manera la atrapa. Le dice: “Lo que pasa es que Dios sabe muy bien que el día en que coman de él, se les abrirán a ustedes los ojos; entonces ustedes serán como dioses y conocerán lo que es bueno y lo que no lo es” (v.5). El conocía la debilidad de Eva. Satanás cayó por su orgullo. El le dijo a Dios: “No te serviré”. Al desdichado le encanta tener compañía y Satanás está apurado buscando amigos. Eva también cayó por su orgullo; esa era su debilidad. Es increíble, pero Eva le creyó a la serpiente, así como algunas veces nosotros también le creemos. ¿Por qué? “La mujer vio que el árbol era apetitoso, que atraía la vista y que era muy bueno para alcanzar la sabiduría” (v.6). ¿Ven que astuto es Satanás? Este es lucifer haciendo lo mejor que él sabe hacer.

Necesitamos luz. Lucifer presentó algo bueno, y “La mujer vio que el árbol era apetitoso y que era muy bueno para alcanzar la sabiduría” (v.6). Ese era el poder que ella quería. Satanás fue directamente a su punto más débil. Ella quería saber lo que Dios sabía. La ironía de todo esto es que la habilidad, la luz para conocer lo bueno y lo malo, era también exactamente lo que el Padre quería que ella tuviera. El Padre quiere que sepamos, que lo conozcamos a El y a Su corazón; todo lo que El tiene nos lo ha dado con y por Jesús. Nosotros no nos convertimos en Dios o en dioses, pero somos siempre hijos de Dios, y El quiere que nos acerquemos más a El. Somos parte de la familia de Dios. Ahora, en una familia los padres quieren que sus hijos aprendan todo lo que ellos saben. Los hijos tienen que acercarse más en la relación, pero ellos no tienen

que convertirse en los padres de la familia. Ellos no tienen que ser iguales dentro de la familia. El niño será siempre niño en el grupo de la familia. Esta es la manera cercana e íntima que el Padre desea tener con nosotros — que nosotros seamos sus hijos. El siempre será el Padre.

Mi papá murió hace poco tiempo, ya muy anciano, pero él nunca fue otra cosa que un Padre para su hijita. Yo siempre fui su “hijita”. La edad no tiene nada que ver con la relación. Esto es parecido a nuestra relación con Dios. El quiere que conozcamos Su mente y Su corazón, pero El siempre será el Padre y nosotros no. El es el Santo y nosotros no, pero porque quiere compartir Su Luz, El también quiere compartir Su sabiduría y Su entendimiento. Estos dones están siempre disponibles para nosotros. Nosotros ya los tenemos. El nos da estos dones a través de Su Espíritu junto con todos los atributos que El tiene. El Espíritu está constantemente tratando de enseñarnos cómo utilizar estos dones.

San Pablo dice: “El Espíritu de Dios lo examina todo, hasta las cosas más profundas de Dios” (1 Corintio 2,10). Solamente el Espíritu hace esto. Por eso vamos al Espíritu Santo cuando deseamos saber algo de la mente y del corazón de Dios en una situación particular, y le preguntamos a El: “¡Oh Dios! ¿Qué hay en tu mente y en tu corazón? ¿Lo compartirás conmigo?”. O como en Jeremías 29,11 El Señor dice: “Yo sé muy bien los planes que tengo para ustedes...un futuro lleno de esperanza”. Yo no sé los planes de Dios, pero El me los dirá si quiere que los sepa. Si quiere que dé el paso siguiente en Su plena luz, El me lo dirá. “Padre, ¿cuales son tus planes? Por lo menos muéstrame el paso siguiente de tu plan.” Comúnmente El no nos enseña todo el plan, porque El es amoroso, bondadoso y sabio. Tropezaríamos o nos paralizaríamos llenos de miedo si supiéramos Su plan completo. Todavía tenemos que crecer espiritualmente. No le diríamos al niño de cinco años lo que tendrá que hacer a los veinte. No le

damos las llaves del carro a un niño hasta que por lo menos tenga dieciséis años y estemos seguros de que sabe conducir. Tenemos que madurar en las cosas, pero podemos pedirle al Señor que nos ilumine, dándonos a conocer el paso siguiente de Su plan.

Cuando, después de salir del claustro, regresé a casa para comenzar este nuevo ministerio, Dios me guió en este llamado, paso a paso, con tanto cuidado que para mí fue casi abrumador. En el convento nunca me molestó no saber el paso siguiente, porque todo lo que necesitaba saber, Dios me lo decía. Pero ahora que estaba en casa no sabía cual sería el paso siguiente, y me topaba con el espíritu del mundo de manera muy sutil a través de excelentes Cristianos. Yo asistía a un grupo de oración todos los sábados a la noche llena de paz y gozo, y la gente del grupo me decía: “¿Tienes ya tu comunidad?” “No.” “Bueno pues, ¿cuándo la vas a tener?” “No sé.” “Y ¿tienes donde vivir?” En esos tiempos, yo andaba moviéndome de lugar en lugar, lo que Dios proveía, y era feliz. “No, no lo tengo.” “Y ¿no crees que necesitas un sitio donde vivir? Si vas a tener una comunidad, necesitas un lugar para alojar a la gente.” “Pues sí.” “Bueno y ¿dónde va a ser?” “No sé.” “Y ¿no crees que debes hacer algo?” Después de esa reunión yo llegaba todos los sábados a mi casa muy contrariada. Estas bellas personas no tenían la menor idea. Solo estaban preocupadas por mí. Yo estaba sola, sin un lugar donde vivir, sin un techo permanente sobre mi cabeza. Me tomaba dos o tres días para recobrar de nuevo la paz que sentía cuando no tenía que preocuparme de saber los planes de Dios. Yo no tenía porqué saberlos, porque el Padre ya los sabía. Satanás me estaba robando la paz y pronto pude ver el juego que estaba usando. Satanás estaba valiéndose de estas personas para mortificarme. Y lo logró, digamos, al menos con tres o cuatro reuniones. Pero entonces el Señor tuvo misericordia de mí y me dio a entender que en eso había una trama que ya se estaba

desarrollando, y comencé a ver la repetición. La visión retrospectiva de 20/20 es estupenda y pude ver lo que pasaba. Ahora que sabía lo que estaba pasando, podía ir a la reunión y decirles: “No, no, pero en el tiempo indicado por Dios todo ocurrirá, será cuando El esté listo”. Y así pude permanecer en la paz de Dios.

Pero lo que sí ocurrió fue que llegaba de la reunión a la casa y le preguntaba al Señor: “Señor, y ¿qué hay de esta comunidad? ¿Qué tal si me das un lugar para vivir? Y una vez que consigas el lugar y la comunidad, ¿cómo vamos a darle de comer a toda esa gente? Yo sé que tú puedes cuidarme a mí, ¿pero supongamos que tenga que darle de comer a otra boca, a otra, y a otra? Sabemos que esto puede seguir y seguir”. Entonces el Señor me dijo: “No te preocupes de estas cosas; esos son los pasos 2, 3, 4 y 5”. Le pregunté: “¿Y por que no puedo saber cuales son los pasos 2, 3, 4 y 5?” Y El me respondió: “¡Porqué entonces tú, únicamente te atravesarías en mi camino!”. Así pues, no se desanimen si solamente saben un paso a la vez, porque así es como El nos guía, pasito a pasito, porque El nos ve como niños y así nos ama. Cuando uno está enseñándole a un bebé a caminar le enseña a dar un pasito a la vez. Los padres se echan hacia atrás y el niño viene hacia ellos. Y si los padres se echan un poquito más y más hacia atrás, el niño viene más y más hacia ellos. Los padres siempre animan al niño para que dé un paso más, un paso que el niño nunca hubiera dado si los padres, desde el principio, lo hubieran llamado del otro extremo del cuarto. Pues así es Dios también, porque nosotros de verdad somos hijos de Dios. Vamos a crecer. No tenemos que preocuparnos por eso. Tal vez pensemos, “¡Oh, Dios mío!, con un paso tan pequeño no voy a llegar a ninguna parte”. Pero Dios siempre se está moviendo y animándonos para que avancemos...hacia El.

Así pues, Adán y Eva perdieron esa luz y entonces ellos se vieron al natural, se vieron desnudos. Ellos no

habían captado que habían estado viviendo en el Espíritu, en lo supernatural, en una intimidad tan estrecha con Dios, hasta que perdieron estos dones. Nosotros también los perdimos todos, menos uno, el libre albedrío, la libertad de escoger. Este es el regalo que Dios quiso que conserváramos. Todos los otros dones que se perdieron en la caída están siempre en proceso de ser reparados dentro de nosotros. Nos ayudan a crecer más y más fuertemente a medida que crecemos más y más en este proceso de purificación.

Satanás puede atacar a los Cristianos con cosas buenas. Siendo una recién convertida, yo, por supuesto, estaba llena de fuego con el celo del amor de Dios. Estaba totalmente enamorada de Dios y no podía hacer lo suficiente por El. Yo tenía un confesor y director espiritual que me dio gran libertad para desarrollar mi espiritualidad. Los recién convertidos necesitamos dirección porque tenemos la tendencia a ser extremistas, y por eso él me vigilaba muy de cerca. Cada vez que leía algo sobre los santos, yo quería hacer todo lo que ellos hacían sin reconocer, en aquel tiempo que cada santo era un individuo distinto y que Dios quiere que cada uno haga sólo lo que El quiere que haga.

Yo deseaba poder leer los corazones como el Cura de Ars. Comía papas cocidas todos los días porque eso era lo que él hacía, o me ponía un saco de penitente porque eso era lo que hacían los santos carmelitas. Así pues, cada vez que leía lo que hacía algún santo, eso era exactamente lo que yo quería hacer. Yo también quería llegar a ser santa. Y cuando leía acerca de muchos santos que hacían ayunos y penitencias severas, yo pensaba, “Si eso es lo que se requiere para ser santa, creo que eso será lo que tengo que hacer”. Pero nada duraba por mucho tiempo. Y por eso mi director espiritual me dejaba hacerlo — para que me quitara mis propias ideas. El sabía que no iba a durar más de una o dos semanas.

Era el principio de Cuaresma y yo estaba ansiosa de ayunar. Unos amigos muy buenos me convencieron que

ayunara a base de jugos de frutas durante la Cuaresma, y yo pensé, “; Oh, eso parece maravilloso! Voy a ir al desierto y voy a dejar todo atrás”. A mi director espiritual no le gusto mucho la idea, titubeó, y al final me dijo: “Esto es lo que vamos a hacer. Vamos a probar y veremos cómo te sientes al final de una semana, ¿Está bien?”. Yo le dije: “Está bien”. Así pues, comencé y al final del tercer o cuarto día ya estaba muy cansada. Tenía un trabajo que me tomaba todo el día y estaba muy activa en la Legión de María. Estaba extremadamente ocupada. Estaba muy cansada y mi nivel de energía fallaba cada vez más, pero yo estaba decidida a completar los ocho días de este ayuno. Como pueden ver aquí, ya estaba apareciendo otro aspecto que no tenía nada que ver con la salvación de las almas o del amor a Dios. Era sólo el empeño de terminar la semana para obtener el permiso de hacer el resto de la Cuaresma. Mi motivo no era bueno. Pero, como ven, en aquel tiempo yo no tenía conocimiento de mí misma. No podía por mí misma ver lo que estaba pasando. No conocía mi propio corazón. Al final del octavo día me veía malísima y me sentía terrible. Tenía mucha hambre con severos dolores de estómago. Yo pensaba, “¡Dios mío! ¿Será esto lo que sufrieron los Santos?”

Mi director espiritual vio esto y me dijo: “Yo no creo que deberías continuar este ayuno, pero si te hace sentirte mejor, pídele al Señor que te muestre lo que piensa El de tu intento de ayunar y qué es lo que El quiere que hagas tú”. Yo pensé, “Eso es muy justo”. Le pedí, pues, al Señor que me mostrará Su mente y Su corazón, y creo que esta fue la vez que vi una de mis primeras imágenes; no recuerdo haber tenido tales imágenes anteriormente. La imagen fue de una bella manzana roja que ahora me recuerda el episodio del jardín, el pecado, pero en ese momento no fue así. Vi una manzana bella que empezó a girar lentamente, y era como si el Señor quisiera que yo admirara esta manzana. Pero cuando estaba ya por

terminar de dar la vuelta completa, vi que un gusano horrible salía de la manzana. ¡Eché a perder toda la imagen! Yo pensé, "¿Qué es eso?". Entonces, El me habló por primera vez y me dijo: "Eso eres tú. Eso es tu amor propio. En todo lo que haces allí está tu "yo". Yo era presidenta de la Legión de María y estaba haciendo maravillosos trabajos apostólicos, pero era siempre para que "nuestro grupo" tuviera más conversiones, más bautizos, más matrimonios y más iglesias con adoración perpetua. Eso parece maravilloso, ¿verdad? Requiere mucha entrega. Probablemente todos los del grupo de la Legión de María tenían un motivo correcto. Para mí era como si algo me impulsara, pero no el motivo correcto. Era mi "yo" mezclado con algo para Dios.

Este es el espíritu humano. Satanás toma algo bueno y con eso hace lo que puede para deteriorar nuestra salud. Así nuestros trabajos apostólicos no podrán dar fruto. Después de algún tiempo vamos a notar eso y veremos que algo anda mal. Es el "yo". El espíritu humano es el más difícil de discernir y no podremos hacerlo solos nosotros mismos, porque está muy cercano a nosotros. No podemos ver claramente el espíritu humano en nosotros. Podemos verlo en otra persona, porque juzgamos objetivamente, pero no cuando se trata de nosotros mismos. Por eso necesitamos verificar nuestro discernimiento para ver, "¿Qué espíritu está actuando cuando oramos de esta manera? ¿Qué espíritu está actuando cuando emprendemos una obra? ¿Es de veras con el Espíritu Santo con quién actúo, estoy en plena armonía con El, o soy solamente yo?". Satanás va a aprovechar cualquier debilidad que encuentre. Por eso es necesario conocerse a sí mismo y conocer nuestras debilidades para poder discernir el espíritu humano.

Este verano llegó una llamada telefónica de alguien a quien dirigía una de nuestras hermanas en Bellwether. Esta hermana me pidió que rezara para hacer un

discernimiento. Una joven quería saber esta cosa: ella había entrado a una tienda de libros cristianos aquí en Omaha, y había notado que casi no había libros para niños referentes a la Sagrada Familia y a la niñez de Jesús, los días de Nazaret. Ella decía que cuando entró a esa tienda y vio el arreglo de los libros, se le había venido la idea instantánea de que el Señor quería que ella escribiera libros para niños, y que se dedicara a escribir sobre esta materia. Ella es maestra con mucha experiencia con niños. Esto sería para ella una cosa muy natural de hacer. Le parecía que esto venía del Señor, pero no estaba segura. Ahora, ella sabiamente estaba llamando a su directora espiritual para pedirle su opinión, y le dijo: “Lo que usted piense es lo que probablemente voy a hacer. Yo siento que esto viene del Señor, pero necesito su confirmación”. Eso es poner mucha responsabilidad sobre un director espiritual. Por eso la hermana me llamó y me preguntó acerca de esto. Y yo le dije: “No sé, vamos a hablar con el Señor”

Nunca tengan miedo de decirle a alguien, “No sé”. Si no podemos decir eso, es porque tenemos problema con nuestro propio orgullo. **No** sabemos. Esa es la verdad. Ese es el cinturón de la verdad. Tal vez creamos saber, y si es así, Dios también lo confirmará. Pero nosotros no sabemos. Nosotros siempre somos los “pequeños” buscando al Maestro. Es muy interesante ver que cuando buscamos la mente de Dios en este caso, el Señor nos mostró que eso venía de ella, de su propio espíritu. Ella siempre había querido escribir un libro. Yo le pregunté a su directora espiritual si alguna vez esta joven le había dicho que siempre había querido escribir un libro. “Oh, sí”, me contestó, “ese siempre ha sido su sueño preferido” Satanás estaba usando eso y entonces pensé, “Y ¿por qué Satanás tendrá tanto interés de que ella escriba libros para niños? Sería muy bueno y una bella contribución a la Iglesia”. Entonces cuando le presenté esto al Señor: “¿Por qué no eres Tú el que se está actuando en esto y por qué no

es el Espíritu Santo quien le inspira escribir este libro?”. Entonces me dejó ver un paso más adelante, uno más profundo. Era que la estaba llamando a una vocación religiosa. En lo íntimo de su corazón ella lo sabía, pero estaba huyendo de esa decisión. Eso hubiera sido algo muy bueno para el Señor, pero no era lo que el Señor le pedía. Nunca sabemos, ¡nunca! ¡Así pues, ella ya no va a escribir el libro!

Ese es nuestro propio espíritu interior que es muy engañoso. No nos conocemos a nosotros mismos muy bien. Cuando estamos demasiado cerca de nosotros, no podemos ser objetivos. Un buen discernimiento consiste en descubrir qué espíritu está actuando allí. Eso es ser objetivo. Por eso es más fácil conseguir un discernimiento para otras personas porque no somos parte del objeto. No tenemos prejuicios ni predisposiciones; somos neutrales. Por eso cuando queremos discernir de cualquier manera, debemos tomarnos el tiempo para ponernos en un estado neutral. Esto toma tiempo. Puede tomar días. Podríamos tener que enfocar toda la atención en pedir la gracia de llegar a ser neutrales. San Ignacio llama a esto “ser desinteresados”, que en eso no hay nada para nosotros. Yo no soy parte de eso. Si es de esta manera, magnífico; si es de esta otra, espléndido. Y después dejemos que Dios tenga la plena autoridad para decidir. Aún así, todavía nuestra decisión puede ser aceptar o rehusar lo que Dios nos pide o nos muestra. El no va a tocar el libre albedrío que nos ha dado; pero por lo menos ahora con este discernimiento, nos va a revelar cual es Su voluntad, o Su preferencia, o el mal que está escondido detrás de eso. Puede suceder que no podamos discernir bien la primera vez o aún en la segunda, pero El continuará tratando de guiarnos en la dirección correcta. El encenderá la “Luz”, nos ajustará los cinturones y nos enseñará el camino.

Siempre debemos tener mucho cuidado. Satanás viene disfrazado como ángel de luz y nos trae

aparentemente cosas buenas. Como, por ejemplo, aún la oración. “Señor, voy a hacer la promesa de rezar una hora todos los días, especialmente durante la Cuaresma. Eso es lo menos que puedo hacer, darte una hora cada día.” Eso parece ser muy apropiado, si ese día es Domingo y estás bien descansado. El Lunes por la mañana, quizás sea una lucha, pero como hicimos la promesa, vamos a cumplirla. Llega el martes, y se hace aún más difícil. Hay otras cosas en la mente. El miércoles, quizás sólo oramos treinta minutos. Para el fin de la semana, ¡ya no oramos del todo! Eso puede suceder, y es precisamente lo que Satanás quiere. Podemos hacer planes grandiosos, “Voy a hacer grandes cosas por el Señor”, y al final no hacemos nada. Terminamos desilusionados. “Dios mío, ni siquiera una hora al día te puedo dar.” Y por eso nos vamos sintiendo inútiles. El paso siguiente, es no orar ya en absoluto. Una vez que estamos desalentados, desistimos de todo lo que estábamos haciendo. Probablemente este es el instrumento número dos de Satanás, el desaliento. El desaliento nunca viene de Dios. Satanás lo usa constantemente para quitarnos el entusiasmo.

Pueden ver aquí, como en el Génesis, un poco de su estrategia. Satanás toma la palabra de Dios y la cambia. Toma la Verdad y la deforma, aunque sea sólo un poquito. Probablemente la ventaja que tiene Satanás con los Cristianos es que no tomamos el tiempo para averiguar las cosas con Dios. Adán y Eva andaban con Dios todos los días, como lo dicen las Escrituras, en gran intimidad, en este bello jardín. Eva fácilmente pudo haber dicho: “Es mejor que le pregunte esto a Dios. Después te diré si la voy a comer o no. Tal vez la coma mañana”. Pero no lo hizo así. Por eso, cuando se encuentren demasiado ocupados, o alguien los presiona para que le den una respuesta inmediata, no lo hagan. Aunque sea solo por un minuto, pregunten: “¿Puedo llamar más tarde?”. Retírense a algún sitio y verifíquelo; porque, si no, a Satanás le gustan las

respuestas rápidas. El trata de confundirnos: “No le pregunten a Dios”, porque entonces estarán en contacto con la verdad, con la sabiduría, y sabrán los pensamientos de Dios—y los intentos de Satanás de confundir serán expuestos. Tendremos la luz y el conocimiento. Satanás es el agente de las tinieblas y si puede encontrar caminos y tácticas para mantenernos en la oscuridad, especialmente manteniéndonos muy ocupados, eso es lo que usará. Se dice que Satanás hasta llegará a cantar en el coro de la Iglesia, sí eso es lo que se requiere para agarrarnos. El está en la Iglesia. El está en Medjugorje; lo hemos encontrado allá. Quizás algunos de ustedes también. El está en todas partes.

“Manténganse, pues, firmes y tomen la verdad como cinturón...” (Efesios 6,14). ¡¡El mundo entero está en poder del malvado y por eso estamos nosotros aquí para reclamarlo de nuevo para el Señor!!

CAPITULO 3: EL ESCUDO DE LA FE

*“En toda circunstancia,
tengan siempre en la mano el escudo de la fe.”
(Efesios 6,16)*

Hasta ahora sabemos que para mantenernos firmes necesitamos la armadura de Dios, con el Cinturón de la Verdad, el Espíritu Santo, alrededor de la cintura. San Pablo continúa en Efesios 6,16: “En toda circunstancia, tengan siempre en la mano el escudo de la fe”. Este escudo del que Pablo probablemente estaba hablando era una armadura completa. Cubría enteramente a la persona, a todo el soldado. Nuestro escudo, la Fe, nos debe cubrir totalmente. La Fe es nuestra protección. ¡Qué regalo más bello que Dios nos ha dado! Cuando fuimos bautizados, desde el principio, se nos dieron tres dones muy importantes: la fe, la esperanza y el amor. Inmediatamente, a penas comenzamos nuestra vida nueva, Dios nos da este bello don de protección, nuestra fe.

Como pequeños infantes no sabíamos como utilizar estos dones, pero teníamos fe en nuestros padres. Sabíamos que cuando ellos nos levantaban no nos dejarían caer. Cuando teníamos hambre sabíamos que nos darían de comer. Sabíamos que ellos siempre nos cuidarían. Esto nos hacía sentirnos amados y seguros. La fe nos protege. Es un arma y es una parte muy importante de nuestra armadura. A la vez que maduramos y comenzamos a usar el don de la fe, nuestra fe comenzará también a crecer. Esto sucede con todos los dones; si los usamos, crecerán. Tenemos los dones de la fe, la esperanza y el amor, pero si no tomamos la iniciativa en amar, en perdonar y en todo lo que origina del amor, estos dones se vuelven inactivos. Los dones comenzarán a morir. Hay que usarlos; hay que

activarlos. Necesitamos estar constantemente concientes de que tenemos estos dones y que necesitamos usarlos. Cuando ustedes creen que tienen fe, por ejemplo, es precisamente cuando algo sucede y reconocen que no la tenían en absoluto. Este proceso de “amplificación” es el que Dios usa y es un regalo para que crezcamos.

Miremos al pobre Pedro. A todo el mundo le gusta usar a Pedro como ejemplo porque se parece mucho a nosotros. ¡Miren como Pedro amó a Jesús! Cuando Jesús lo llamó a que saliera de la barca y caminara sobre las aguas hacia El, Pedro lo hizo. Eso es tener fe, pero Jesús quería que la fe de Pedro creciera. Yo apostaría cualquier cosa que Jesús se echó un poco hacia atrás para hacer que Pedro avanzara más hacia adelante. Y de repente, después de utilizar toda su fe para salir de la lancha, Pedro encontró que ya no tenía más fe. Pedro debió pensar, “¡Qué estoy haciendo! Debo de estar loco. Nadie puede caminar sobre el agua”. No hay nada natural sobre el don de la fe, ni sobre ninguno de estos dones. Estos dones son *sobrenaturales* y se nos dan para hacer cosas sobrenaturales. Le pregunté al Señor: “¿Qué te sostuvo a Ti sobre el agua? Pedro no lo pudo hacer”. Jesús me dijo: “El amor de mi Padre”. Jesús se mantuvo siempre en el amor del Padre. El amor del Padre es lo que hace mover el don de la fe—es el poder de Su amor. El amor del Padre es como el motor en un carro; es lo que le da fuerza para que corra. Una vez que comenzamos a confiar en esa clase de amor, empezamos a confiar también en la Persona que es Amor. Entonces reconoceremos que este Amor, que es el Padre mismo, nos sostendrá hasta el final.

Debemos tener mucho cuidado con la frase que dice: “Bueno, si tuvieras fe, podrías caminar sobre las aguas; si tuvieras suficiente fe, lo podrías hacer...” Hay una gran diferencia entre la presunción y la obediencia. Caminar sobre las aguas sin haber sido llamado por el Señor y decir, “Bueno, aquí estoy. Dios me sostendrá”, eso

es presunción. Eso es presunción, y estamos bordeando al pecado. ¡Dios quizás nos sostenga, o quizás no! Pero caminar sobre las aguas porque hemos escuchado la voz del Señor pidiéndonos que lo hagamos, este es un acto de fe. Confiar en la fortaleza, en la belleza y en la bondad de otra persona, en vez de confiar en nosotros mismos, eso es fe. Y la fe se manifiesta en la obediencia. Reflexionando sobre mi propia vida, no encuentro que hayan jamás estado separadas. Cuando no estaba en la Voluntad perfecta de Dios, tampoco estaba en el camino de la fe. Realmente van juntas, la fe y la obediencia.

Si no estamos protegidos por la fe, Satanás nos atacará. Y si alguna vez quieren saber si están protegidos por la fe, verifiquen bajo qué autoridad están actuando: ¿bajo la propia autoridad de ustedes, la de la Iglesia, la de su confesor, la de su director espiritual o la de cualquier otro? Esta es nuestra salvaguardia. Si estás actuando bajo tu propia autoridad ten mucho, mucho cuidado porque quizás no estés caminando en el campo de la fe, en absoluto. La fe consiste en obedecer a lo que Dios pide de nosotros.

Muchas veces pensamos, “Señor, yo no tengo suficiente fe para hacer eso”. Eso es humildad, porque es la verdad. Está bien que nos hallemos en este estado de inseguridad, porque entonces pediremos más fe. “Dame más fe, Señor. Señor yo creo, pero ayúdame en mi incredulidad.” Esta es la oración que todos podemos repetir todos los días. No es que no creamos. Sí creemos, pero Dios siempre nos está desafiando a que nos movamos más allá de un nivel confortable, a un nivel de convicción más profundo, a un nivel más profundo de fe. Dios hace esto cuando pone ciertas situaciones en nuestras vidas que nos ayudan a crecer.

Por ejemplo, una de las situaciones más grandes que ha desafiado a mi fe a crecer, fue cuando Dios me llamó a que saliera del claustro. Fue una experiencia aterradora en

las primeras etapas, que por eso fue necesario hacer mucho discernimiento. Después de un año de muchos retiros, finalmente hice un retiro de discernimiento de treinta días con una directiva defensora de la opinión contraria, que incluía a un Obispo. Por fin, al llegar a este punto, la decisión final fue que era el Señor el que me llamaba a salir, no mi propio espíritu o el enemigo. Esto era lo que a todos nos preocupaba, porque a Satanás le hubiera encantado que yo hubiera salido del claustro sin ser esa la voluntad de Dios.

Así pues, ahora ya todo estaba decidido con muchas confirmaciones de los directores espirituales, del director del retiro, y hasta de la directiva de la opinión contraria. Era el penúltimo día del retiro y todo estaba en su lugar. Todo el que debía saber que yo había sido llamada a salir del claustro, lo sabía. Era muy claro lo que Dios me estaba diciendo; ya tenía el conocimiento. Lo *sabía*. No estaba en la oscuridad. El cinturón de la verdad estaba firme en su lugar. Tenía el conocimiento y también sabía mucho de los detalles específicos. Pero el penúltimo día del retiro el Señor me indicó enérgicamente que: “No, no ahora. Sí, tienes una llamada auténtica. Sí, te estoy llamando a salir del claustro, ¡pero no ahora!”. Esto es importante. Necesitamos saber algo más que la voluntad de Dios. Necesitamos saber cómo será y cuándo será. Tener el conocimiento no es suficiente. Tenemos que tener cuidado; puede ser que todavía no comprendamos toda Su mente en una situación particular. Muchas veces Satanás tratará de hacer que sigamos enseguida adelante con esa intuición, antes de que el conocimiento completo haya podido llegar a su pleno desarrollo. Una vez que comprendemos la mente de Dios tenemos la fortaleza para actuar. Por eso me sorprendió cuando El me dijo: “No ahora”. Era vergonzoso porque iba a tener que decirle a toda esta gente, incluyendo a mis propios superiores, después de todo este trajín: “No, no me voy”.

Dios me indicó que fuera a Santo Tomás de Aquino. Yo nunca había tenido devoción a Santo Tomás de Aquino, pero le pedí sabiduría y él me dijo: “No tienes la autorización de tu congregación. Tienes voto de obedecer a tu congregación, no a ninguna de estas otras personas. Tu congregación no te ha dispensado”. ¡Allí estaba la obediencia!

Una vez en el noviciado le pregunté al Señor: “¿Cómo puede saber uno si está en oración auténtica?”. En el claustro lo que hacíamos todo el tiempo era orar, por eso pregunté: “¿Cómo sé si estoy en oración auténtica?”. La respuesta debía de haber sido, “Depende de cuanto amor pones en la oración. Debe de tener que ver algo con el amor, porque si estás llena de amor, tu oración producirá fruto”. Pero cuando comencé a leer un poco de Santo Tomás de Aquino, él me dijo: “La esencia de la oración es la obediencia”. Esto me sorprendió, hasta que comencé a orar y pensé sobre esto. La manifestación más grande de nuestro amor a Dios es la obediencia. Jesús dijo: “Si me amas, obedecerás los mandamientos que te he dado” (Juan 14, 15). La obediencia es la esencia de la oración auténtica.

Una vez más volvemos al tema de la autoridad. Esta es la que Satanás constantemente trata de socavar dentro de nosotros, como individuos, en nuestro mundo, en nuestro gobierno, en nuestra nación y en nuestra Iglesia. Trata de destruir la autoridad, la autoridad auténtica de Dios y la manera como llega hasta nosotros. La clave es la autoridad. Si creemos que somos personas de fe, y esperamos que todos lo seamos, vamos a verificar siempre: “¿Estamos actuando bajo la autoridad de Dios? ¿Bajo qué autoridad estamos actuando?”. Así pues, en el claustro, les dije: “No me voy”. Me contestaron: “Pero todo está listo”. Les dije: “Bueno, todavía no puedo salir. El Señor me dijo: “No, no ahora”. “Bueno, pero entonces ¿cuándo?”. Yo dije: “El no ha dicho cuando. El solamente dijo: “No ahora”.

Entonces, me enviaron a otro claustro, porque temían que si yo volvía a mi claustro original, donde muchas de las hermanas sabían que yo me iba, al irme fuera, podía dividir la comunidad y llevarme a algunas de las hermanas conmigo. Lo cual yo entendía. Me enviaron, pues, a otro claustro al Oeste del país. Eso fue maravilloso. Las hermanas allí eran preciosas, como también lo era la superiora. Nadie sabía por qué estaba yo allí. Sólo creían que yo era otra hermana que había sido transferida allí. Y yo no mencioné más mi llamada a salir. No lo mencioné a nadie, ni siquiera al Señor. Yo podría haberle dicho, “Pasé todo un año haciendo este discernimiento; pero si tienes algo más que decirme, lo puedes decir”. Pero en vez de eso le dije: “No me voy de aquí hasta que la debida autoridad me ordene salir”.

Pasaron siete meses. Nunca fue discutido mi caso, ni traído a cuentas en la oración, hasta que un día, se anunció a la comunidad que la Asistente General de nuestra congregación vendría de Roma para hacernos una visita. Se dijo que la visita sería sólo una “visita general”. Cuando me tocaba verla, ella me preguntó: “¿Bueno, y cómo va todo?” Yo le dije: “Oh, todo muy bien”. “¿Te gusta aquí?” “Oh sí, me encanta estar aquí. Me llevo muy bien con las hermanas; quiero mucho a la Superiora.” “¿Estás feliz aquí?” “Sí.” “La razón por la que he venido es para decirte que te hemos estado observando. Nosotras hemos estado discerniendo también tu llamada, y también creemos que Dios te está llamando a que salgas. Y queremos decirte que te vas con nuestra bendición.” Les digo, que eso fue como si, en ese momento, todo el cielo bajara a ese lugar, y el Señor se sonriera, y dijera, “Bueno, ¡tú lo pediste, aquí está!”. Así pues, el día de la fiesta de la Transfiguración, salí de la cumbre de la montaña y volví a mi casa.

La razón por la cual menciono esta historia es porque cuando oímos la llamada de Dios tendemos a pensar que cualquier cosa que El nos dice, va a suceder “ahora”,

porque Dios vive en el ahora, “en el momento”. O quizás recibimos un concepto o una palabra profética o una visión y creemos que esto va a suceder conforme a nuestro horario. Cuando volví del claustro a mi casa y las cosas no ocurrían de la manera que yo lo había pensado, me preocupé mucho. La comunidad no se formó inmediatamente. Las propiedades que necesitaba para eso, no aparecieron cuando yo pensaba. Hay muchas cosas que no sucedieron de la manera que yo las había pensado, porque Dios tenía un horario diferente. El tenía mucho que mostrarme y enseñarme, y todavía continúa haciéndolo. Ese es el punto importante: si yo no me hubiera movilizado bajo esta **autoridad**, Satanás hubiera usado esto, día tras día, corroyendo mis adentros con la duda, socavando mi fe. El hubiera usado esas dudas para penetrar mi escudo de protección hasta que cayera. Casi puedo decirles a ustedes lo que El me hubiera dicho, “¿Qué estás haciendo aquí afuera? ¿Quién te llamó para que salieras? ¿Con qué autoridad?”. Hubiera usado las mismas palabras que Jesús usa, pero las hubiera tergiversado. Recuerden, Satanás usó esas mismas palabras para acusar al Señor Jesús cuando enseñaba en el templo: “¿Con qué autoridad estás diciendo estas cosas?” (Mateo 21,23). Acuérdense de esto—él los acusará y eso puede hacerles que pierdan el camino y den vuelta atrás. No puedo recalcar suficientemente cuán agradecida estoy a Dios por Su intervención durante el retiro, aunque haya sido sólo 24 horas antes de irme, porque me salvó de tanto ataque del enemigo. Por eso el escudo de la fe es increíblemente importante, pero tiene que manifestarse bajo la autoridad. Podemos decir, “yo creo, yo creo, yo creo”, pero eso no tiene importancia para Satanás. Solo la autoridad de Dios es importante. “Creo en Dios, creo que Dios es el que pidió esto, o el que dijo eso. Dios es el Verdadero, no yo.” De otra manera Satanás tratará de socavar nuestra fe, y no estaremos protegidos.

Tenemos que conocernos a nosotros mismos. Nosotros decimos, “nada puede hacerme pensar que Jesús no está presente en la Eucaristía porque tengo fe y lo creo. Lo sé; lo sé que El está ahí”. Pero lo que sucede es que si estamos demasiado seguros de nosotros mismos en un área, entonces Satanás empieza a movilizarse en otra área. A él le encanta enfocarnos tanto en un área, hasta llegar al punto que nos pongamos orgullosos de nuestro don de fe. Y él comenzará a movilizarse en otra área para tomarnos desprevenidos. El es astuto; él socava; él trabaja en la oscuridad. El ataca por sorpresa, y sabe cómo atraparnos.

Por ejemplo, si me siento con gran seguridad en las enseñanzas de la Iglesia Católica, pensando que nada va a confundir mi fe, entonces de repente comenzaré a oír una pequeña voz insidiosa que me dice, “¿Quién eres tú? ¿De verdad crees que Dios te ama? Mira tu pecado, mira tu imperfección, mira eso”. Entonces comenzamos a examinar estas cosas y comenzamos a dudar, “¿Creo de verdad que Dios me ama?”. Entonces viene el gran ataque, no tanto allá afuera, sino que será muy, muy personal y me atacará en mis puntos más débiles. El desea socavar mi relación personal con el Padre, con Jesús y con el Espíritu Santo. El va a socavar mi relación con Nuestra Señora. “¿De verdad crees que Dios te necesita, o crees que eres tan especial? ¿De verdad te crees hijo de Dios? ¿Bueno, si lo crees por qué nunca oyes Su voz?”. Como ven, aún en la oración, entran las dudas y esto ocurre todo el tiempo. Lo único que podemos hacer es estar en guardia y contraatacar. El puede comenzar así, “¿Por qué no te apoyas en tus propios pies? ¿Por qué eres tan dependiente?”. Podemos respondernos a nosotros mismos dentro de nuestro corazón, “¿Y por qué no? ¿Por qué no puedo depender y apoyarme en Dios? Y aún más que apoyarnos, ¿por qué no dejamos que El nos cargue?”.

¿ Ven ustedes cómo el espíritu del mundo nos habla? Satanás está detrás del espíritu del mundo, y tenemos que

tener mucho cuidado de no dejarnos distraer por aquello con lo que está tratando de confundirnos, porque sólo socavará nuestra fe de muchas maneras y causará inmensa destrucción.

Muchos sacerdotes vienen a nuestro centro a hacer retiros privados. Vienen a descansar, a apartarse de todo para estar con el Señor. Vienen para ser sanados en distintas áreas. Vino un sacerdote por quien habían ya orado, repetidas veces, personas famosas que tenían el don de sanación. Pero aún así, había tenido dos crisis mentales con un intervalo de diez años, y ahora estaba completamente separado del trabajo pastoral. Cuando él vino a nuestro centro, mi primer pensamiento fue, “¿Señor para qué lo has traído aquí? El ha recibido ya la mejor asistencia en el mundo y de las mejores personas. Muéstranos, pues, durante el retiro, ¿qué es lo que quieres que hagamos, por qué la depresión persistente no desaparece?”

Esto tenía un aspecto de ministerio de liberación y esa debió de ser una de las razones por la que él vino. Cuando estas cosas se prolongan tanto, casi siempre hay un espíritu maligno detrás de todo. Lo pusimos en un retiro asignándole varias Escrituras y le pedimos que escribiera en un diario todo lo que estaba pasando. El todos los días se presentaba sin su diario, y después de tres o cuatro días comencé a ver las características profundas que estaban ocurriendo aquí. Cuando comencé a rezar con él, yo podía oír lo que el Señor decía que él nunca le había rezado al Padre. Cuando le pregunté, sobre este punto, él confesó que había sido abusado cuando niño por su padre, y que tenía una gran cantidad de recuerdos muy dolorosos.

Pero cuando tocamos áreas diferentes, me di cuenta que él ya había tenido una sanación interna. Ya él había resuelto todo esto y yo pensé, “Señor, no es eso el problema. Esta depresión no se le quita, y todavía él no puede comunicarse con el Padre”. Yo pensé, “quizás hay

aquí falta de perdón”. El bloqueo por falta de perdón es un bloqueo terrible, tal vez es el bloqueo más grande para la comunicación. Pensé que ya estábamos más cerca del problema porque él estaba teniendo dificultad en aceptar que Dios es bueno, que es bondadoso y que es misericordioso. No podía sentir eso, porque Dios había permitido que le pasaran todas esas cosas horribles. Su concepto de paternidad estaba muy deformado y confuso. Pero cuando profundizamos más en esto, yo no veía mucha falta de perdón. Posiblemente él había crecido al haber recibido tanto ministerio que ya había dado ese paso y ya había perdonado. Ya estábamos “en la última hora”. Todos los Intercesores estábamos rezando con todo nuestro corazón, “Señor haz algo,” y luego vino la respuesta. Era muy simple. El no podía creer que Dios lo amaba.

La razón por la que cuento esta historia es porque tiene que ver con la duda. El no podía creer que Dios lo amaba. No tenía amor alguno por el Padre. No tenía cuerda de salvación que le llegara. Vivía en la oscuridad, en su propio mundo. Lo único que lo mantenía a flote era Nuestra Señora. Podía ir a ella. Tenía una buena relación con su propia madre y siempre podía ir a María. Podía creer que Nuestra Señora lo amaba pero no podía creer que también el Padre lo amaba. De hecho, cuando escribía en su diario, tomaba citas bíblicas, como: “Yo te he amado con amor eterno” (Jeremías 31,3), o en los pasajes del Bautismo y de la Transfiguración de Jesús: “Tú eres mi hijo amado, a quien he elegido” (San Lucas 3,22). Pero no lo podía creer, y le costó dos crisis mentales y una severa depresión, por lo menos, de veinte años.

Una vez que vi esto, lo que hicimos fue tomar autoridad sobre el espíritu de incredulidad. Esto era obra de Satanás. Comenzamos a orar por un bautizo nuevo, por la restauración del don total de la fe, y así fue! Fue maravilloso. Para él fue un gran encuentro, y ahora ha vuelto a su hogar como un niño a su Papá, a su Abba.

Tendrá que haber un proceso para que pueda él crecer en este amor. La sanación tomará tiempo, pero ya están abiertas las líneas de comunicación.

La comunicación es extremadamente importante, porque ésta es una de las herramientas que Satanás usa para dividir. Cuando la gente no se comunica, o cuando no se entiende o cuando no habla con el Señor, se expone a los ataques de Satanás, por medio de la división. No me refiero a la comunicación cuando somos nosotros los que hablamos todo el tiempo. Me refiero a la comunicación cuando escuchamos, cuando sintonizamos con Dios. Es un diálogo de ambas partes. No es un monólogo. Es un diálogo. Hemos conectado. La comunicación es extremadamente importante. Si no sintonizamos con el Señor, vamos a comunicarnos con nuestra propia voz interior, o con la de Satanás. Entonces fue cuando el pecado realmente entró con gran fuerza, cuando Eva no fue a comunicarse con Dios sobre lo que estaba pasando entre ella y la serpiente. No fue a decirle a Dios. Así, el príncipe del aire, el rey de las tinieblas estaba allí listo y ansioso de trabajar poderosamente en esta comunicación.

Cuando ustedes leen las estadísticas sobre el divorcio, ven que la razón primordial es la falta de comunicación. Los esposos no se hablan entre sí; no hay diálogo. Esa es una división que entra por la falta de comunicación. La división es el sello de Satanás. Esta es una señal que nos indica que él ha estado al rededor de nosotros. El usa la comunicación para dividir. Por eso yo le pregunté al Señor: “¿Por qué Satanás trabaja tanto por medio de la comunicación?”. Una de las razones que me dio fue que la segunda persona de La Trinidad es La Palabra. Jesús es la Palabra de Dios. Obviamente Satanás estuvo de acuerdo en servir a La Palabra como la segunda persona de La Trinidad. El problema comenzó, aparentemente, cuando La Palabra, Jesús, decidió junto con el Padre y el Espíritu, hacerse carne y convertirse en

humano. Una vez que Jesús estuvo de acuerdo en hacerse como nosotros, entonces fue cuando Satanás dijo: “No, no te serviré en esa forma. No me rebajaré haciendo eso”. La Palabra que se ha hecho carne en todos nosotros, Jesús en lo íntimo de nuestro ser, es el objeto de los dardos de Satanás. Por eso a él le encanta destrozarnos por medio de la comunicación. Esa es su manera de vengarse de La Palabra, Jesús.

¿Cuál es el ministerio de Jesús como La Palabra? Es la comunicación. Eso es lo que mejor hace. Se comunica constantemente con el Padre y con nosotros. El es nuestra conexión, nuestra comunicación. ¡Esto es intercesión! Jesús está acercando la distancia entre nosotros y el Padre. Por eso Satanás está constantemente atacando a La Palabra con las palabras, con la comunicación. Jesús escoge comunicarse por medio de nosotros por lo cual Satanás nos atacara. Por eso, tengan cuidado de como usan o no usan la comunicación.

El diálogo es muy importante. Algunas veces cuando hay mal entendidos, la tendencia es de retirarnos. A veces el silencio es la vía más perfecta. Mantenernos en silencio puede ser la cosa más bondadosa, más caritativa. Pero el silencio no es siempre lo más oportuno. A veces el silencio es muy cruel y esto le da al enemigo entrada para crear división. Mientras más tiempo dure el silencio, más difícil es reparar la herida. Por eso, debemos tener mucho cuidado. Satanás trabaja poderosamente con la falta de comunicación.

Recordamos que Eva no fue a hablar con Dios y que esa fue la causa de su caída. Lo mismo se puede aplicar a nosotros. Si no estamos en comunicación con Dios, tenemos un vacío dentro de nosotros y debemos tener cuidado de quién está llenando ese espacio. Si no es Dios, ¿entonces con quién nos estamos comunicando? De nuevo, aunque sea con nosotros mismos, tenemos que actuar siempre con el consejo de otro. Esperamos la confirmación

y consultamos con otra persona en quien confiamos, la cual nos dirá, “¿Es éste el Señor?” Esperamos que nuestro espíritu humano esté actuando siempre con el Señor.

Algunas veces, yo creo, que no nos damos cuenta qué tan cerca está nuestro espíritu al Espíritu Santo. Tenemos que recordar que no es que Dios esté distante allá arriba, y nosotros aquí abajo, y que Satanás esté alrededor tratando de perturbarnos todo el tiempo. Tenemos que mantener un balance constante y mantenernos enfocados en Dios que vive dentro de nosotros. El está muy cerca a nosotros. Pero de todas formas, éstas son las cosas que creemos, ¿verdad? ¿Creemos realmente todo lo que Jesús nos ha dicho? Yo creía que sí, y comencé a leer el Nuevo Testamento para ver si creía todo lo que Jesús había dicho. Estaba buscando todas las cosas en las que yo **verdaderamente** creía, cosas que yo vivía durante la mañana, día y noche, los días soleados o nublados, en cada estación o fuera de la estación. Y fui viendo las escrituras, verso por verso, y encontré uno que se me hizo difícil creer: “¡Sin mí no pueden hacer nada!” (Juan 15,5). Me ha tomado por lo menos quince años para poder creer en esto. No es fácil aceptar o creer estas palabras que dijo Jesús. Nosotros somos inteligentes. Hay muchas cosas que podemos hacer. El dice: “**Nada** sin Mí”. El no quiere estar excluido de lo que hacemos. Piensen estas palabras: “Estoy siempre con ustedes” (Mateo 28,20). Yo no siempre creía eso. Muchas veces exclamaba: “Señor, ¿dónde estás? ¿Por qué me has abandonado? ¡Ayúdame!”. Sin embargo, Jesús dice: “Estoy siempre contigo.” Esas son las enseñanzas de nuestra te, ¿verdad? Nosotros podemos crecer con estas enseñanzas y nunca abrazarlas o incorporarlas en nuestro pensamiento. Estas son las enseñanzas de Jesús, y Satanás tratará siempre de socavarlas. Por eso tenemos que estar firmemente anclados en las enseñanzas de Jesús.

Usualmente cuando Dios nos habla tenemos la tendencia, en ese momento, de creer que es Dios. No es

sino después de dos semanas o de dos meses que viene el ataque. “¿De veras crees que Dios te dijo eso? Después de todo, tú estabas en un retiro y tenías entonces mucho entusiasmo. Eso no era el mundo real. Ahora tienes que preocuparte de esto y de aquello...” Saben, que Satanás puede tomar algo que firmemente creemos y deformarlo y comenzar a cambiarlo. Esto fue lo que hizo con Eva. Volvió a las Escrituras y deformó y cambió las palabras de Dios; esto es lo que Satanás hace mejor. Tenemos que reconocer sus tácticas y sus estrategias.

Una vez yo aconsejaba a una joven que sinceramente creía estar llamada a ser religiosa. Le dije: “Yo creo que lo que tú necesitas es hacer un retiro para ponerte más fuerte en esa llamada hacia la vida religiosa. Realmente necesitas oír la llamada del Señor”. La vocación no viene de lo que la gente piensa que debes hacer. Tú tienes que ser llamada. Tienes que oír esa llamada directa e íntimamente de parte del Señor. Si no, no vas a perseverar en los días y años venideros.

Hizo ese retiro y Dios fue muy bondadoso con ella y le habló claramente. Ella estaba en una paz inmensa, y tomó la decisión de entrar a la vida religiosa. Se regresó a su casa y no estuvo allá ni una semana. A los cinco días me llamó que quería hablar conmigo. Me dijo: “Lo he estado pensando y me parece muy claro, que quizás sea mejor que me case y que sea una esposa ejemplar, en vez de hacerme una monja que quizás no llegue a ser fiel a mi vocación.” Miren que astuto es ese argumento. Esta cuestión de infidelidad no tenía nada que ver con su llamada. Dios busca obediencia, gente que actúe bajo Su autoridad. El nos sanará. El nos perdonará. El nos cambiará. El no la llamaba al matrimonio. Dios la llamaba a la vida religiosa. Inmediatamente, Satanás empezó a hablarle y casi hasta podemos oír su voz, “¿Por qué meterte a monja? Tú vas a ser infiel y Dios no te va a perdonar”. ¡Eso suena horrible! Ella comenzó a creerlo y estuvo a

punto de comprometer esa llamada. “Entonces seré una esposa y por lo menos puedo tener más éxito de esta manera. Por lo menos es mejor que ser una monja infiel.” Aún después de creer la Palabra que Dios nos da, Satanás puede cambiar ese mensaje—y nuestra creencia en él. No podemos descuidarnos en nuestras creencias. Una de las mayores áreas que Satanás ataca y la creencia principal que tenemos que cuidar es ésta: “Dios **me** ama a **mí**”. Esa creencia es la que Satanás, finalmente, trata de debilitar todo el tiempo, porque esto causa división y eso es lo que él quiere.

Movernos sólo bajo la autoridad de Jesús es muy importante en el campo de la fe. No puedo recalcar suficientemente lo importante que es esto. Todo lo relacionado con Satanás es desobediencia. Y todo lo relacionado con un Cristiano es obediencia. La mejor manera de ponernos en contra de la desobediencia es con la obediencia. Una vez estando en Medjugorje, podía oír el tintineo de las campanitas de las cabritas y las ovejitas. Yo estaba en oración y me vino a la mente la imagen de Jesús separando las cabras de las ovejas (Mateo 25, 32-34). Y le pregunté al Señor: “¿Por qué escogiste a estos dos animales? ¿Por qué ovejas y por qué cabras? Qué triste, que las cabras van a estar separadas de ti por toda una eternidad”. Y Jesús me respondió: “Míralas, obsérvalas nada más”. Y comencé a observarlas. Mientras las observaba pude notar que las ovejas son seguidoras y las cabras no. Las cabras no necesitan un líder porque son totalmente independientes. Y Dios quiere que nosotros lo sigamos a El.

Nosotros necesitamos estar constantemente verificando bajo qué autoridad estamos actuando. ¿Somos guiados siempre por el Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús, el Espíritu del Padre? Jesús, La Palabra, fue guiado. El fue guiado a salir de Nazaret. La Sagrada Familia fue guiada a Egipto. María y José fueron guiados a Belén. Jesús fue

guiado al desierto. Jesús fue guiado al Calvario. Jesús siempre fue guiado, siempre actuando bajo la autoridad de Su Padre, no de la Suya.

Eso es sumamente importante para nosotros que oramos. Tenemos que discernir cuándo ir al desierto, a la soledad, para estar solos con Dios, porque Satanás también va a estar allí. Por cierto, cuando hace dos años estuvimos en San Francisco, nos dijeron que el grupo que acompaña al sumo sacerdote, La Vey, se había ido al desierto. Satanás se fue al desierto cuando Jesús estaba allí. Dondequiera que el Señor esté, allí está él también. Acuérdense, él tentó a Jesús en el desierto; pero las Escrituras nos dicen un poquito más adelante: “El diablo se alejó de Jesús, para volver en el momento oportuno” (Lucas 4,13). Nosotros siempre vamos a ser objeto de su ataque, de la tentación, pero esto también es parte del plan. Cuando estamos en la tentación, en la prueba, crecemos, nos fortalecemos y nuestra fe crece en medio de la lucha, y ¡Dios podrá utilizarnos mejor!

La lucha en sí no es pecado y no nos va a herir. Pero si uno abre un capullo antes de tiempo, cuando a penas se oye el ruido de las alitas, matará a esa pobre mariposa porque no tendrá suficiente fuerza para volar una vez que salga. Tenemos que dejar que la gente pase por sus propias luchas, por la Cruz. Tenemos que dejar que experimenten el sufrimiento, porque esta es la única manera de crecer y llenarse de fortaleza. Dios permite esto, porque después de la batalla somos más fuertes. Hay muchos niveles en esta batalla, y tenemos que ganar terreno para movernos y avanzar. Por eso la tentación en sí no es pecado; es nuestra oportunidad para crecer. Ahora, lo que hacemos con esto, esa es otra historia. Debemos siempre asegurarnos que somos corderitos, ovejitas que van siguiendo. Tenemos que ser obedientes, siempre moviéndonos bajo la autoridad de Dios, como se nos revele en nuestras vidas, a través de la gente que Dios nos envía y

a través de las personas a quienes les ha dado autoridad sobre nosotros.

Hoy en día vemos tanto engaño, tantos atentados de socavar nuestra fe. Por ejemplo, tomemos el movimiento de la Nueva Era. Tiene muchas caras y se manifiesta de muchas maneras, particularmente bajo el disfraz de lo bueno. Lo que es atemorizante sobre la Nueva Era es que viene con disfraz de oración, de oración contemplativa. Por eso decidí aprender algo sobre la Nueva Era porque muchas personas nos estaban preguntando sobre esto. Conseguí libros y cintas, pero cuando comencé a estudiar los libros, no los podía entender. Escuchamos las cintas y encontramos la misma confusión que había en los libros. “Oh, ya entiendo, eso es todo: Confusión. Así es como se reconoce.” Simplemente cerré los libros y puse a un lado las cintas y ore: “Señor, ¿quieres Tú enseñarme? Tiene que haber una explicación más simple sobre todo esto. ¿Cuál es la raíz de todo esto?”. Nada llegó. Más tarde esa noche cuando me estaba durmiendo (cuando la Nueva Era ya estaba lejos de mi mente) de repente allí estaba. Puro regalo. El me dijo: “Primeramente, no hay nada nuevo acerca de esta Nueva Era....” Esa es una de las decepciones. Después la puso en el contexto del pecado y del Jardín. Es querer ser el centro de atención; Satanás está detrás de todo eso. Es el pecado original manifestado de su mejor manera. Allí comenzó todo y allí es donde estamos ahora. Todo el enfoque está sobre mí, yo y yo mismo. Esa es la trinidad que esencialmente lo gobierna todo, mí, yo y yo mismo. Dios no tiene ahí ninguna parte.

Esa idea es mortal y está disfrazada en la música, en la liturgia, en la oración. Inclusive está disfrazada hoy en la oración de concentración. La oración de concentración que era enseñada hace algún tiempo por los Santos, fue enseñada muy bien por Santa Teresa de Avila, la gran doctora de la Iglesia y gran mística. No hay nada malo con esta oración, cuando es Dios el que la dirige. Fíjense en

quien está la autoridad; no pasamos de una clase de oración a otra, por nosotros mismos. Dios nos lleva a estas diferentes clases de oración. En la oración de concentración, tal como se enseña hoy en día, si hacemos esto y esto y nos libramos de las distracciones con todo lo demás, tendremos control sobre la oración, y entonces Dios hará lo que está supuesto hacer. O sea, que el hombre ha tomado totalmente la dirección de todo. Esa no es oración de concentración, es harina de otro costal. Lo que está haciendo es creando un vacío en la gente que actualmente no conocen a Dios muy bien, y cuando tienen diferentes experiencias no pueden discernir quién es el que habla. Donde hay un vacío que no está lleno de Dios, Satanás vendrá y lo llenará él mismo.

En San Juan 10,14 Jesús dice: “Yo conozco a mis ovejas y mis ovejas me conocen a mí”. Dice: “Ellas conocen mi voz” (Juan 10, 16). Por eso, en la oración, es bueno guiarse por las Escrituras, no solamente entrar en el vacío con la esperanza de que algo suceda. Dios nos llevará al misticismo. Estamos llamados a ser místicos. Así lo quiere Dios, pero quiere que aprendamos lo que El tiene en mente, la revelación de Su corazón, como lo hizo el gran contemplativo, San Juan. Todo es un regalo. La contemplación, el misticismo auténtico, es regalo, y viene de Dios en su totalidad. Nosotros no hacemos más que pedir, para poder recibirlo.

Otra dimensión donde verán que el enemigo está trabajando poderosamente hoy, es en la dimensión homosexual, lesbiana y transexual. El Señor me enseñó esto, hace varios años atrás, cuando hacía solamente un año que había salido del claustro. Yo vivía en el cuarto de la persona encargada de cuidar la casa de un médico. Un día recibí una llamada telefónica anunciando que el Padre DiOrio iba a venir a la ciudad y que un hombre había venido en carro del otro extremo del país, buscando confirmación respecto a la cirugía transexual. El Padre

DiOrio no podía verlo en privado y quería saber si yo lo podía ver. Yo nunca había oído la palabra transexual y no sabía que quería decir, así que dije: “Sí, voy a orar con él. No hay problema”. Así pues, esa noche fui a ver a mi amigo el doctor, y le dije que al día siguiente vendría este hombre, pero que antes quería preguntarle que era un transexual. El me dijo: “¿Dónde oíste esa palabra?”. Y yo respondí: “Bueno, él va a venir mañana”. De veras? ¿Y supongo que tú vas a rezar con él?”. Yo le dije: “Sí”. El me dijo: “Te aconsejo que un sacerdote esté presente, y sería bueno que también tu grupo de oración. Creo que esto no es una buena idea”. Yo le dije: “Por favor explíqueme lo que es eso”. Y él me lo explicó.

Al día siguiente, fui a misa y le dije al Señor: “Señor, creo que no sé lo que estoy haciendo. Creo que no sé lo que quieres que haga”. Entonces el Señor comenzó a dirigirme: “Pregúntale acerca de su infancia. Verás porqué él quiere cambiar de sexo. La respuesta está allí”. Así fue como me enteré que esta persona no había conocido a su padre biológico. Cuando el tenía cuatro años su madre se había casado de nuevo y tuvo una niña. Todo lo que él sabía es que esta niña estaba en la familia y recibía toda la atención de su padre, que era el padre biológico de la niña pero no de él. La única razón que él podía entender, de todo eso, en ese momento era que ella era una niña y él no. Por eso desde ese momento él comenzó a vestirse con trajes largos y a jugar a las casitas, y haciendo todas las cosas que hacen las niñas, tratando de ser una niña para conseguir el amor de su padre. Una vez que creció, olvidó todos estos pensamientos, pero mientras maduraba, él pensó, “Dios me hizo así”. Yo no sabía nada de esto. Todo lo que había recibido del Señor era: “Pregúntale acerca de su niñez y comienza a orar. Yo te voy a guiar y a enseñar lo que tienes que hacer”.

Eso fue lo que pasó. El Señor me dijo: “Volvamos al principio, a tratar de que imagine cómo lo formé a él

varón”. Así pues, eso fue lo que hice. Le dije: “Vamos a retroceder al principio en tu imaginación. Quiero que te imagines cómo te creó Dios a ti”. Y trajimos la imagen de La Trinidad, mientras Dios formaba las diversas partes de su cuerpo, la cabeza, la cara. Fuimos a través de todo eso tal como Dios me lo indicaba a mí. Cuando llegamos a los órganos genitales, todo su cuerpo comenzó a temblar. Se puso muy molesto y entonces me di cuenta que me estaba enfrentando a unos espíritus malignos. El entonces dijo “No, no, estás mintiendo. Eso no es verdad. Dios me creó para ser mujer. El siempre quiso que yo fuera una mujer”. Entonces paramos el ministerio, tomamos autoridad sobre los espíritus, y nos deshicimos de ellos, de esos que lo habían engañado. En las escrituras, dice: “Varón y hembra los creó” (Génesis 1,27).

Entonces el Señor dijo: “Comienza de nuevo”. Comenzamos una vez más, pero esta vez pudimos terminar la imagen del varón sin ningún problema. De hecho, el ministerio terminó cuando él reconoció que Dios siempre lo había querido como varón, que era un privilegio haber sido creado varón, que Jesús había sido varón. Ahora él podía identificarse con Jesús y podía ver el honor y la belleza de ser varón. Terminó cantando el “Padre Nuestro” para nosotros. ¡Fue precioso! Satanás estaba usando el engaño y la mentira para quitarle la plenitud de la vida. El engaño está actuando poderosamente por medio de nuestra cultura. Satanás está tratando de hacernos creer que este engaño viene de otras fuentes, no de él. Pensamos que esto viene de nuestros antecedentes, que lo hemos heredado. Somos engañados al creer que si la gente piensa que somos de esta manera, siempre seremos así y nunca cambiaremos. Este es un engaño y viene del enemigo.

El año pasado, vino una bella persona que era ama de casa. Ella tenía un par de pequeñitos y estaba padeciendo de depresión desde algún tiempo. Ella había recibido la mejor ayuda profesional, pero no le había

ayudado de nada. Cuando me contó su historia me dijo que se había enamorado de otra mujer y creía que debía tener más relación con esta mujer que con su esposo, porque Dios en realidad lo quería así. Eso es un engaño. Se presenta a través del trauma, de una herida. Cuando alguien está muy solo, cuando no se siente feliz, cuando no está bien, cuando tiene un vacío interno, cuando no está lleno, cuando alguna necesidad no está satisfecha, éstas son las aperturas que permiten la entrada del ataque. Ella tenía un hermano que era sacerdote y ya ella había hablado con él, y ella ya sabía las enseñanzas de la Iglesia. Por eso yo le pregunté al Señor: “¿Por qué la trajiste aquí? No somos consejeros ni psiquiatras. Hay otras personas que conocen la teología de la Iglesia mucho mejor que nosotros. Pero, a pesar de eso, su fe y su creencia en lo que ella es y en lo que Tú quisiste que ella fuera, todo eso ha sido deformado y socavado por Satanás. Enséñanos que quieres que hagamos.”

Yo le dije a ella: “Tu has escuchado a tus padres. Has escuchado a tu esposo, has escuchado a los sacerdotes y a los psiquiatras. A la persona a la que no has escuchado es a Dios. ¿Quieres oír a Dios?”. Allí fue cuando me di cuenta porqué ella había venido. Ambas sabíamos que ella necesitaba escuchar a Dios. Yo le dije: “Por qué no pasas este fin de semana en una de las capillas frente del Santísimo Sacramento. Quédate allí con Jesús y escucha. Escucha lo que te diga o te enseñe”. Entonces todos los intercesores comenzamos a orar. Tomamos autoridad sobre los espíritus de la duda que estaban totalmente socavando su fe, y tomamos autoridad sobre los espíritus según Dios nos lo estaba enseñando. Como ven, se puede hacer toda esa intercesión; la persona no tiene que estar presente o saber que estamos rezando por ella para que sea efectivo. Nosotros casi nunca expulsamos espíritus en la presencia de la persona para preservar su dignidad y no asustarla. Los espíritus oyen donde quiera que estén. Pueden estar en

cualquier parte del mundo y sabrán que estamos hablando con ellos. Entonces tomamos autoridad sobre estos espíritus. Los atamos y le pedimos a Dios que hiciera el resto.

Ella llegó un viernes en la noche y el domingo en la mañana vino a visitarme, con lágrimas en las mejillas para decirme: “Nunca, en toda mi vida, me he sentido tan amada por el Señor como me he sentido aquí”. Y comenzó a compartir conmigo alguna de las cosas que Dios le había hecho entender acerca de sí misma. El le decía lo bella que ella era y cómo la había hecho como era. Le enseñó la relación que ella tenía con El como hombre, Jesús como hombre, y le enseñó la relación que ella tenía con su esposo. Fue bellísimo y ella fue sanada de inmediato. El lesbianismo no es fácil de sanar porque las mujeres son personas de corazón y se involucran en relaciones de corazón a corazón, mientras que la homosexualidad, no tiene tanta profundidad. Por eso hay muy pocas sanaciones en el lesbianismo. El poder aquí estuvo en la liberación, en el atar, en el echar fuera con el poder del amor de Dios. Van juntos: el atar y el restaurar la convicción de, “Yo soy una persona buena, que puede ser amada y que puede ser amada por Ti”. No hay persona humana que en realidad pueda llenar ese espacio en otra persona, sólo Dios puede hacer eso. Hay una parte en todos nosotros que está reservada solamente para Dios. O sea, que estas sanaciones pueden hacerse, hoy en día, en que Satanás está trabajando tan poderosamente en nuestra cultura.

Satanás no puede decir la verdad. Sabemos que aunque haya 99% de la verdad, eso no viene de Dios. Eso es lo que siempre estamos buscando en las profecías y los mensajes de visionarios y locucionistas por todo el mundo. Estamos siempre discerniendo, pero a primera vista, algunos de estos mensajes parecen buenos y muy verdaderos, pero debemos buscar ese 1 o 2% que no es verdad. Satanás puede decir la verdad. Hace algún tiempo yo no sabía esto.

El puede citar las Escrituras a la perfección, o sea que no podemos valernos de ese método para verificar la verdad. Tenemos que reconocer quién nos está hablando de las Escrituras. ¿Quién está usando las Escrituras? Satanás citó las Escrituras correctamente a Jesús en el desierto, pero Jesús respondió: “Las Escrituras también dicen....” (Mateo 4,7). Jesús reconoció quién estaba usando las Escrituras. Satanás usa La Palabra de Dios, y hablará la verdad, pero uno de sus títulos especialmente en el Libro del Apocalipsis es “el acusador”. El hablará por medio de otras personas cuando ellas te estén acusando de esto y de aquello. Tengan mucho cuidado con esto. No dialoguen con acusaciones. Solamente llévenselo al Señor.

El Señor me enseñó esto, de la manera siguiente, cuando todavía estaba en el claustro. Estaba alistándome para irme a mi casa. Iba yo caminando y oí toda una conversación como si estuviera en una quebrada y se oyera el eco. Y yo pensé, ““No hay nadie allí”. Pero, mientras la voz se hacía más y más fuerte, reconocí que era Satanás de pie en la presencia del Padre, acusándome de todos mis pecados, de todo lo que había hecho durante mi vida. ¡Y les digo, que no faltó ninguna cosa! No lo podía creer. Me pareció una letanía que continuaba y continuaba. Cuando terminó se podía oír la caída de un alfiler. Era como si yo estuviera en un lugar inmenso, donde no había nadie, sino desde luego la presencia del Padre y del acusador.

Entonces el Padre habló y me dijo: “¿ Tienes algo qué decir?”. Yo sabía que todo lo que Satanás había dicho era verdad. Yo lo sabía, y les digo, que cuando uno está en la presencia del Padre, está en la presencia de la Verdad perfecta. Todo es luz. Por eso, yo instantáneamente respondí, “culpable”. Entonces instantáneamente vi la imagen de Jesús que estaba allí de pie. No había ni siquiera notado antes que El estaba a mi lado. El tenía un manto largo, teñido en rojo por Su sangre. Estaba totalmente cubierto con la Sangre del Cordero. El tomó el manto que

tenía en Su brazo y me cubrió con él, y le dijo al Padre, “¡No es culpable!”. O sea, que la Sangre del Cordero estará contra Satanás, aun cuando él esté diciendo la verdad, pero nosotros estamos amparados en la fe de que Jesús nos ha redimido con la Sangre del Cordero. ¡Jesús nos ama!

Por lo tanto, **“En toda circunstancia, tengan siempre en la mano el escudo de la fe, y así podrán atajar las flechas incendiarias del demonio”** (Efesios 6,16). Mi fe y creencia en el amor de Jesús por mí, tendrá mi escudo en su lugar. Mantendré mis ojos fijos en Jesús que me protegerá de todo peligro. Cuando era niña, en la Escuela Dominical cantábamos una canción: “Jesús me ama, esto lo sé, porque la Biblia me lo dice así. Los pequeñitos le pertenecen a El. Ellos son débiles pero El es fuerte!”. Amén.

CAPITULO 4: EL CASCO DE LA SALVACION

“Usen el casco de la salvación....”

(Efesios 6,17)

San Pablo dice: “Usen el casco de la salvación”. Eso es lo que está en la mente de Jesucristo. ¿No sería maravilloso que pudiéramos tener la mente de Jesús? Qué simple suena esto, pensar como Jesús, saber lo que El sabe, razonar como Jesús. ¡Imagínense vivir siempre en la presencia del Padre! Imagínense como sería poder tratar con otras personas como Jesús lo hizo, sin dar noticias adelantadas de lo que va a pasar. Jesús podía tratar perfectamente con enemigos o amigos, extraños, enfermos o sanos, o los poseídos. Pero para nosotros no es tan simple. Este es el gran campo de batalla de nuestras mentes. Nosotros buscamos al enemigo en todas partes menos donde él acecha, en nuestras propias mentes.

Por la mente llegó hasta Eva, y por ahí es donde llega también hasta nosotros. Con mucha frecuencia no podemos controlar el primer pensamiento. Un pensamiento desviado puede ocurrir, inclusive venir de fuera de nosotros, pero lo que hagamos con ese pensamiento, esa es nuestra elección. Cómo lo recibimos, cómo actuamos con él o contra él, cómo permitimos que nos eleve o nos abaje, esa es nuestra decisión. Ese es un proceso de discernimiento constante, para llegar a conocer qué tanto sabemos de nosotros mismos y qué clases de decisiones vamos a tomar. El enemigo actúa en la mente de muchas maneras diferentes. Una de las maneras más efectivas y más comunes con que él afecta nuestras mentes es con la negatividad. No sé porqué un pensamiento negativo sea más fácil de aceptar que un pensamiento positivo, tal vez

porque es más fácil ir cuesta abajo que cuesta arriba. Quizás haya también una ley de gravedad espiritual. Así pues, cuando viene el primer pensamiento, que es negativo, nuestra respuesta determinará a dónde vamos. Si nuestra respuesta es negativa probablemente iremos hacia abajo y si no caemos en la cuenta en el segundo o tercer pensamiento, iremos a parar en una montaña rusa. La negatividad va a alcanzar una velocidad tremenda, y vamos a caer en cascadas de otras clases de pensamientos que nos harán caer más abajo.

¿Te ha pasado eso alguna vez? Podemos despertarnos en la mañana y sentirnos muy bien. Entonces alguien dice algo o un pensamiento llega. Jugamos con él, dialogamos, tal cual Eva lo hizo, y de repente una cantidad de memorias comienzan a venir. Otros diálogos que no se pudieron resolver comienzan a resurgir, y antes de que nos demos cuenta nos encontramos en un profundo y oscuro pozo. Estamos en la oscuridad y este es el territorio del enemigo. Todo ocurre en la mente. Ahora, si podemos darnos cuenta que queremos parar ese proceso y en el segundo pensamiento lo llevamos cuesta arriba, para llevarlos al Señor, al Espíritu Santo, entonces estaremos bien. Recibiremos del Señor, fuerza y poder, luz, verdad y sabiduría que nos mantendrá seguros en Su Reino. Los dones del Espíritu Santo de sabiduría y discernimiento se activarán más y ese pensamiento negativo puede perder todo su poder para arrastrarnos hacia abajo. Los primeros cristianos hacían sus decisiones, sus discernimientos, un tanto diferente de cómo lo hacemos nosotros hoy en día. La Escritura dice que, “Fue el parecer del Espíritu Santo, y el nuestro...”. (Hechos 15,28). La manera cómo hacemos las decisiones hoy en día es discutiendo las ventajas y las desventajas sobre un asunto en particular y luego hacemos la decisión. Después llevamos el asunto al Señor a ver si es la decisión correcta. Si aprendiéramos a caminar con más conciencia del Dios que habita en nosotros, del Espíritu del

Señor, como hacían los primeros cristianos, estaríamos mucho mejor. Todo sería más fácil si fuéramos primero al Espíritu Santo para pedirle que venga y nos oriente. Antes de involucrarnos en algo debemos invitar al Espíritu Santo en cualquier proyecto que emprendamos, invitarlo a que tome parte en la idea inicial, en cualquier cosa que esté en nuestras mentes, invitarlo desde el principio, porque El es la respuesta. El Señor nos bendecirá a medida que le vayamos trayendo, primero a El, nuestras preocupaciones y necesidades.

El Espíritu Santo nos dirigirá y entonces sí sabremos que hacer. Algunas cosas encontraremos rápidamente que no son del Señor y pararemos el proceso inmediatamente. Puede ser que haya algunas ideas que el Señor quiera que discutamos y le traigamos una respuesta, que quizás envuelva una confrontación o una defensa de la verdad. No hay nada malo con eso, pero no enfrenten tales cosas solos. Sigán la dirección del Espíritu Santo que El estará siempre con ustedes. Jesús dice: “Sin mi no pueden hacer nada” (Juan 15,5). Aprendan a ir al Señor para todo y van a estar siempre a salvo. Eso es tener la mentalidad de Jesús, el casco de la salvación. Jesús dependía completamente de Su Padre, del Espíritu del Padre que habitaba en El, tanto que dijo: “El Hijo no puede hacer nada por sí mismo—sólo lo que ve hacer al Padre” (Juan 5,19). Jesús era un adulto de probablemente unos treinta y dos o treinta y tres años de edad; sin embargo, aún cuando se acercaba a Su muerte, continuó en obediencia. El consultaba con el Padre constantemente. Caminaba con la voluntad perfecta de complacer siempre al Padre. Por lo tanto no se avergüencen de depender del Señor, de ser vulnerables, de ser pequeñitos, de apoyarse en Dios y comportarse como niños. ¿Han pensado alguna vez porqué Jesús frecuentemente llamaba a Sus discípulos adultos “hijitos míos?”. No sé que puedan haber pensado ellos de esto, probablemente nunca antes nadie los había llamado pequeñuelos. Eran hombres toscos, fuertes,

curtidos por el tiempo, para ser niños pequeños. Nosotros también somos hijitos de Dios, pequeñuelos. Cuando podamos tener nuestra identidad bien clara de quienes en realidad somos, entonces no tendremos problema con correr al Señor con todo.

Yo tenía una superiora en el noviciado que me decía: “Tus pensamientos te moldean”. Yo no tenía la menor idea de lo que ella quería decirme, pero esas palabras han vuelto a mis oídos muchas veces. Nuestros pensamientos sí nos moldean. Ella me decía: “No oigo nada de lo que me estás diciendo, pero tus acciones me están gritando”. Nuestros pensamientos nos moldean, nos forman, y actuamos de acuerdo a lo que pensamos. No hay nada malo con esto si podemos continuar siendo niños. Los niños son puros y transparentes. Son espontáneos; lo que están pensando es lo que muestran exteriormente. No tienen falsedad. Es precioso. Así quiere Jesús que seamos, como pequeños niños, que cualquier cosa que esté pasando interiormente pueda tener su verdadera expresión en el exterior. Nuestras palabras, nuestras relaciones, nuestras acciones, demostrarán quienes somos. El no quiere que exista una dualidad o hipocresía, y la simplicidad será el fruto que emane de eso.

El mundo en que vivimos hoy se burla de las personas sencillas. “¡Ay, es tan sencillo!”. Como si ser sencillo fuera algo malo. Dios es sencillo. Es muy difícil llegar a ser sencillo. Llegar a la simplicidad en el arreglo de un cuarto es muy difícil, pero cuando se consigue, es bello. Hay una belleza y una naturalidad en la simplicidad, ya sea en el vestir, en el hablar o en la manera de vivir. La simplicidad es difícil de obtener porque somos muy complicados. El pecado original ha robado nuestra simplicidad y nos ha hecho muy complicados. Tenemos que llegar a ser más “Dios”. Dios es sencillo. Dios es como un niño. Dios tiene la mente fija en un objeto. El niño tiene la mente fija en un objeto. Un niño solamente

puede ver una cosa en el momento. Sólo se le puede decir al niño una cosa a la vez. Ni siquiera se le puede decir al niño cuando va a ser su cumpleaños. El no entiende lo que es la próxima semana, el próximo mes, el próximo año. Eso no tiene sentido para él. El vive totalmente en el presente. Así también es Dios. Para El no hay un mañana, solamente hoy. Aquellos de nosotros que pensamos que tenemos un mañana, hemos aceptado parte de una mentira. No tenemos un mañana. Mañana no lo ha vivido nadie. Y el resto del día de hoy tampoco ha sido vivido por nadie. Hoy es la primera vez que hemos vivido este día. ¡Qué regalo el que Dios nos da, vivir este día a su máximo, y devolvérselo a El con amor! El estar conscientes del momento presente, es muy importante para mantener la mente pura, para mantener al enemigo fuera. El enemigo siempre quiere vivir fuera del momento presente. A él le gusta vivir en el pasado o quiere que nosotros estemos mirando hacia el futuro. ¿Han notado eso? ¿Muy sutil, verdad? Es algo que nosotros hacemos automáticamente, siempre mirando hacia atrás o preocupados del mañana. Pero Dios sólo vive en el presente. Satanás sabe que Dios solamente vive el momento presente. Nosotros tenemos que hacer conciencia de esto también. Si vivimos fuera de este momento, podemos perder todas las gracias y la belleza que Dios nos ofrece ahora. Lo llamamos **Sacramento del Momento Presente**. Es bello. Es el Sacramento del Momento Presente porque Dios está presente en ese momento. El está aquí ahora. Toda la gracia y belleza está presente con nosotros aquí en este momento en Su presencia. Es asombroso que Dios que no está limitado por el tiempo, escoge vivir aquí con nosotros en el presente, cada momento, cada día.

En la carta de los Romanos 12,2 leemos: “No sigan la corriente del mundo en que vivimos, sino más bien transfórmense mediante la renovación de sus mentes. Así sabrán distinguir cuál es la voluntad de Dios, lo que es

bueno, lo que le agrada, lo que es perfecto”. De esta manera se hacen buenas decisiones. Por medio de la renovación de nuestras mentes, Dios quiere que siempre hagamos la decisión más perfecta, no sólo la que es mejor, sino la que es perfecta. Vemos esto en la historia de María y Marta. Ambas mujeres amaban a Jesús y Jesús las amaba a ellas. Estando en la casa de ellas, El se siente muy cómodo allí. Obviamente las visitaba con mucha frecuencia. Y la querida Marta está haciendo un trabajo muy lindo, sirviendo a Jesús. Y cuando nosotros tenemos invitados en nuestro hogar, nos encanta hacer lo mismo. Nos gusta servir. Por eso muchos de nosotros servimos en ministerios de una clase o de otra. Nos encanta servirle al pueblo de Dios y también a Jesús. Pero Jesús dice que hay que escoger algo mejor, y en esa ocasión en particular El estaba allí presente. El le estaba dando a María la “mejor porción”. Aquí estaba la pobre Marta sirviéndole a El Su porción, sirviéndole alimento, y Jesús, ¡todo ese tiempo alimentando a María! “María ha escogido la mejor porción y a ella no se le quitará” (Lucas 10,42).

En todos nosotros hay una Marta y una María, así seamos hombres o mujeres. Hay una facultad más alta del alma donde nosotros podemos recibir. La parte de María reside en la voluntad. Ahí es donde podemos escoger. Ahí es donde hacemos nuestras decisiones y a través de esas decisiones recibimos. Aquí es donde se nos da el regalo. La parte de Marta es donde nosotros podemos hacer y servir. Necesitamos las dos partes, la de María y la de Marta. ¿Qué clase de mundo tendríamos si todos fuéramos Marías? Cuando entré al claustro yo creía que todas las hermanas serían como María. Bueno, puedo decir que todas somos como ambas. Se trabaja fuertemente en el claustro. Hay bastante trabajo y hay bastante oración. No es lo uno o lo otro, son ambos. Necesitamos servir al igual que necesitamos ser servidos por el Señor. El dice: “El Hijo del Hombre ha llegado, no para ser servido, sino para

servir” (Mateo 20,28). Dejemos que Jesús nos sirva. Dejemos que El nos ayude en nuestras necesidades . Deja que El constantemente purifique tu mente y te llene con una esperanza más profunda, que es básicamente el casco de la salvación.

Leemos en la primera carta a los Tesalonicenses 5,8: “Nosotros, en cambio, por ser hombres del día, permanezcamos despiertos; revistámonos de la fe y del amor como de una coraza, y sea nuestro casco la esperanza de la salvación”. ¿No es esto precioso? La esperanza. Ahora, ¿qué es lo opuesto a la esperanza? ¿Cómo trabaja el enemigo en nuestras mentes? Si no tenemos puesto ese casco de la salvación, podemos caer en el miedo, la desesperación, el desaliento, la desilusión, la depresión y la falta de perdón. Como ven, este es el territorio del enemigo. El nos puede llevar a una depresión severa donde perdamos nuestra esperanza y comencemos a ir cuesta abajo. Hasta puede llevarnos al suicidio. Tenemos que estar conscientes, constantemente, de nuestros pensamientos para poder luchar. Este es el verdadero campo de batalla. Aquí es donde la verdadera batalla tiene lugar, en nuestras propias mentes. Tenemos que recuperar la esperanza y mantenerla firme en su lugar. Nuestros pensamientos tienen que estar protegidos. Tenemos que ir constantemente al Señor para pedir ayuda. Recuerden que la lucha es del Señor, inclusive la de nuestras propias mentes.

Satanás va a atacar siempre a la persona que está en combate espiritual, porque si puede derrotar a ese soldado, miren todo el ministerio que desaparece. Miren la cantidad de oración que va a dejar de hacerse. Satanás puede trabajar y causar mucha destrucción con nuestros pensamientos. Cuando nos desilusionamos, cuando nos sentimos deprimidos, cuando no reprimimos nuestra ira, ni cualquiera de estas emociones, ¿qué pasa con nuestra vida de oración? ¿Qué pasa con la relación con Dios? Todo se

derrumba. ¿Han observado que cuando tienen cólera contra otra persona, aunque tal vez no hayan llegado a tener una confrontación, es como si sumergieran sus sentimientos y los mantuvieran dentro? Pero entonces observen sus acciones. La gente reacciona diferente, por supuesto, pero usualmente uno comienza a evitar a esa persona. “Yo no estoy brava pero ya no quiero estar alrededor tuyo.” Allí es donde Satanás está trabajando, causando división a través de nuestros pensamientos.

Antes yo ocultaba mi enojo porque fui criada en un hogar donde parecía que no existía el enojo. Solamente veía ese sentimiento cuando iba a las películas donde la gente se gritaba una a otra. Si alguien se enojaba, había gran cantidad de expresiones. Yo nunca tuve esas experiencias personalmente. Crecí pensando que yo era una persona sin cólera. Lo que sucedía era que yo, sin saberlo, la llamaba con otro nombre. Y el Señor me llevó a través de todas las bellas emociones que El nos ha dado. Esas también son bellos regalos de Dios, todas ellas. El me llevó de la mano a través de cada emoción, una por una, enseñándome cómo mi yo no redimido utiliza tales emociones y cómo mi yo redimido tiene que usarlas. El me enseñó que todos estos dones de nuestras emociones tienen que ser transformados con la constante renovación de la mente, cambiando nuestros pensamientos por los Suyos y nuestros sentimientos por Sus sentimientos. Estos regalos tienen que ser usados de una manera positiva y no negativa.

La primera vez que El me enseñó cómo usar estos regalos de una manera positiva, fue cuando estaba con un sacerdote que yo quería muchísimo. El había sido mi confesor y mi director espiritual por mucho tiempo. Noté que no estábamos de acuerdo en todo y hasta ese momento nunca habíamos estado en desacuerdo en nada. Quizás el Señor lo estaba permitiendo para darme una lección. Pero estaba teniendo gran dificultad en estar de acuerdo con él y yo solamente decía: “Ajá, ajá, ajá”. En realidad no sabía

como manejarme en esta nueva situación, y en vez de exponer mis sentimientos los estaba ahogando, pero no estaba de acuerdo con él. Finalmente él me dijo algo que simplemente fue el último desacuerdo que yo iba a tolerar, y entonces él me dijo: “No has respondido a mi pregunta esta última vez, ¿ocurre algo malo? ¿Estás enojada?”. Pues como yo pensaba que nadie se enojaba con un sacerdote, le dije: “No, no estoy enojada Padre”. “Oh ¿de veras? ¿Y cómo te estás sintiendo en este momento?” Yo le dije, y se me salió de repente: “Oh, ¡es que yo podría ahorcarlo a usted!”. Aquí comencé a ver que yo tenía una terminología diferente para la cólera. Yo sí había experimentado la cólera en mi vida, pero le daba otro nombre. El Señor entonces me recordó que cuando era jovencita y estaba enojada con mi hermano mayor y no sabía como expresarlo, subía a mi habitación y tiraba la puerta con todas mis fuerzas. ¡Me sentía muy bien! Eso es cólera, y todos tenemos maneras diferentes de expresarla. Una vez que nos conozcamos a nosotros mismos, podremos entender mejor nuestras emociones y cómo actuamos y reaccionamos. Esto ayudará a mantener puesto el casco de la salvación firme en su sitio. Cuando estamos en alguna situación en la que reaccionamos excesivamente, estamos actuando a consecuencia de algo que está herido en nuestro interior y necesitamos revisar eso. Tenemos que hacerlo con el Señor para conocer Su perspectiva en esta situación, para mirar las cosas con el Señor bajo Su lupa o microscopio. Si no lo hacemos, Satanás tratará de dominar tal emoción y la situación se va a agrandar y crecerá como un cáncer, y en ese momento sí vamos a necesitar gran ayuda. Tenemos que tener mucho cuidado con eso, avanzando sólo cuando conozcamos los pensamientos de Dios sobre ese asunto.

A la pregunta, ¿con qué frecuencia debemos perdonar?, Jesús respondió: “setenta veces siete” (Mateo 18,22). Eso fue un choque tremendo para Pedro y los apóstoles, porque a ellos no se les había exigido esto antes. ¿Se imaginan cómo sería vivir en los tiempos del Antiguo

Testamento, cuando uno no tenía que perdonar a nadie? “Ojo por ojo y diente por diente” (Mateo 5,38). Eso, algunas veces, parece muy bueno, ¿verdad? Pero Jesús viene y dice que ahora estamos en el Nuevo Testamento. “Cuando una persona te golpea en la mejilla derecha, ofrécele también la otra” (Mateo 5,39). Vamos a perdonar aún a aquellos que son nuestros enemigos, a aquellos que nos persiguen, a aquellos que activamente nos atacan. Tenemos que perdonar. Es como si Jesús hubiese dicho, “Estará bien porque Yo voy a darles el poder para hacerlo. Es un regalo y voy a dárselo ahora”. Y así lo hizo. Sopló sobre ellos la noche de Pascuas. Entró a través de las puertas cerradas y sopló sobre ellos Su Espíritu resucitado, Su Santo Espíritu dentro de ellos para que pudieran perdonar (Juan 20,19-23). Ahora bien, si Jesús puede entrar a través de puertas cerradas, puede entrar en los corazones cerrados, ¿verdad? El Puede soplar ese perdón dentro de cualquiera de nosotros.

Hay una persona casada aquí en Omaha, que tenía un hijo pequeño, apenas en la primaria. El niño trabajaba repartiendo periódicos, pero fue asesinado. Murió víctima de un ritual satánico en el que fue torturado severamente por tres días, grabándole con un cuchillo signos diabólicos en el cuerpo. Fue algo terrible, una cosa muy difícil de perdonar. Este es un caso extremo, pero el perdón comienza siempre con hacer la decisión de perdonar. El padre del niño hizo la decisión de que sí quería perdonar. Con toda humildad le dijo al Señor: “Yo no puedo perdonar ahora, pero quiero hacerlo y sé que con tu gracia me ayudarás”. Esa fue la decisión que él tomó, pero su esposa tomó una decisión diferente. Ella no quiso perdonar. Quería vengarse. “Ojo por ojo y diente por diente. Este hombre mató a mi hijo y debe morir igual.” Esta mujer se volvió más y más amargada y rencorosa, y el matrimonio terminó en divorcio. Allí se puede ver como Satanás entró con su destrucción, pero no fue una

destrucción total. El padre, por otra parte, decidió “Yo quiero perdonar”. El comenzó a buscar la gracia de Dios y mientras pasaba el tiempo, su dolor comenzó a sanar. Un día él estaba haciendo el Vía Crucis y en la Cuarta Estación, Nuestra Señora le habló. El había estado suplicándole a Dios que le diera la gracia de perdonar. El quería perdonar, pero sabía que necesitaba una ayuda adicional para poder hacerlo. Yo creo que él nunca antes o después, haya oído hablar a Nuestra Señora, pero esa vez lo llamó por su nombre y le dijo: “Sabes, tú y yo tenemos algo en común”. Y él le preguntó: “¿Qué? ¿Qué tenemos en común?”. Ella le dijo: “¡Los dos tenemos un hijo a quien asesinaron!”. En ese momento sus sentimientos fueron sanados. El pudo identificarse con el dolor de otra persona y vio como ella lo manejó. Si nosotros pudiéramos identificarnos, en seguida, con el dolor de Jesús o el dolor de María, nuestra sanación sería mucho más rápida. Una vez unido y fortalecido con el sufrimiento de María, él pudo realmente comenzar a perdonar. Hoy en día ese señor da testimonios, particularmente a las parejas divorciadas que han tenido una gran dificultad de perdonar. El está siendo usado como un instrumento poderoso del Señor para atraer estas gracias particulares del perdón. O sea, que de tan terrible situación, le llegaron a él maravillosos frutos. Satanás no pudo tomar posesión de su mente y más bien, esta situación lo llevó a acercarse más al Señor y a Nuestra Señora.

Una enfermera que trabajaba con niños vino a verme. Los problemas la estaban destruyendo. Ella había consultado con psiquiatras por muchos años, pero continuaba yendo cuesta abajo y no sabía qué hacer. Por alguna razón nadie la había podido ayudar. Los médicos le daban medicinas, pero el problema no se resolvía y se sentía cada vez peor. Se estaba volviendo una reclusa y no toleraba ya estar cerca de los niños. No podía ni manejar su carro y estaba a punto de perder el trabajo. La situación

se estaba poniendo verdaderamente seria. Yo no tenía ni idea que hacer, ni cómo ayudarla, lo cual es una bendición porque me obligaba a preguntarle al Señor. El dijo: “Déjala hablar y espera a que diga unas cuantas frases, y entonces saldrá el problema. Tú lo vas a oír”. Yo pensé, “El pudo habérmelo dicho”. Pero El quería que yo lo oyera. El me alertó: “Escucha en un nivel diferente”. Así fue, que ella estaba hablando de sus problemas, su situación en el trabajo, y de repente dijo: “Sabes, se me acaba de ocurrir algo. Algo que no había recordado por años y me acabo de acordar que esto no se lo he dicho nunca a nadie. Hasta se me había olvidado”. Yo le dije: “¿De veras?, ¿y qué es?” Ella tenía como cuarenta años y me dijo: “Cuando yo tenía diecinueve años yo estaba comprometida para casarme y unos días antes de la ceremonia fui a ver a un doctor para que me examinara y el doctor me violó. Fue una experiencia tan horrible que rompí mi compromiso”. El matrimonio se canceló y ella de alguna manera selló esa parte de su vida con todos esos sentimientos, todos esos sentimientos de odio que venían acompañados de dolor, a los que ella sencillamente cerraba su mente. El enemigo había entrado allí en esos sentimientos, por supuesto, y estaba haciendo una cantidad de otras cosas. Después de veinte años su vida estaba prácticamente arruinada.

Yo le pregunté al Señor: “¿Y qué debo hacer?”. No sabía qué hacer y simplemente le dije a ella: “Bueno, ¿puedes tú perdonar al doctor?”. Ella respondió: “¡No! Nunca. Nunca. Nunca”. Entonces dije: “Señor, ¡ayúdame!”. Siempre estamos hablando con el Señor interiormente: “¿Qué es lo que debemos hacer?”. El me dijo: “Vuelve a esa escena. Recréala con ella”. Le pregunté, pues, si ella me daba el permiso para hacer eso. “¿Podríamos recrear la escena en la oficina del doctor, pero esta vez Jesús estará allí contigo a ver que pasa?”. Ella estuvo de acuerdo. Y yo le dije: “Vas a tener que decirme dónde estás ahora y que es lo que está sucediendo. No

avanzaremos hasta que me digas que Jesús ya llegó”. Yo oraba: “Señor, por favor, preséntate a ella”. Uno siempre intercede todo el tiempo. Todo está fuera de nuestro control. Entonces esperé y muy pronto me dijo que ya estaba en el cuarto de examen, sobre la mesa para ser examinada y dijo: “Oh, Jesús acaba de entrar por la puerta”. Yo pensé, “Oh gracias, Dios mio, gracias”. El control siempre es del Señor y uno nunca sabe como El va a resolver las cosas, y qué es lo que va a hacer. ¡Eso es una bendición porque así nunca nos atravesamos en Su camino!

Entonces allí estaba Jesús en el cuarto de examen y le pregunté a ella: “¿Está ya el doctor allí?”. Ella dijo: “Está entrando al cuarto en este mismo momento” Entonces yo esperé y le pregunté después de unos minutos: “¿Puedes compartir conmigo que es lo que está pasando?” Me respondió: “Nunca vas a creer eso. Cuando el doctor entró en el cuarto, y vio que Jesús estaba allí, estalló en lágrimas y comenzó a sollozar incontrolablemente. Jesús tomó al doctor en sus brazos y lo retuvo consigo, consolándolo. El doctor pidió perdón a Jesús por lo que había hecho y Jesús lo perdonó”. “¿Qué es lo que ves ahora?”. Ella respondió: “Oh, veo un hombre vencido. Veo a un hombre que sabía que lo que había hecho estaba mal y está arrepintiéndose. Está adolorido. Tengo la impresión que no soy la única envuelta en esta situación”. “¿Qué sientes ahora por el doctor?”. “Le tengo lástima.” Le dije: “¿Puedes perdonarlo ahora?”. “Oh sí.” En ese momento fue sanada. Por fin había sido sanada de ese veneno. Ven, que cuando no perdonamos, sea consciente o inconscientemente, bloqueamos la gracia de Dios. Saben, es así como la piedra que estaba en la entrada de la tumba. ¿Se acuerdan cuando la piedra fue removida y Jesús salió de la tumba? La falta del perdón es como esa piedra que nos mantiene en la tumba. Cuando rehusamos perdonarnos unos a otros, eso nos mantiene casi en una situación de muerte y agonía. Nosotros somos los que terminamos

destrozados y heridos por esa situación, no la persona a quien necesitamos perdonar.

Cuando perdonamos a otro, Dios puede continuar usándonos a nosotros y nuestras oraciones como intercesores para ayudar a otras personas, particularmente la persona que nos hirió. Si no puedo perdonar a una persona, mi oración por esa persona queda bloqueada y con eso yo bloqueo la gracia de Dios que fluía a través de mí. ¿Ven como trabaja esto? La persona por quien no queremos orar es la persona que nos hirió. Cuando no rezamos por la persona que nos hirió, la sanación que esa persona necesita puede ser retardada porque no permitimos que Dios nos use como instrumento de Su paz, de Su sanación y de Su presencia. El perdón es muy importante. Siempre va en dos direcciones. Nos abre para que nuestra comunicación se mantenga directa con el Señor. Entonces podemos ser llenados constantemente de Su amor, para que podamos darlo a otros.

El Señor me dijo una vez que el negar amor a otra persona es negarle vida, porque el amor es vida. Hay tanta muerte en el mundo hoy día porque hay tanta gente que no es amada. Nos estamos concentrando en lo que puede suceder con nuestras emociones para mostrar que hay espíritus que viven dentro de todos nosotros en estas áreas. Los llamamos espíritus asistentes. No es que estemos poseídos. Ellos vienen y entrarán si les abrimos la puerta, especialmente valiéndose de nuestras emociones no sanadas. Si no tenemos puesto el casco, si no estamos firmes en la esperanza y la presencia de Dios en nuestras vidas, entonces permitiremos que estos espíritus entren y hagan lo que quieran. Ellos nos pueden causar grandes dolores y sufrimientos. Estos pueden retardar el trabajo de Dios particularmente porque causan que estemos fijos en nosotros mismos y no en Dios. Ellos pueden retardar lo que Dios quiere que hagamos por otros, especialmente en nuestras situaciones familiares. Por ejemplo, una persona

puede estar todo el tiempo llena de enojo y no se arrepiente. Ellos piensan que “está bien, tengo derecho de sentirme así”. Puede ser que sí, o puede ser que no. Pero si estos sentimientos de ira no son confesados y traídos a la luz, pueden por sí mismos, construir un casa llena de cólera, donde luego un espíritu de ira puede venir y habitar allí y la ira controlará todo. Entonces estamos fuera de control.

Esto ocurre a menudo en el campo de los siete pecados capitales: avaricia, envidia, gula, cólera, lujuria, soberbia y pereza. Por mucho tiempo no me di cuenta de que estos pecados capitales son espíritus con gran poder. Ellos son los instrumentos y agentes de Satanás. Ellos no son solamente pecados. Son espíritus que controlan. Pensamos en el pecado como una cosa, en vez de caer en la cuenta de que hay alguien detrás de este pecado. Aquí es donde debemos tener cuidado y no permitir que el sol se ponga sobre nuestra cólera o sobre cualquier dolor emocional. No queremos permitir que el pecado encuentre un hogar dentro de nosotros. Al paso que estas emociones se enconan dentro de nosotros, estos espíritus pueden venir y estar muy cómodos. Podemos formar hábitos y sentirnos muy cómodos con esos hábitos. Antes de que nos demos cuenta podemos ser guiados por otro espíritu que no es el Espíritu Santo.

Llamamos a estos espíritus que entran por medio de nuestras emociones, espíritus que asisten porque ellos nos sirven, nos asisten. Ellos “ayudan” a seguir nuestro enojo. ¿Han notado algunas veces que de repente se sienten increíblemente enojados, enfadados sobre algo? Pueden sentir que hay una fuerza que crece, que está actuando allí. Debemos pararlo ahí mismo y decir, “Un momento, la fuerza está creciendo y estoy reaccionando en exceso. ¿Qué es lo que pasa? Estoy perdiendo el control. Tengo que llevar esto al Señor y preguntarle Su opinión”. Y si no nos enfrentamos contra esto, estamos permitiendo que el espíritu nos controle o nos utilice. Y quizás sea para herir a

otra persona, o para agrandar algo o para cancelar una cita porque estoy enfadado. Entonces entramos en nuestro ser no redimido, la parte de nosotros que se olvida de Dios y de Su amor, y sólo nos concentramos en sentir lástima de mi pobre yo. Esos espíritus asistentes viven en nuestro ser no redimido y vienen y van en nuestras emociones no sanadas o en nuestra vida mental. Si fomentamos estos pensamientos y emociones negativos y no tomamos los pasos necesarios para sanar estas emociones o pensamientos negativos, entonces estos espíritus asistentes traerán tales sentimientos a nuestro corazón y vivirán allí. Eso es mucho más severo, porque hemos invitado a estos sentimientos negativos a que entren en nuestro ser. Es mucho más difícil removerlos porque ahora la voluntad está involucrada en esta decisión.

En el Apocalipsis leemos: “Y apareció otra señal en el cielo: un dragón rojo con siete cabezas y diez cuernos” (Apocalipsis 12,3). Hay mucha especulación sobre el significado de estas siete cabezas, pero una de las interpretaciones que el Señor nos ha dado es que son los siete pecados capitales, que son muy poderosos. Si no son bien vigilados, y se les permite correr libremente, su poder es muy grande y destructivo. Estamos viendo estos siete pecados capitales en gran escala hoy día, y tienen un gran poder en el mundo. Son los instrumentos del dragón y se manifiestan mucho en nuestra cultura en lo atareados que estamos. Siempre estamos ¡ocupados, ocupados, ocupados! Es increíble que en los días de nuestros antecesores y abuelos, antes de que pusieran la mantequilla en la mesa, tenían que ordeñar primero la vaca para luego hacer la mantequilla. Cada detalle tenían que hacerlo ellos mismos antes de servir la comida en la mesa. Ahora tenemos la comida sobre la mesa rápidamente con alimentos procesados y microondas. Ahora contamos con todas esas cosas que nos ahorran tiempo y ¿por qué no tenemos más tiempo libre? Ahora tenemos mucho menos

tiempo libre que antes. Ni siquiera tenemos tiempo de sentir la fragancia de las flores. La gente viene a mí para que sea su directora espiritual y no no hay nada que yo pueda dirigir porque en esa gente no hay nada espiritual. No hay tiempo para rezar. ¿Adivinen quién está actuando por medio de tanta ocupación? Esta prisa se manifiesta en todos los aspectos de nuestra vida, y esto nos roba la vida. Esta prisa es un instrumento de poder que trabaja muy bien en nuestra nación. Los precios son altos en nuestro país y la mayoría de las mujeres tienen que trabajar. Por eso no hay tiempo para los niños. No hay tiempo para cocinar. Anteriormente, muchas de estas emociones y sentimientos podían curarse mientras se hacían quehaceres del hogar, limpiando la casa, los pisos, o los hombres trabajando en el campo. Ahora mantenemos muchas de las emociones atrapadas, dejándonos mucho más vulnerables al enemigo que la gente de otras generaciones. Ahora somos muy vulnerables ante el enemigo.

El enemigo nos controla fácilmente por medio del miedo. El miedo, el temor, está probablemente en el fondo de la mayoría de nuestras emociones. Allí es donde Satanás tiene su mayor control sobre nosotros, porque el temor es lo opuesto al amor. Nos hace dudar del amor de Dios por nosotros y sin embargo la mejor arma que Dios nos ha dado es el regalo de Su Amor. Lo opuesto del amor es el miedo. Jesús nos dice una y otra vez: “No temas, pequeño rebaño” (Lucas 12,32). Una vez que tenemos temor entramos al campo del enemigo. Aún así somos vulnerables y tememos muchas cosas. Eso puede llegar a tener una atadura estrangulante. Aun aquel sacerdote que mencioné anteriormente, que vino con una severa depresión y enojo, estaba afectado por este miedo. El estaba luchando con rencor reprimido por el abuso que recibió en su niñez, pero el problema básico era su incredulidad de que Dios lo amaba. Pero en el fondo el espíritu que controlaba básicamente todos sus sentimientos era el

espíritu del temor. Este sacerdote tenía tanto miedo del Padre Celestial que Satanás estaba usando este miedo para agrandar su duda. Lo que se veía en el exterior era un hombre en control. El trataba de controlar su vida, su oración y todo. Este era su mecanismo para protegerse a sí mismo. Esa era la hoja de la higuera, el miedo, para encubrir lo que estaba en lo más profundo de su ser. Algunas veces en el ministerio de liberación y en la batalla espiritual, no van a poder encontrar la raíz más profunda que está causando el problema; quizás encontrarán la segunda, tercera o cuarta raíz. Pero hay que llegar al fondo de la raíz. Hay que coger toda la planta. Algunas veces la herida es tan honda y está tan profundamente arraigada que hay que ver primero algunas de las otras manifestaciones. Estos son unos síntomas que nos están alertando a un problema más profundo. Ahora, en esta persona vemos que el fondo de la raíz era el miedo. Estaba aterrorizado del Padre, y Satanás se complacía en usar eso contra él.

Esta historia les enseñará también qué tan destructivo puede ser el temor. Yo vivía en la parte de atrás de una casa que pertenecía a un doctor, y otro doctor en la ciudad se estaba muriendo de cáncer. Había pasado por todos los procedimientos médicos y como un último recurso le pidió a este amigo mío que viniera a orar por él. Los doctores usualmente no oran con otros doctores porque son muy científicos. Eso pues, indicaba que él ya estaba desesperado. Entonces este doctor amigo mío, vino a verme y me preguntó: “No se qué debo hacer. ¿Crees que debería rezar?”. Yo le dije: “¿Y por qué no?”. “Bueno, es que va a requerir un milagro.” ”Exacto. ¿Y a quién más vas a ir por un milagro?”. “Oh, pero Dios ya no hace milagros.” “¿Quisieras ver uno?”. “Así es, si pudiera ver uno, entonces yo podría creer de verdad.”

Así dejamos la conversación, y yo dije: “Bien, Señor, Tú sabes cómo mostrarle un milagro”. Yo pensaba que cada vez que él traía un bebé al mundo había podido

ver la maravilla del milagro de la vida y creería en los milagros. De todas maneras, esa noche fuimos al grupo de oración. Fuimos un poquito más temprano porque me habían pedido que fuera a rezar también por otra persona. Yo no sabía nada de esta otra persona, solo que él estaba de paso por la ciudad. Normalmente solo rezamos por la gente después de la reunión, pero ellos querían que rezara por él antes de la reunión, lo cual era un poco raro. Fui al cuarto posterior y me encontré un muchacho de veinte años que no podía oír, ni hablar. Así que teníamos que escribir notas. La oración obvia era pedirle al Señor que él pudiera hablar y oír, pero yo le pregunté primero al Señor: “¿Señor, como debo rezar esta noche?”. Siempre hay que preguntarle al Señor qué es lo que El desea. No debemos tomar nada por hecho en la vida espiritual.

El Señor me dijo que rezara por el Bautismo. Yo pensé, “pero esto es extraño”. Mi mente empezó a discurrir, “Bueno, si él está sordo y mudo, ¿a quién conozco en Omaha que pueda dar las instrucciones usando señales? ¿A quién de los sacerdotes del grupo se lo puedo llevar?”. Estaba pensando en el sistema sacramental de la Iglesia, y el Señor me dijo: “No, reza en este momento para que el Espíritu Santo baje sobre él”. Entonces yo escribí una pequeña nota y dije: “¿Desearías ser bautizado en el Espíritu Santo y solamente dejar que el amor de Dios baje en este momento?”. Su cara se encendió y estaba radiante, estaba diciendo que sí. Así que eso fue lo que hicimos. Recé una pequeña oración para que el Espíritu Santo bajara y eso fue todo. Eso tomó como cinco minutos y después nos fuimos al grupo de oración. El estaba sentado a mi lado y cuando comenzamos a cantar y a alabar con la música, de repente él se puso la mano en la garganta como si tuviera algo atascado y como si quisiera vomitar. El se veía aterrorizado y yo pensé, “Oh, Dios mío”. Entonces puse mi mano sobre su hombro y recé: “¿Jesús, qué es lo que está pasando?”. Dios dijo: “Esto es una liberación. Solamente dile que va a estar bien.

Asegúrale que va a estar bien y todo va a terminar en un minuto”. Y así fue. Ese espíritu maligno del temor salió. Este espíritu malo del temor lo había paralizado a los dos años de edad. Y ahora Dios lo había liberado, ¡podía hablar y oír! ¿Qué belleza verdad? De regreso a casa esa noche, había gran silencio en el carro, y yo le dije a ese doctor amigo mío: “¿Bueno y qué piensas de los milagros?”. El dijo: “Creo que debemos ir a rezar con ese doctor”. Y así fue. Ese doctor amigo mío puso sus manos sobre el otro doctor y el otro doctor fue sanado totalmente de su cáncer.

El enemigo quisiera que nosotros pensáramos que él tiene más poder que Dios y que nos puede paralizar con el miedo. Pero el poder de Dios viene por el amor. No podemos decir que detrás de cada persona sorda o muda se esconde un espíritu maligno. Pero cuando examinamos a cada individuo, no perdemos nada si atamos ese espíritu de temor. No perjudica en nada orar para que el amor de Dios llene a cada persona. No hay nada que perder, ¿verdad? Puede ser que la persona oiga. Quizás haya un espíritu allí. Ahí es donde viene bien tener el don de discernimiento - poder oír y seguir los pensamientos y el corazón de Dios. Siempre cedemos el camino al Señor. Pregúntenle qué es lo que El quiere hacer. Satanás merodea en nuestros sentimientos y corazones y se esconde. El vive en la oscuridad, en el escondrijo, y cabalga en nuestras emociones y sentimientos cuando no tratamos nuestros sentimientos de manera apropiada. No siempre manejamos apropiadamente nuestro enojo, la falta de perdón, la pereza o la depresión. Cuando esto pasa no estamos completos y no estamos usando todos los instrumentos que están en nuestras manos, y entonces estos espíritus entran inmediatamente.

Por eso necesitamos ponernos el casco de la salvación, la profunda creencia de que Dios nos ama. Si ustedes sienten que comienzan a desilusionarse o a ir cuesta abajo, entonces saben que de alguna manera tienen que ponerse en contacto profundo con el Señor y llevar todos

los sentimientos a la luz ¡a Aquel que es la Luz! No hay nada malo con estar enojado, pero contra la recto guardar el enojo para luego estallar de cólera contra la gente. Siempre pueden **decírselo** a Dios. El puede manejarlo bien, sobre todo si ustedes están enojados con Dios. Cuando estamos enojados con Dios necesitamos ir a donde El para decirle lo que está pasando. De lo contrario, Satanás aprovechará esta oportunidad para decirnos toda clase de mentiras, de porqué Dios no nos ama. Este casco tiene que estar firmemente puesto. Sí, Dios sí nos ama. Algunas veces podemos negar que estamos enojados con Dios. Podemos proyectar nuestro enojo hacia otras personas que no tienen nada que ver con esto. El verdadero problema es que hay algo de Dios que no nos gusta o no entendemos.

Yo recuerdo cuando murió John F. Kennedy. Esto fue muy desconcertante para muchos. Pero cuando murió Bobby Kennedy un poquito después, me acuerdo que estaba muy enfadada con Dios y marchando a la capilla le dije: “Señor esto es demasiado. Si yo fuera Dios, no hubiera dejado que esto pasara”. Nosotros podemos decir eso muchas veces, “Si yo fuera Dios haría todo diferente”. Como ven, hay cosas de Dios y la manera cómo El hace las cosas que no nos gustan. Tenemos que estar concientes de esto. Porque si no, estos sentimientos van a surgir viciosamente contra otras personas o se van a manifestar dentro de nosotros y envenenarnos. Amor, apertura, y honestidad son absolutamente la clave para manejar nuestras emociones. Cuando nuestras emociones son intensas y no sabemos qué hacer, podemos escribirlo en nuestro diario. Lo escribimos. Le escribimos cartas de amor siempre al Señor y le ponemos abiertamente todo lo que está pasando. Lo hablamos con nuestro confesor, o con una persona de confianza. Al hablarle al Señor u otra persona, podemos comenzar el proceso de sanación para que nuestra mente esté sana otra vez y para que la puerta se cierre a los otros espíritus que no sean el Espíritu Santo.

La primera etapa del proceso de sanación de nuestras emociones es la negación. Nosotros negamos que estos sentimientos estén heridos. “Bueno, eso a mí no me importa. Eso fue tan pequeño.” Entonces Satanás se mete inmediatamente. A él le encantan estos sentimientos escondidos y heridos. El odia la pequeñez pero la utilizará contra nosotros. Cuántas veces hemos dicho, “No voy a decir nada, es tan insignificante. Tiene tan poca importancia. Es tan pequeño”. Y nos quedamos callados. Esas son las pequeñas cosas que crecen y crecen y terminamos con una montaña. No podemos entender qué es lo que está pasando y porque hay demasiadas cosas envueltas en nuestros sentimientos que no hemos manejado. Por eso siempre es bueno escribir en nuestro diario para que nuestros sentimientos se exterioricen. “Señor, estoy muy molesta. ¿Oíste lo que me han dicho? Estoy muy enojada. ¿Qué crees Tú de esto?”. Hagan lo que tengan que hacer para deshacerse de estas emociones y traerlas a la luz y fuera del territorio de Satanás. Satanás opera como un murciélago. Ellos no se desenvuelven bien en la luz del día. Chocan con las cosas. No ven, pero se desenvuelven muy bien en la oscuridad. Así pues, si ustedes tienen un pensamiento o un sentimiento y lo están escondiendo o reprimiendo, no nieguen que existe. No tienen que decirle nada a nadie sobre esto, pero sí díganse al Señor. Los niños van donde mamá y papá para todo, para cualquier cosita que les duele, y mami y papi los besan y siempre se mejoran. Es así de simple. Nuestro Abba besará eso que duele y se sanará inmediatamente.

Entonces iremos a la próxima etapa. “No debería estarme sintiendo así. Después de todo soy cristiana. Debo amar a todo el mundo, después de todo soy monja. Después de todo Dios ha hecho mucho por mí.” Así negamos nuestros verdaderos sentimientos, “Ah, yo no voy a dejar que esto me moleste. Voy a ser muy madura en este aspecto”. Nuestros verdaderos sentimientos están

reprimidos en nuestro interior y con todo esto Satanás está divirtiéndose de lo lindo. Nuestros sentimientos han sido reprimidos y él está usando nuestros deseos de ser buenos y santos para mantenerlos escondidos. Está muy ocupado trabajando en la oscuridad. Esperamos que vayamos a nuestro Abba y que le digamos lo que está pasando para ponernos nuevamente el casco bien puesto en la cabeza y otra vez tengamos la seguridad de que Dios nos ama.

Si pasamos de esta etapa, podemos llegar a otra etapa, la negociación. “Oh Señor como Tú sabes, yo creo que puedo perdonarla si.... Pero como Tú sabes, con esta situación yo realmente no puedo perdonarla porque... Lo único que tienes que hacer es tocarle el corazón a ella. Cambia su manera de ser y todo será mucho mejor.” Y así buscamos un convenio. Yo tenía un gran amigo sacerdote que no podía oír bien. El ya había sido jubilado y todavía confesaba. Ese iba a ser su servicio para la Iglesia. Y a él le encantaba confesar. Esto fue un proceso de negociación. Recuerden, Jesús era judío, y está acostumbrado a la negociación. El es un buen negociante. Nosotros no vamos a ganarle. Nunca ganaremos. ¡El siempre gana! Este sacerdote empezó a buscar convenios con el Señor: “Si tú me sanas, yo oiré confesiones. Hay muchos sacerdotes que no quieren confesar más y yo puedo hacerlo”. Finalmente, un día el Señor le respondió. El llamó a ese sacerdote por su nombre y le dijo: “Yo te sanaré, pero no porque te necesito sino porque te amo”. Y así lo hizo. Dios lo sanó.

Una vez que pasamos esta etapa de negociación nuestras defensas están ya acabándose y podemos entrar en una depresión. Tenemos que tener cuidado de no quedarnos aquí y caer en grandes profundidades de depresión. Todo se puede oscurecer, tanto que podemos perder la esperanza. Podemos terminar desilusionados y quizás hasta llegar al suicidio. Esto tiene diferentes niveles. Pero una vez más si podemos traer nuestros

sentimientos y pensamientos ante el Señor y no mantenerlos dentro de nosotros, estaremos bien. “Señor, estoy deprimida. Necesito tu ayuda.” Entonces pueden tomar autoridad sobre estos espíritus que pueden entrar en nuestras emociones. “En el nombre de Jesús yo te ato, espíritu de_____y te mando a que te vayas inmediatamente y directamente al pie de la Cruz.” Inclusive después de esta situación, podemos salir más fuertes y en una aceptación total, de la voluntad de Dios para nosotros. Entonces podemos darle a Dios la libertad de moverse en nuestras vidas de la manera que El quiera. Podemos confiar en El y en Su amor por nosotros.

Solamente quería mencionar estas sanaciones emocionales para demostrar que estas sanaciones interiores no suceden por sí solas. Esto no siempre envuelve sólo tus sentimientos, sino que algunas veces hay espíritus malignos escondidos en tus emociones que están moviendo el proceso. Puede ser que necesites sanación y atar y echar fuera estos espíritus malignos asistentes. El ministerio de liberación no es un proceso aislado, porque la gente necesita siempre del amor de Dios. Lo que sea que abrió la puerta para que esos espíritus pudieran entrar, necesita ser cerrado, y con la ayuda de Dios esa puerta se va a cerrar. Todo va junto. La liberación y sanación funcionan simultáneamente. Esto puede pasar con cualquiera de las emociones, por ejemplo, digamos la soberbia. Todos luchamos con el orgullo más que nada. La soberbia es la cabeza de todos los pecados capitales. El enemigo está constantemente manejanándonos a través de la soberbia y no siempre la vamos a reconocer. Puede ser que necesitemos ser más sumisos a la autoridad o necesitemos ser más abiertos con el Señor o ser más sinceros con la gente con quien vivimos. La soberbia puede impedirme orar por otras personas que no me caen bien u otras personas que me han herido. Si rehusamos rezar por personas que son nuestros enemigos o que nos han perseguido o herido de alguna

manera, estamos manifestando soberbia. Estamos diciendo, “La culpa es de ellos - ellos están equivocados - tampoco necesito de ninguna sanación”. Estos son nuestros propios espíritus soberbios, los sentimientos de soberbia, pero también hay un espíritu maligno de la soberbia. Debemos tener mucho cuidado de manejar nuestro propio espíritu y sentimientos de soberbia y de cerrarle la puerta. De otra manera, el espíritu maligno de la soberbia va a ayudar a nuestro propia soberbia y vamos a estar en una tremenda y peligrosa situación espiritual.

Tenemos que conocernos a nosotros mismos. Tenemos que estar en alerta. Tenemos que tener conocimiento propio. Si estamos cansados los espíritus nos atacan mucho más fácil. Ellos saben cuando estamos cansados. Digamos que ustedes están sintiendo, “Necesitamos más oración. Necesitamos más tiempo para la oración”. A lo mejor nos estamos durmiendo en la oración, pero sí queremos orar. Entonces tenemos que retroceder y examinarnos, “¿Por qué nos estamos durmiendo durante la oración?”. Quizás no nos estamos acostando a tiempo y necesitamos dormir más. Esa sería la puerta abierta para dejar que esos espíritus entren y bloqueen el deseo de orar. Vamos a cerrar la puerta al cansancio porque ya vemos que el enemigo está usando el cansancio y la fatiga. Debemos estar seguros que vamos a ir a dormir temprano. Como ven, hay espíritus poderosos de fatiga. Cuando estamos cansados, cuando estamos muy fatigados, es mucho más fácil terminar enfadados. Todas nuestras emociones terminan en desorden, en caos. Nos molestamos y las cosas se salen de proporción. Los pequeños problemas se agrandan. Puede haber mucho fruto malo. Por eso debemos simplemente cerrar la puerta y con un hacha cortar a raíz el problema y ver que tengamos suficiente descanso. Podría ser así de fácil. Este es el proceso. Comiencen por saber cuál es el síntoma y retrocedan al análisis. Quizás sea un poco difícil hablar en

general de esto, porque cada persona es diferente, pero el proceso que usamos es, “Estoy actuando y reaccionando así. ¿Por qué?” Usualmente, no sé “el por qué” inmediatamente. No sé por qué ciertas frases me molestan. Y no sé por qué de repente me ofusco. Algo me ha irritado. Por eso le pedimos ayuda a Dios, “Enséñame qué está pasando dentro de mí”. No tenemos que entender todo lo que está pasando dentro de nosotros. Tenemos el Espíritu de la Verdad. El ya está ahí. Tenemos el Espíritu de la Luz. El quiere ayudarnos. Tenemos la ayuda Divina, lista en todo momento para ayudarnos, si simplemente la pedimos. Todo depende de nuestro pedir.

Hay muchas maneras de pedir ayuda a Dios. Lo repito una vez más, que tenemos que buscar la mente de Dios sobre cómo quiere que oremos. Cuando El nos enseñe lo que tiene en Su mente, entonces sabremos cual será el área en la que va a actuar. Puede ser que Dios quiera que oren para que tengan, en primer lugar, el deseo de orar. Muchas veces cuando no oramos, lo primero que decimos es, “Bueno, estamos demasiado ocupados. No tenemos tiempo, porque si uso ese tiempo para orar el ministerio va a sufrir. Tenemos que estar aquí y allá”. La razón por la que no oramos, si estudiamos el caso, no es porque no tengamos tiempo o no hagamos el tiempo. La razón es que la oración no es una prioridad y tampoco existe el deseo de orar. Tenemos que ser honestos con nosotros mismos. Quizás la oración sea seca y aburrida, y ya ni podemos esperar que termine. Si esto es lo que ocurre, va a ser mucho más fácil no rezar. No es una prioridad porque no queremos orar. Nada está sucediendo en nosotros. Entonces tenemos que investigar y ver cuáles son los deseos de nuestro corazón. Frecuentemente aquí es donde Dios comenzará.

Una vez una mujer vino y dijo: “Yo no puedo perdonar, absolutamente no puedo perdonar”. Antes pensábamos, “Hay que perdonar. Hay que perdonar

primero”. No siempre. Ese no es el primer paso. Jesús me enseñó Su corazón. Su corazón estaba absolutamente lleno de espinas, penetrado de gran dolor, y El dijo: “Primero vamos a remover parte de ese dolor”. No se puede esperar que una persona perdona cuando tiene tal profundidad de dolor. Primero necesita sentirse amada. Cuando nos sentimos amados y entramos en un nivel de sanación, entonces podemos perdonar. El perdón no es siempre el primer paso. De otra manera, al siguiente día volvería el dolor porque esa puerta nunca se cerró. Mientras sigamos guardando basura, las ratas vendrán. Eso es lo que hacemos. De hecho podemos estar alimentando espíritus malignos. Ellos van a venir. Se sienten muy cómodos en la oscuridad y con la basura, y esa no es la dieta o comida que el Cordero de Dios tiene para nosotros. Así pues, debemos tener mucho cuidado de que Satanás no se meta en nuestras mentes. Esta es el área que él penetra mejor que ninguna otra. El guerrero de oración puede tener toda su armadura puesta, incluyendo su escudo de la fe, incluyendo su espada, pero si su cabeza no está protegida, no va a sobrevivir en la batalla. Y allí es donde comienzan los ataques - en la mente. Esto ocurre muy fácil en la Iglesia occidental porque somos muy científicos. Le ponemos mucho más énfasis al lado izquierdo del cerebro. Todo acerca de la mente es muy importante para nosotros con todos nuestros títulos. Tenemos que tener mucho cuidado porque es aquí donde dejamos entrar al enemigo.

Por lo tanto, debemos **“ponernos el casco de la salvación”** (Efesios 6,17) y ponernos la mente de Jesucristo. Nuestros pensamientos tienen que estar profundamente arraigados en la fe y en la esperanza de Su gran amor por nosotros!

CAPITULO 5: LA CORAZA DE LA JUSTICIA

*“Manténganse firmes,..
protegidos con la coraza de la justicia...”*

(Efesios 6,14)

Lo que cubre esta coraza pectoral es extremadamente importante, el corazón. Si una flecha llega a traspasar esta coraza y penetra al corazón, sería mortal. Gran parte de esta armadura va a la par con las bienaventuranzas y la coraza de la justicia coincide con “Felices los de corazón limpio porque verán a Dios” (Mateo 5,8). ¡Aquellos con corazón limpio y puro verán a Dios! Necesitamos esta unión con Dios. Todo guerrero de oración quiere ver a Dios. Todo guerrero de oración necesita ver a Dios. Con esta pureza de corazón, esta coraza estará bien puesta en su sitio, cubriendo nuestro corazón que estará puro.

Una vez le pregunté al Señor: “¿Por qué usas como modelo de santidad a un niño?”. ¿Han pensado en esto alguna vez? ¿Por qué un niño? ¡Gracias a Dios es un niño! No puedo imaginarme lo difícil que hubiera sido si El nos hubiera dado a un gran líder, alguien que sería imposible imitar. En cambio, El nos muestra a un niño como nuestro modelo de santidad. Dios me respondió esa pregunta: “Si no cambias y te conviertes en un niño no puedes entrar al Reino del Cielo”. Entonces le pregunté: “¿Por qué un pequeño niño?”. El simplemente respondió: “Porque los bebés no pecan. Los bebés son puros”.

El Señor busca un corazón puro. El quiere que nuestros corazones sean totalmente puros, llenos de amor, llenos de Su amor. Yo antes me preguntaba, “¿Qué es ser santo?”. Un sacerdote acostumbraba darme como

penitencia: “Señor, hazme santa” San Claudio de Colombiere, acostumbraba rezar: “Hazme santo, a pesar de mí”. ¡Me gustó esa oración! Y yo pensé, “¿Que es eso de ser santa?”. Todos nosotros tenemos conceptos diferentes de lo que es ser santo. San Pablo dice que un santo es alguien que está lleno del amor de Dios (Efesios 1,4). No es difícil estar lleno del amor de Dios, pero si es difícil deshacernos de nuestro amor propio. Esto puede ser doloroso y muchas veces atormentador, porque eso significa que algo dentro de nosotros tiene que morir. Algo o alguien tiene que salir para que Alguien más grande pueda vivir en su lugar. San Juan Bautista sabía esto y dijo: “El crece mientras yo empequeñezco” (Juan 3,30). Una traducción que me encanta dice: “El tiene que crecer y yo tengo que desaparecer”. Tenemos que perder nuestro “yo” y desaparecer dentro de Jesús, para tomar Su Mente y Su corazón y convertirnos en uno con Jesús.

Así es, esa coraza de Justicia requiere pureza de corazón. La única manera para que eso sea posible es mediante una unión transformadora, donde nos convertimos en uno con Dios. Podríamos decir, que es un intercambio de nuestro corazón por Su corazón. En la liturgia de Navidad oramos: “Oh, maravilloso intercambio”. Eso es lo que es; la Divinidad adopta nuestra humanidad y nuestra humanidad se intercambia por Su Divinidad. ¡Por supuesto, nosotros somos los que nos quedamos con la mejor parte! Este es un precioso intercambio de Su Amor por nuestros pecados. Cuando discutimos algo acerca del corazón, siempre tiene que ver con el amor. Son uno y lo mismo. Aquel que ama mucho tendrá un corazón puro. O sea, orará mucho, porque aquel que ama mucho querrá estar con aquella persona a quien ama tanto. Así es que mientras más entramos en esta unión transformadora, más puro será nuestro corazón y más tiempo vamos a querer estar en unión con Dios. Así es de simple. Cuando amamos, siempre encontramos tiempo

para orar en alguna parte, en algún sitio, y siempre encontraremos distintas maneras de orar. El corazón es precioso. Siempre lo tenemos que mantener puro y protegido.

Hay muchas maneras de orar como también hay diferentes maneras de amar. El amor es muy creativo. Uno no necesita realmente aprender cómo orar, porque a uno no le enseñan como amar. Ese es un don. Cuando nosotros amamos sabemos la manera de responder a aquella persona, porque sus intereses y preocupaciones son también los nuestros. Nosotros necesitamos saber que Dios nos está pidiendo que dejemos que El nos ame. El está enamorado de nosotros y El quiere que nosotros también estemos enamorados de El. Aquí es donde entra la pureza de corazón. Comenzamos a buscar ese intercambio de nuestro corazón por el corazón de Dios. Entonces comenzaremos a comprender a Dios mejor, porque ya estaremos en unión con El. Tendremos Su corazón. Comenzaremos a consultarlo todo primero con Dios, porque el discernimiento se convertirá en nuestro modo de vivir. Solo queremos hacer las cosas como Dios las quiere. Los puros de corazón pueden discernir bien porque ellos ven a Dios. Dios es el Discernidor. El discernimiento no es de la mente, es del corazón. Es el corazón el que ve, oye y conoce. Dios es amor. Dios es una persona de Corazón y se comunica con nosotros Corazón a corazón. En realidad es precioso tener una relación con el Señor.

Así pues, esta coraza de Justicia está diciendo, “Todo tiene que estar correcto ante Dios”. No es auto justificación. Es Su voluntad, no la mía. Es someterme a El. Es desprenderme de mis propios planes, mis propios conceptos, mis propias ideas a cambio de las Suyas. Es hacerme más y más flexible, que cuando las cosas no van a mi manera, no me voy a disgustar. ¡No es que eso no te afecte a ti!

Me encanta la historia de Zaqueo. Yo puedo identificarme mucho con él porque es pequeño. ¡Es tan pequeño! Hay tanta gente alrededor de él que tiene que subirse a un árbol para ver a Jesús. Jesús, obviamente ya tenía gran reputación para entonces, y no hay manera que el pobre Zaqueo pueda ver a Jesús a menos que se suba a un árbol, porque es muy bajito de estatura y porque hay mucha gente. Zaqueo se sube a una higuera silvestre. Ahora, viene Jesús por el mismo lugar donde estaba Zaqueo. ¿Pueden imaginarse a este pequeño hombre subido en ese árbol tratando de mirar hacia abajo? Jesús miró hacia arriba y dijo: “Zaqueo, baja en seguida, pues hoy tengo que quedarme en tu casa” (Lucas 19,5). ¿Qué precioso, verdad? ¡Apúrense, apúrense, Dios nos está llamando! ¡El quiere quedarse hoy en nuestra casa! Nosotros somos Su templo. Quiere que bajemos, que bajemos a la profundidad donde El nos está esperando. El quiere estar en casa dentro de nosotros y entrar en una profunda amistad con nosotros. ¡La respuesta de Zaqueo es bella! El rápidamente bajó y lo recibió con alegría (Lucas 19,5). Frecuentemente pensamos, “Si yo voy a ser santo, tengo que acercarme a Dios; tengo que ser perfecto. Tengo que ser bueno y tengo que llegar a las alturas”. Podemos ir hacia las alturas si el águila, el Espíritu de Dios nos lleva a las alturas. De otra manera, solamente bajamos a la profundidad de nosotros mismos donde Dios siempre nos está esperando. “Zaqueo bajó rápidamente y lo recibió con alegría” (Lucas 19,6). A él le encantó estar con El.

Ahora comienzan todos a murmurar: “Se ha ido a casa de un rico que es un pecador” (Lucas 19,7). Solamente miren cómo va la gente a recibir la Comunión. Podríamos casi decir, a una con la multitud, “Mira Señor, Tú estás entrando a la casa de un pecador”. Y es la verdad. Nosotros somos pecadores redimidos. Somos pecadores salvados pero todavía pecamos todos los días. Si el hombre justo cae siete veces, ¿qué de nosotros? Dios ama al

pecador. La misión de Jesús es para personas como nosotros. El Señor acepta el hecho de que no somos perfectos. Satanás quiere que pensemos, “Tienes que enderezar tu camino antes de poder llegar al Señor”. El quiere que pensemos que una vez que hayamos pecado ya hemos perdido el camino y no hay manera de volver al Señor. ¡Fíjense cómo tratamos de esconder algo en el confesionario! Podemos a veces pasar sobre un pecado particular rapidito, con intención de que Dios lo oiga, pero que el sacerdote no. Tenemos que sacar todo hacia fuera, especialmente cuando estamos tratando con Dios. Queremos que nuestros corazones sean rectos con Dios. Queremos ser puros.

Una de las cosas que más amo de la Iglesia Católica es el hecho de que está llena de pecadores. ¡Y ese fue mi boleto de entrada! Dios ama al pecador. El ama a los pecadores y quiere ir a la casa de Zaqueo, y Zaqueo quiere poner las cosas en orden. Eso es lo que tenemos que hacer nosotros. Si amamos al Señor queremos arreglar las cosas y ponerlas en orden. Y si queremos que se quede con nosotros, no podemos dejar que nada se interponga entre El y nosotros. Cualquier cosa que escondamos, aminoremos o retengamos, puede comprometer nuestra relación y puede ser una brecha por la que entre el enemigo. Terminamos siendo auto justificados, no justificados en el Señor. Esa no es la coraza de los guerreros. Nosotros queremos la Justicia de Dios, no la nuestra propia. Sólo Dios es el único justo.

Una vez mientras viajábamos hacia Lourdes, cada uno estaba en oración y en la profundidad de sus propios pensamientos. Los cinco que íbamos en el carro estábamos en silencio. Yo manejaba y de repente me di cuenta que en mi interior, yo estaba diciendo algo. En realidad no sabía lo que estaba diciendo. Estaba hablando en Latín y yo no se Latín. Estaba repitiendo una frase, que iba al mismo ritmo de las ruedas, clic-clic-clic. Yo estaba diciendo: “Sed

libera nos a malo, sed libera nos a malo” por todo el camino hacia Lourdes. Más tarde supe que el significado de esta frase era, “mas libranos del mal”. Yo pensé que era muy extraño que dijera eso, porque íbamos a un lugar santo y yo creía que Lourdes era un sitio de sanación, con las aguas de sanación, donde apareció Nuestra Señora de Lourdes, la Inmaculada Concepción. Reflexionando un poco más sobre esto, me di cuenta que el mal del que Dios nos quiere librar es el pecado. Por eso María vino como la Inmaculada Concepción, mujer santa y pura, que nos ayuda a librarnos del pecado. Nos estaba llamando para ser sanados del pecado, y para quedar libres de pecado. Ella quería que tuviéramos la coraza de la justicia, que fuéramos rectos ante el Señor y que estuviéramos unidos con Dios. María quería que nos libráramos del maligno y de todo pecado e instrumento que usa para atraernos y tentarnos.

La sanación puede ser a nivel muy profundo, particularmente durante el Sacramento de Reconciliación, ese gran regalo que Dios le ha dado a la Iglesia Católica. Muchos de nosotros que nos hemos convertido al Catolicismo no hemos tenido ese Sacramento toda nuestra vida, pero lo acogemos con devoción. Nosotros siempre queremos estar seguros de que estamos en perfecta justicia con el Señor. Una paz perfecta solamente puede encontrarse en Su voluntad. La limpieza de nuestra alma nos traerá esta paz.

Satanás puede fingir todas nuestras emociones excepto una: el gozo. El puede fingir paz en diferentes niveles, pero nunca puede haber engaño con el gozo. Cuando estamos en la voluntad perfecta de Dios, aunque esta voluntad sea difícil, dolorosa y sacrificada, puede aún haber un gozo que viene de otro nivel de paz. Esta puede llenar nuestra alma y conducirnos a una profunda unión, porque somos uno con el Corazón de Dios. Podemos tener muchos, muchos frutos fingidos por el enemigo, pero él no

puede fingir el gozo. El gozo es una señal infalible de la presencia de Dios.

Por lo tanto, en cualquier momento que comprometemos nuestros valores, que tratamos de deslizar algo debajo de la mesa, o que tratamos de matizarlo y hacer que no aparezca tan malo, debemos tener cuidado. No queremos proteger nuestras faltas, queremos que sean expuestas y sanadas. Cuando la Luz comienza a crecer dentro de nosotros, vamos a ver muchas maneras en que nos hemos deslizado sin reconocerlo. Por ejemplo, yo tenía un amigo que me decía: “Es solamente una mentirita”. No hay tal cosa como “una mentirita”, ¿verdad? Una mentira es una mentira y para Dios no importa cuan grande o pequeña sea la mentira. Yo tenía la costumbre de exagerar mucho. “Les he dicho cien mil veces.” Ahora tengo más cuidado de no exagerar porque cuando comienzo a matizar las cosas, no estoy diciendo totalmente la verdad. Por mucho tiempo no caí en la cuenta de la exageración. Hay muchas cosas que el Señor nos va enseñando en las que necesitamos crecer. Y El nos advertirá, “Tengan cuidado con lo que dicen. ¿Es esta la pura verdad como tú la entiendes?”

Recuerden que siempre estamos cambiando. No vamos a ser el año próximo las mismas personas que somos hoy. Muchas cosas que podemos pensar o decir hoy, el próximo año nos parecerán distintas, y entonces nos daremos cuenta que hemos crecido en sabiduría. Nuestros puntos de vista en ciertos temas pueden cambiar. Eso no quiere decir que el año anterior mintieron sobre esos temas y que son personas detestables. No dejen que Satanás los ataque de esta manera. En aquel momento ustedes dijeron la verdad plena, tal como la sabían. De modo que no dejen que Satanás los repruebe. La reprobación es uno de sus instrumentos para hacernos pensar menos de nosotros mismos. Dios siempre trata de elevarnos, y Satanás siempre trata de echarnos hacia abajo. Es así de simple.

Por eso necesitamos este constante proceso de conversión. Tenemos que convertirnos constantemente en más puros de corazón porque Jesús nos desafía, “Los bebés no pecan”. Estamos en una profunda unión con El y eso quiere decir que somos como el Cordero de Dios. “He aquí el Cordero” el vulnerable, débil Corderito que quita los pecados del mundo. Dejen que El les quite el pecado que hay en ustedes. Permítanle que les ponga una coraza pura sobre sus corazones.

Estamos siempre en plena lucha y en oración, siempre deseando que el Cordero nos use para quitar el pecado. El pecado está en todas partes, el pecado del aborto, el pecado de la falta de caridad, el pecado de la avaricia, de lujuria, y de las riquezas. El pecado está en todas partes. Pero al mismo tiempo, debemos estar seguros de permitir que el Cordero nos quite el pecado propio. El pecado puede, a veces, crecer y reforzarse gradualmente e imperceptiblemente dentro de nosotros. Por eso mientras más nos purifiquemos, descubriremos niveles más profundos de nuestro propio pecado y de nuestro egoísmo. Como guerreros de oración podemos fijarnos tanto en las ataduras y esclavitud de otras personas, o en la esclavitud de una nación o en la esclavitud de la Iglesia, que no nos damos cuenta que nosotros también estamos en esclavitud. Una manera simple de descubrir nuestro propio pecado es examinando cuáles son nuestros dones. Todos tenemos dones. Algunos tienen muchos, otros pocos, pero todos tenemos dones. Miren sus puntos fuertes y sus bendiciones. ¿Qué cosa consideran ustedes que Dios les haya dado, que sea un puro don? Después miren cómo usan ese don. Examinen de que manera han hecho mal uso o hasta abusado de ese regalo. Este es un buen examen de conciencia que nos ayudará a descubrir nuestro pecado antes de ir a la confesión. Algunas veces no podemos ver nuestro pecado porque en realidad no queremos verlo o

quizás nueva nozcamos como peca pecado. Y puede ser que no lo reconozcamos como pecado.

Una vez estaba en una conferencia ecuménica en Omaha, y no sé como terminé siendo la facilitadora de toda la función. La Iglesia Católica estaba involucrada, al igual que muchas otras Iglesias. Eso quería decir que yo estaba muy ocupada constantemente en una cantidad de reuniones con sacerdotes y ministros, semana tras semana, desarrollando los detalles de esta conferencia gigantesca. Todo esto tomó unos seis meses de trabajo y preparación. Era una pelea constante para que los sacerdotes y ministros se organizaran dentro de sus propias parroquias e Iglesias.

Ser una organizadora de conferencias no es una de mis mayores habilidades, así que era extremadamente difícil para mí organizar todo esto. Encontré que a medida que pasaban los días, me sentía más y más cansada y estaba volviéndome casi como uno de los hombres, dejando atrás toda mi feminidad. Se espera que los hombres se comporten como hombres y ellos son bellos cuando son hombres, como las mujeres son bellas cuando se comportan como mujeres. Pero cuando nos cruzamos y tomamos el papel del otro, ya dejamos de ser bellos. Bueno, allí es donde más o menos estaba yo cuando oí la primera vez esta enseñanza. La pregunta que se nos hizo a todos fue: “¿Qué consideran ustedes es el mayor don que Dios les ha dado?”. Estaba yo pensando acerca de mis dones y pensé, “Creo que mi mayor don fue que me hiciera mujer. Me encanta ser mujer”. Eso era lo que yo tenía en mi mente. Entonces unos minutos más tarde el maestro dijo: “Ahora, observen como han mal usado o abusado este don”. Bueno, yo estaba aterrorizada, porque inmediatamente reconocí que me había metido en un papel masculino. Lo sabía. Yo estaba abusando de mi feminidad. Estaba abusando de todo lo que mi feminidad representaba, y yo sabía que esto era pecado para mí. Y ahora sabía porqué las cosas no estaban

saliendo bien. Los unos gritaban a los duos y yo no sabía que hacer.

Fui a confesarme y le dije al Padre: “He pecado contra mi feminidad. Yo no estoy haciendo mi papel de mujer”. Y podía “ver” este pecado ahora, pero solamente lo podía ver bajo la luz del don. Nunca hubiera podido reconocer lo que estaba pasando si primero no hubiera examinado mi don. Así pues, este precioso sacerdote me dijo: “¡Vamos a pedirle al Señor que te envíe un hombre para que arregle todo esto y te ayude!”. Y así lo hicimos. Yo me fui a la casa y el próximo día un amigo me llamó y me dijo: “¿Cómo estás?”. Yo respondí: “Muy bien gracias. ¿Por qué lo preguntas?”. Y él dijo: “Eso no es lo que dice el Señor”. “¡Oh!, ¿de veras? ¿Y qué dice?”. El respondió: “Que tu no estás bien en absoluto y que debía llamarte para ver si necesitas mi ayuda”. “¡Ayúdame!” Así pues, él revisó la descripción del trabajo. Ustedes saben cómo los hombres pueden hacerlo más fácilmente, porque ellos nacen siendo organizadores y facilitadores. Entonces él tomó las riendas de todo el proyecto. Yo volví a mi papel de inspirar, afirmar y nutrir, que son las cosas que yo sí podía hacer. La conferencia fue todo un éxito. Once mil personas vinieron y dio mucho fruto. Viendo nuestro don es la mejor manera de ver nuestro pecado.

Hay muchas maneras de descubrir nuestro pecado. Por ejemplo, nuestro estado de vida dicta mucho de lo que debemos y no debemos estar haciendo. Mi estado de vida dicta que soy llamada para orar. Esa es mi responsabilidad. Varios años atrás estuve leyendo 1 Samuel 12,23 donde Dios lo declaraba culpable por su falta de oración. Mientras yo leía esto, en mis adentros sentía la misma culpabilidad. Yo pensé, “Ay, yo debería estar orando mucho más de lo que oro”. Eso es lo que debería hacer. Para eso vine al convento. Entonces fui a confesarme: “Padre, he pecado contra mi vocación de oración. Dios me llama para que ore mucho más”. O sea, que mucho

depende del don que Dios nos haya dado como individuos. El me ha dado a mí un don vocacional de rezar. Yo estaba comenzando a tener muchas ocupaciones y el Señor me frenó dándome la sugerencia a través del profeta Samuel. El pecado se puede cometer de muchas maneras, pero siempre ocurre donde está el don; será el lado opuesto de nuestro don. Así se sabe que el santo y el pecadores el mismo; lo opuesto del santo es el pecador. Pero esperemos que para todos nosotros, lo opuesto del pecador es el futuro santo! Así cuando ustedes vean sus pecados, recuerden que hay un santo en proceso.

Otro punto de discernimiento es que una vez que hemos hecho una decisión, una vez que recibimos la luz, vendrá la tentación del enemigo para que cambiemos esa decisión. La tentación viene de distintas maneras y frecuentemente cuando todo esté en plena tormenta. Tales situaciones pueden ocurrir especialmente cuando no estamos seguros de haber hecho una buena decisión, porque de repente, las cosas no están bien ni de la manera que nosotros esperábamos que serían. Ignacio de Loyola, el fundador de los Jesuitas, nos advierte aquí: “En tiempos de desolación nunca debe hacerse ningún cambio, sino que debemos mantenernos firmes y constantes” (#318, Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio). Nunca, nunca den vuelta al barco en plena tormenta. Nunca cambien su discernimiento mientras están en medio de la tormenta. Cuando hay paz, cuando hay calma interior, puede ser que encuentren que es necesario un cambio de rumbo. Se puede observar que ese no fue el mejor discernimiento y que hay que discernir de nuevo porque el enemigo está aquí, en alguna parte, y esto no está dando buenos frutos. No tengan temor de hacer ese cambio y de discernir de nuevo. Frecuentemente, nueve veces de cada diez, volverá la paz y entonces sabremos que estamos en el camino correcto. Nosotros no hubiéramos querido cambiar el

rumbo en plena tormenta, sólo para encontrar luego que inicialmente estábamos en el rumbo correcto.

Por ejemplo, si estamos enfadados, a Satanás le gustaría que llamáramos a aquella persona en ese mismo instante para decirle exactamente todo lo que tenemos en mente, y hablar de eso. Puede ser que ese no sea el mejor momento porque no estamos llenos de paz interior. Hay un enojo justificado que viene del Espíritu Santo; pero ese sería un enojo controlado. Pero si es nuestro propio enojo emocional, puede ser que no estemos en control, y podríamos atacar, causando heridas y quizás mayor división. Muchas cosas podrían pasar cuando estamos entrando en un territorio tormentoso, así es que, tengan cuidado con lo que dicen o cómo se mueven a menos que tengan paz interior. Siempre debemos esperar hasta que podamos entrar a un punto neutral, entrar en paz. Necesitamos la coraza de la justicia firmemente puesta y entonces el fruto será siempre la paz. Pacientemente esperen que regrese la rama del olivo de la paz. Esperen que la paloma la traiga a su corazón. Ustedes no querrán entrar en el territorio del enemigo.

Hay ciertas normas directivas sobre la consolación y la desolación que son buenas de conocer porque son instrumentos de Dios, pero también pueden ser usadas por el enemigo. La desolación es siempre del enemigo y los efectos serán siempre para alejarnos de Dios. La consolación siempre nos acercará más a Dios. Algunas veces podemos reconocer la desolación, porque estamos muy desanimados, pero necesitamos identificarla antes de que nos arrastre hasta el fondo. Estas son algunas de las manifestaciones de la desolación: sentimientos negativos, desánimo, sentir lástima de sí mismo, ansiedad, alboroto, inquietud, impaciencia, tibieza y quejas.

Los sentimientos negativos son muy peligrosos porque no son de Dios y pueden llevarnos a una profunda desolación. El desánimo es otra manifestación de la

desolación y nos lleva a tener pensamientos tales como que Dios no nos ama y que Dios nos ha abandonado. Debemos tener cuidado. Esto nos puede llevar a sentir lástima de nosotros mismos porque en la desolación el enfoque se cambia hacia nosotros mismos. Entonces, cuando esto sucede, nos movemos en aguas muy peligrosas, en aguas espirituales muy peligrosas. Tenemos que concentrarnos totalmente en el Señor. Cuando nos concentramos en nosotros mismos, la lástima propia nos conduce a la tristeza. Santa Teresa de Avila acostumbraba decir: “Dios, líbranos de todos esos santos con ceños fruncidos”. La tristeza no viene de Dios y si reconocemos estas cosas dentro de nosotros mismos, sabemos que el enemigo está allí trabajando. La ansiedad, el alboroto, la impaciencia, la inquietud, son todas manifestaciones de la desolación. No son de Dios y necesitamos levantarnos contra ellos.

El enemigo puede usar cosas buenas para destruirnos. El puede usar nuestras devociones y prácticas piadosas. He visto gente en oración. Se ve bellísimo. Pero cuando uno habla con ellos o de alguna manera los molesta, se enfadan. ¡Fíjense en los frutos! ¡No se les ocurra sentarse en el mismo asiento de iglesia con ellos! Pueden ver que allí hay espíritus actuando, usando buena gente para hacer lo que podríamos llamar “buenas cosas.” El miedo es también uno de los mejores medios que usa Satanás. Cuando tenemos temor, no podemos concentrarnos en el Señor. Perdemos la paz, tenemos ansiedad. Podemos enfadarnos y volvernos desconsiderados. En el fondo podríamos terminar violando la caridad, el mandamiento de Jesús de amarnos unos a los otros como El nos ama. Negligencia, tibieza, eso no es amor. Refunfuño, murmuraciones, calumnia, todo esto es lo opuesto a la personalidad del Cordero.

El Cordero es manso, el Cordero es humilde, el Cordero es tierno. Jesús es todo lo que Satanás no es; son totalmente opuestos uno del otro. O sea, que tenemos que

luchar contra esto, particularmente si hemos desarrollado hábitos. Toma tiempo desarrollar tales hábitos, buenos o malos. Así que, si tenemos malos hábitos, según nos hacemos más concientes de ellos, con la gracia de Dios, podemos cambiarlos fácilmente por un buen hábito. Realmente no toma tanto tiempo una vez que estamos concientes de esto, examinamos los motivos y las acciones, y decidimos cambiar. Tenemos que analizarnos a nosotros mismos y ver por qué estamos actuando o reaccionando de la manera que lo hacemos.

Sabemos que la tristeza y la inquietud vienen del enemigo. ¿Recuerdan aquel joven rico? “Al oír esto se desanimó totalmente, pues era un hombre muy rico, y se fue muy triste” (Marcos 10,22). El no estaba listo para desprenderse de sus tesoros terrenales. El pesar y la tristeza no son lo mismo. Podrían ver la diferencia cuando ven el fruto o el resultado de una actitud o situación particular. Jesús dijo: “Se puede reconocer al árbol por sus frutos” (Mateo 7,20 y Mateo 12,33). La tristeza nos lleva a la depresión y a tener lástima de nosotros mismos. Y eso no viene de Dios.

Al contrario, el pesar es saludable, produciendo un amor y comprensión más profundo, causando crecimiento espiritual y un llamado a la acción. Jesús dijo: “Siento en mi alma un pesar de muerte. Quédense aquí y permanezcan despiertos” (Marcos 14,34). El Corazón de Jesús estaba lleno de pesar, y el de nosotros lo estará también, si permanecemos en el Corazón de Jesús. Tenemos que tomar un período de luto para ese dolor. Hoy hay mucha gente que está llena de pesar por todos los abortos y la pérdida de esos preciosos bebés. Hay mucho pesar por todo lo que está pasando en Rowanda. El pesar no es particularmente del enemigo porque produce un buen fruto. Este pesar viene de Dios. El pesar y la alegría viven simultáneamente en el alma. No hay conflicto allí. Examinen el fruto y podrán distinguir.

Un pensamiento también se puede reconocer por su fruto. ¿Qué clase de fruto está produciendo este pensamiento dentro de mí? Entonces podemos ver quién está detrás de ese pensamiento. Tenemos que examinar nuestra vida mental. Si sentimos tristeza o inquietud sobre una decisión que hemos tomado, debemos sentirnos libres de discernirla otra vez. A veces cometemos errores. Somos humanos y limitados y por eso cometemos muchos errores. Pero no nieguen cuando cometan un error, ni pretendan que no lo han cometido, porque cometer un error encima de otro sería peor. Mas bien, hagan inmediatamente un nuevo discernimiento de pensamiento y acciones. Díganle al Señor estos errores. Esto es humildad y es caminar con la verdad. Siempre que caminamos con la verdad, caminamos en libertad. Satanás no nos puede tocar cuando tenemos esa clase de libertad, porque estamos en plena luz.

Una vez más volvemos a la imagen del niño, porque el niño es libre. Los niños no son perfectos en el sentido de hacer las cosas perfectas. El espíritu de perfección que muchos de nosotros tenemos no viene de Dios. Sólo Dios es perfecto. Los niños son imperfectos, y no saben cómo hacer las cosas correctamente. Ellos no hacen casi nada correctamente porque son pequeños. Hacen lo mejor que pueden, ¿verdad? Y eso es todo lo que Dios nos pide, que hagamos lo mejor que podamos, aunque no sea perfecto. Vamos a caer en el lodo, vamos a desobedecer. Y cuando esto ocurre con tus propios niños, no los vas a amar menos. No, lo que haces es llevarlos a la bañera, los bañas, los corriges, "No lo hagan más". Pero uno nunca deja de quererlos. Dios nunca deja de amarnos. El siempre nos llama a la unión con El. Esto es muy importante para los guerreros de oración, ahora más que nunca. Tenemos que intercambiar nuestro corazón por el Suyo, y tenemos que movernos dentro de Su Voluntad Perfecta. Satanás no

puede penetrarnos ni atacarnos cuando estamos en esa clase de unión.

No se escondan del Señor. Lo que sea que hagan, no se escondan del Señor. Siempre vuelvan a Génesis 3 si quieren ver cuál es la personalidad de Satanás y cuáles son sus tácticas. Todo eso está claro ahí: Adán y Eva se escondieron. Ellos se escondieron y nuestro amoroso y omnipotente Dios les preguntó: “¿Dónde están?” (Génesis 3,9). Tenemos que recordar que si continuamos escondidos, no vamos a reconocernos ni a saber quienes somos. Así que nunca se escondan del Señor. Tenemos muchos mecanismos para huir y escondernos: el estar muy ocupado, hablar por teléfono con mucha frecuencia, ver TV, leer buenos libros, cualquier cosa para esquivar la oración o cualquier cosa para evitar ese diálogo cara a cara con el Señor. Cada cual sabe cuales son las maneras personales de huir y esconderse. Tenemos muchas maneras de esquivarlo. Así que tengamos mucho cuidado de no huir y de no escondernos del Señor.

Siempre que tenemos conferencias sobre el combate espiritual, tenemos muchas preguntas acerca de la gente que tiene problemas mentales, particularmente la esquizofrenia. No estoy diciendo que todo el que tiene un diagnóstico de esquizofrenia tiene un espíritu maligno, pero quisiera compartir con ustedes cómo estos espíritus malignos trabajan, porque muchas veces hay espíritus involucrados en la enfermedad mental. Cuando se pueden amarrar estos espíritus malignos y someterlos, frecuentemente la curación de esta enfermedad mental se puede lograr, y puede ser que suceda mucho más rápido que con nuestras ciencias médicas. Esto ha pasado muchas veces en oración de intercesión y a veces en ministerio individual.

Nos trajeron una señora que había sido diagnosticada como esquizofrénica. Yo conocía su psiquiatra y al sacerdote que estaba trabajando con ella.

Los tres nos unimos para ayudarla. Lo primero que hicimos fue deshacernos de esos espíritus que la estaban atacando y dándole una dualidad de personalidad. Así que yo estaba esperando que viniera la unción del Espíritu Santo para que echara fuera estos espíritus. Pero no sucedió así. Entonces yo dije: “¿Señor dónde estás?”. Todos los espíritus ya estaban amarrados y todo estaba listo. El dijo: “Déjamelos a mí. No vamos a echarlos fuera todavía, no le podemos quitar a ella la única personalidad que conoce. Simplemente continúa amarrando estos espíritus, hasta que podamos construir en ella una imagen mía, con las Escrituras, con amor, y con la oración. Y cuando sea el momento apropiado y su espíritu esté adherido a la personalidad de Jesús, en la bella coraza de la justicia, entonces podremos echar fuera estos espíritus. Cuando su espíritu sea adherido al mío, ella se pondrá bien. No va a extrañar esas otras personalidades, porque tendrá su propia personalidad conmigo”. Y eso fue exactamente lo que hicimos. Todos los días tomábamos autoridad sobre esos espíritus y los atábamos. Ella nunca supo lo que estábamos haciendo día tras día. Después de un año, el Señor dijo: “Ahora es el momento apropiado”. Entonces tuvimos un exorcismo oficial que tuvo lugar en la Iglesia aquí con el Exorcista Oficial de la Iglesia. Satanás fue echado y ella estaba tan reconstituída con el Señor que quedó muy bien. Hoy en día ella es una Cristiana muy fuerte. Trabaja para el movimiento de Pro-Vida y es una persona muy bella.

Así obra Dios, despacio y siempre respetando la dignidad de la persona. El nos ama. El desea que nos mantengamos puros en El. Quiere que tengamos mucho cuidado de nuestro corazón. Quiere que pertenezcamos sólo a El. Esta es el área de mayor protección—la unidad con el Padre. Por tanto, **“manténganse firmes..protegidos con la coraza de la justicia...”** (Efesios 6,14) porque el Señor desea trabajar por medio de

ustedes. ¡Ya se les han dado muchas armas para protegerlos y para ayudarlos a que se mantengan firmes!

CAPITULO 6: FORTALEZCANSE EN EL SEÑOR

*“Fortalézcanse en el Señor y en la fuerza
de Su poder.”*

(Efesios 6,10)

Cuando pensamos en la armadura, podemos recordar el casco, la coraza y el escudo, pero no importa cuantas cosas tengamos puestas, y no importa cuantas armas tengamos, si no tenemos la fortaleza y el poder del Señor, no ganaremos la batalla. Ni siquiera nos atreveríamos a dar un paso adelante en el frente de la batalla. Los guerreros de oración están en realidad en la vanguardia de la Iglesia, como unidades especializadas que van al frente como los Boinas Verdes.

Tenemos que estar preparados. Tenemos que estar al frente con fortaleza, pero somos muy pequeños. No podemos hacerlo solos. Pero esta es la clave, porque solamente cuando somos débiles, somos fuertes. Solamente los pequeños son los que pueden pedirle a Dios Su poder. Para poder luchar con estos espíritus, con esta clase de mal, necesitamos la fortaleza de Dios. Estos espíritus son extremadamente inteligentes, fuertes, poderosos y tienen una sabiduría que va más allá de la nuestra. Ellos son espíritus. Por lo que sería necedad mortal tratar de penetrar en el territorio enemigo sin la fortaleza y el poder del Señor.

San Pablo dice: “Por eso doblo mis rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra, para que les conceda, según la riqueza de Su gloria, que sean fortalecidos por la acción de Su Espíritu en el hombre interior” (Efesios 3, 14-16). Es el Espíritu el que

nos da fuerza. Pablo continúa: “Iluminándoles los ojos del corazón para que conozcan cual es la esperanza a que han sido llamados por El; cuál la riqueza de la gloria otorgada por El en herencia a los santos, y cuál la soberana grandeza de Su poder para con nosotros, los creyentes, conforme a la eficacia de Su fuerza poderosa” (Efesios 1, 18-19). Este poder es el mismo que El nos enseñó cuando resucitó a Cristo de la muerte y lo sentó a Su mano derecha en el cielo. Esta es una tremenda fuerza y viene especialmente del Espíritu Santo.

Esto lo vemos en Pentecostés. La Iglesia no estaba todavía combatiendo. No estaba todavía lista. Era Jesús quien estaba combatiendo. El tenía la fuerza y el poder. El es la fuerza. Después de la venida del Espíritu Santo, cuando la Iglesia recibió este poder, entonces vimos que la Iglesia estaba en plena batalla. Solo se vieron ataques, matanzas, y de nuevo, crucifixiones. Fue durante esta batalla que la evangelización tuvo su éxito. Esto pudo tener lugar porque ahora los discípulos estaban preparados. Se les dijo que esperaran en Jerusalén hasta que estuvieran “Revestidos con el poder que viene de arriba” (Lucas 24,49). Eso es lo que hacemos como guerreros de oración. Tenemos que esperar hasta que estemos bien revestidos con el poder de arriba y sólo entonces avanzamos.

Solamente porque estamos en un ministerio poderoso y porque hemos sido revestidos con el poder y la fortaleza del Espíritu Santo, no quiere decir que estamos ya listos para la próxima vez. Constantemente esperamos que el Señor derrame sobre nosotros la nueva unción, la luz verde. Siempre esperamos la fortaleza del Espíritu Santo y el permiso para enfrentarnos al enemigo una vez más en cualquier manifestación que Dios nos muestre. Necesitamos Su poder, necesitamos Su fortaleza. Necesitamos estar en una posición como la de los apóstoles y la de Nuestra Señora, esperando, abiertos y con la expectación de la emanación del Espíritu Santo. Nosotros

tambieos días. Una vez no es suficiente la Cámara Alta todos los días. Una vez no es suficiente. Así como no es suficiente tener una maravillosa cena de Acción de Gracias y entonces decirnos, “No vamos a comer nunca más”. Necesitamos alimentarnos constantemente del Espíritu Santo, para estar llenos y fortalecidos.

Algunas veces recibimos tanto de Dios que pensamos que ya es suficiente, pero nunca será suficiente. Las Escrituras nos dicen: “Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados” (Mateo 5,6). Siempre estaremos sedientos; así es como Dios nos hace acercarnos a El. Nos atrae para que vengamos por más y constantemente seamos rellenos. Si nuestras energías están constantemente avanzando en la batalla, en esta guerra, en ministerios, amando, dando, entonces tenemos que estar llenos nosotros también. Tenemos que estar constantemente recibiendo. No podemos dar lo que no tenemos. Es así de sencillo.

En la historia bíblica del dragón y la mujer vemos la necesidad de estar constantemente llenos. “Ella dio a luz a un varón....La mujer huyó al desierto, donde Dios le había preparado un lugar especial. A la mujer se le dieron las alas de un águila gigante para que ella pudiera volar y llegar a su lugar en el desierto” (Apocalipsis 12, 5-6 y 14). El águila es un símbolo de la espiritualidad contemplativa. Juan, el Amado, el evangelista, está siempre representado como un águila, porque el reclinó su cabeza sobre el Corazón de Jesús. El sabía como escuchar. El sabía como recibir y en esa clase de amor él fue elevado dentro del Corazón de Jesús. Esa es la espiritualidad contemplativa: reclinarse y ser elevado dentro del Corazón de Jesús. No tenemos que decir mucho. El énfasis está en recibir. Es escuchar. Es la experiencia. Es así de simple.

San Pablo dice: “Que El se digne, según la riqueza de Su gloria, fortalecer en ustedes, por Su Espíritu, al hombre interior. Que Cristo habite en sus corazones por la

fe, que estén arraigados en el amor y en El puedan edificarse. Que sean capaces de comprender, con todos los creyentes, cuán ancho, y cuán largo, y alto y profundo es, en una palabra, que conozcan este amor de Cristo que supera todo conocimiento. En fin, que queden colmados hasta recibir toda la plenitud de Dios” (Efesios 3,16-19). Este es el corazón de la espiritualidad contemplativa, experimentar el amor que viene del Corazón de Dios. Esto es lo que Dios desea, que nosotros tengamos Su fuerza. No hay nada más fuerte que el amor. Cuando somos amados somos felices, porque “La alegría del Señor debe ser nuestra fortaleza” (Nehemías 8,10). La canción que debemos cantar es está: “El gozo del Señor es nuestra fortaleza”. El gozo es el fruto del amor. Por eso vemos tanto gozo en Pentecostés. Los discípulos fueron amados como nunca antes. El Espíritu Santo se estaba derramando y llenándolos del amor de Dios. El gran Regalo de Amor estaba cayendo sobre ellos con tal plenitud que la gente pensaba que estaban intoxicados. ¡Y de verdad que lo estaban! Estaban llenos de Amor, con el Vino Nuevo. San Juan de la Cruz se refiere a esto como bajar a la bodega del vino y tomar profundamente del Amor. ¡Esto es gozo! Esto es volver a nuestro primer hogar, de donde viene la fuerza y la energía. Es el Espíritu Santo quien nos da vigor. Es una energía no creada. Esto es poder. Por eso cuando estamos llenos del amor de Dios somos más fuertes, porque es Su amor el que nos penetra y nos llena. El gozo del Señor se derrama sobre nosotros y es en esa unión con Dios cuando estamos más fuertes.

Pablo era un gran misionero y un gran místico. Pero llegó un momento en que él no podía compartir sus experiencias. Pablo no podía compartir esta clase de experiencia. Todo lo que él podía hacer ahora era rezar que todos nosotros pudiéramos tenerla. Nosotros no podemos compartir una experiencia propia con otra persona. Por ejemplo uno de los símbolos que yo uso mucho es la

naranja. Podríamos enseñar acerca de dónde crecen mejor las naranjas, qué clase de clima necesitan, en qué momento hay que cortarlas del árbol y como deben ser procesadas. Podríamos discutir qué clase de vitaminas tienen y de lo bueno que es comerlas. Pero no hay manera de explicar a nadie a qué sabe la naranja. Tienes que hacerlo por ti mismo - tiene que ser tu propia experiencia. No puedes conocer a una persona a menos que la conozcas personalmente. La gente puede decirnos cosas bellas del Santo Padre. Yo oía las cosas maravillosas de Juan Pablo y lo veía por televisión, pero no fue hasta que estuve de pie en la Plaza de San Pedro, cuando él salió de su pequeño carro, que el espíritu del hombre, la personalidad del hombre, la santidad, el oficio, el Vicario de Cristo, que yo experimenté al Santo Padre. De repente tuve la experiencia de Juan Pablo y no importa cuánto trate de relatar esto a otras personas, la profundidad no se transmite. Hay que experimentarlo personalmente para comprender. Nadie puede decirle a otro a qué sabe Dios, como siente y cómo es. Tenemos que tener nuestra propia experiencia personal de El.

Hace tiempo yo me preguntaba porqué la gente iba a lugares de apariciones y conferencias carismáticas. Volvían al claustro y querían compartir con nosotros la experiencia que habían tenido. Las palabras no eran suficientes y frustrados al final nos decían, “Bueno, ustedes deberían haber estado ahí. Es maravilloso. Es lo más precioso que he visto”. Treinta minutos después no sabíamos nada, porque la profundidad de esta experiencia no se puede compartir. No hay palabras para describir esta experiencia. Es así de simple. Esta es una experiencia personal. Dios nos llama a cada uno de nosotros personalmente a esta clase de oración. Aquellos de nosotros que estamos en las primeras filas, que penetramos más y más al campo del enemigo, necesitamos la

profundidad de esta experiencia para recibir la fortaleza y el poder de Dios.

Satanás siempre está listo para atacar a quienes están en la primera fila. El siempre está tratando de separar a esas almas de Dios. Usa diferentes maneras y siempre trata de decirnos que somos otra persona de la que realmente somos y de denigrarnos constantemente. Pero cuando tenemos esta clase de unión, no puede hacerlo porque sabemos quienes somos. Hemos comenzado a conocer quién es Dios y seremos fuertes por esta unión. En la terminología judía, el conocimiento significa experimentar a alguien. Cuando María le preguntó al ángel: “¿Cómo puede ser esto si yo no conozco hombre?” (Lucas 1,34), María estaba diciendo: “Yo no he experimentado a ningún hombre”. Existe un bello versículo en el Antiguo Testamento en el que Dios dice: “Porque me gusta más el amor que los sacrificios, y el conocimiento de Dios más que víctimas consumidas por el fuego” (Oseas 6,6). El desea amor y el conocimiento de Dios. El desea eso. O sea, que Dios dice: “Yo quiero amor y quiero que tengas esa experiencia de Mí”. Podemos tomar esto un paso más allá y responder con María: “Pero yo no sé quién eres ni dónde estás”. Dios continúa animándonos: “Busquen y hallarán; llamen y se les abrirá la puerta” (Mateo 7,7). Siempre hay un nivel más profundo en la experiencia de Dios, y todo lo que El nos pide es que tratemos de conocerlo. El desea que cada uno de nosotros dé un pasito a la vez y que lo experimentemos.

¿Han jugado alguna vez al escondite con los niños? Los niños no pueden jugar esto con los adultos, porque éstos sobrepasan su astucia y pueden esconderse donde los niños no los puedan encontrar. Pero cuando jugamos con los niños es para deleitarlos. Nos escondemos detrás de un árbol y aclaramos la garganta, tosemos, hacemos ruido con las hojas, o tocamos algo para que se caiga y haga ruido y así los ayudamos en el juego. Entonces ellos dicen, “¡Te

encontré, te encontré!”. Y qué alegría les da en sus corazones encontrarnos. Eso es lo que hace Dios con nosotros. El deja que lo encontremos, pero es El quien se revela a nosotros. Nosotros nunca podremos encontrarlo por nuestro propio esfuerzo. Es puro don. Es toda una revelación y cuando lo buscamos El se nos revela. Eso es todo lo que El pide, el deseo por parte nuestra de conocerlo.

La espiritualidad contemplativa es un puro don. No hay métodos. Es un regalo de Dios. Todo lo que tenemos que hacer es pedirlo, quererlo, desearlo, porque eso es lo que El quiere. San Pablo nos dice que la voluntad perfecta de Dios es que nosotros “quedemos colmados hasta recibir toda la plenitud de Dios” (Efesios 3,19). Su voluntad perfecta no es que le demos algo, ni siquiera que le demos almas, ni que estemos en el frente peleando por El. Su voluntad perfecta es que lo recibamos en lo más íntimo de nuestro ser. El desea eso porque El es Amor. El amor siempre quiere dar. El amor siempre busca la unión. Dios está esperando que lo busquemos, para poderse revelar.

Tenemos que ser como las estrellas. Cuando Dios creó a las estrellas, El les habló y ellas respondieron, “¡Aquí estamos!”. Me encanta eso del Antiguo Testamento, “Aquí estamos” Y así mismo nosotros podemos decir, “Aquí estoy Señor. Aquí estoy esperando por ti. Tú eres el Dios que viene”. Y eso es lo que pasa en la oración todos los días. La unión con Dios no tiene nada que ver con el ministerio. Estamos errados al pensar que es algo que **nosotros** hacemos. En vez de esto es Dios quien nos atiende a nosotros. Dios es el que inicia, no nosotros. Juntos somos la Iglesia, somos la novia de Cristo, y es el novio quien inicia la unión. El amor mismo inicia esa unión. El nos busca y todo lo que podemos decir es, “Aquí estoy Señor. Estoy esperándote. Estoy disponible para Ti”.

Una vez que profundizamos en esta clase de oración, las alas del águila nos elevan. Esa águila es un precioso símbolo de la espiritualidad contemplativa, porque

las águilas vuelan derecho al sol. Viven en las alturas. Nosotros normalmente no tenemos águilas en las cercanías de Omaha, Nebraska. Pero de repente hace cinco años llegaron dos a Bellwether y se quedaron aquí. Todos nos pusimos muy alegres y fuimos corriendo a verlas, “¡Oh, miren! ¡Oh, miren! ¡Oh, miren!”. Las águilas de verdad son bellas y vuelan directo al sol. Otra cosa hermosa que tienen las águilas son sus aguiluchos. Ellos viven en las alturas de su nido. Es muy cómodo y confortable ahí. ¿Saben lo que hace la mamá águila cuando sus pichones no quieren salir del nido? Empieza a deshacer el nido, va reduciendo el espacio y de repente el aguilucho se ve obligado a volar. Como no puede todavía volar bien se viene hacia abajo, pero la mamá vuela más abajo y lo recoge en el aire sobre su lomo. Entonces lo lleva otra vez al nido para empujarlo una vez más a salir del nido, mientras ella esta debajo cuidándolo. Es hermoso como les enseña a volar. Nosotros, igual que esos aguiluchos, nos encanta estar en nuestro nido calentitos y confortables en las alturas con nuestra mamá águila. De repente cuando algo nos perturba, pensamos, “Oh, hay algo malo en mi oración. Ya no es tan confortable y cómoda como antes”. Puede que algo esté pasando, pero probablemente no. El Espíritu Santo mismo puede ser quien nos perturbe aún en las alturas, porque El quiere que nos elevemos más. El nos quiere enseñar. En la lucha aprendemos a volar. Así aprendemos a elevarnos a lo alto.

Las águilas no baten sus alas. Ellas saben como remontarse con el viento. El viento las lleva. Así se pueden distinguir las águilas de otras aves. Los otros pájaros baten sus alas usando su energía. Nosotros, también, batimos nuestras alas en la primera etapa de nuestra oración. En algunas clases de oración tenemos que poner mucha energía aún para entender una palabra de las Escrituras. Hasta para entrar en la oración y hacer silencio interior podemos tener dificultad, pero llegará el momento

de la victoria. De pronto ya no será necesario batir las alas para viajar grandes distancias. ¡Podrán remontarse con el viento del Espíritu! El aliento de Dios nos llevará y allí encontraremos descanso.

La espiritualidad contemplativa es el reposo en el Señor. Es refrescante porque estamos recibiendo. Muchas cosas pueden ocurrir cuando estamos remontándonos. Los ojos se abren y los Dones del Espíritu Santo comienzan a operar. El Espíritu Santo será activado dentro de nosotros y la Sabiduría comenzará a operar en otro nivel. Comenzaremos a ver las cosas más desde el punto de vista de Dios, literalmente desde el punto de vista de un pájaro, viendo de arriba para abajo, no de abajo para arriba desde nuestros pequeños y angostos refugios, sino que tendremos una vista panorámica tal como Dios ve. Esto es muy importante para los guerreros de oración. Tenemos que ver. Tenemos que contemplar con los ojos de Dios. El quiere que nosotros conozcamos como El conoce. “En realidad, el Señor no hace nada sin revelar Sus planes a Sus servidores” (Amos 3,7). El quiere que conozcamos como El conoce, porque esto influenciará todas nuestras acciones. Nuestra oración y nuestra misión verdaderamente se convertirán en Su oración y Su misión. Si es esto lo que deseamos, la unión íntima, El nunca nos dejará en la oscuridad, nunca. O sea, que constantemente vamos a El y recibimos de El. Nunca se cansará que vayamos donde El. El es energía no creada y El desea que tengamos la experiencia de El.

El teólogo alemán Karl Rahner dice que los Cristianos del futuro serán místicos o no perseverarán. El nos está hablando a nosotros los hijos de Dios. Si nosotros no estamos en esta clase de unión, el ataque puede ser demasiado grande. Nuestra fe será socavada y caeremos. Satanás es muy fuerte, pero nadie es más fuerte que Dios y Su Amor, nadie. Somos llamados a ser místicos. Somos llamados a conocer las cosas como Dios las conoce, a ver

las cosas como Dios las ve, y sentir como Dios siente. Estamos llamados a ser revestidos con esa clase de poder que baja de las alturas. Tenemos que recordar que la armadura que necesitamos es la armadura de Dios. No podemos ir a comprarla, ni siquiera un pedacito. No está a la venta. Es un regalo que nos da Dios. Cuando la armadura no ha sido dada, Dios en Su misericordia nos protege. El nos está diciendo que no estamos listos todavía y nosotros sabemos que no lo estamos. Pero cuando Dios nos da esta armadura, entonces es Dios quien hace la decisión de que estamos listos para usarla. El es quien inicia nuestro crecimiento con ese don y El es quién nos prepara.

Cuando he ido a Medjugorje, he pasado largo tiempo al pie de la Cruz Azul. Tiene una cantidad de recuerdos y mucho significado para mí; por alguna razón allí encuentro a Nuestra Señora. Así pues, yo estaba allí reflexionando con ella, pensando en los visionarios y los privilegios que tienen de hablar con ella todos los días, y de que ella los dirija en la vida de oración. Y estaba pensando, “Sería maravilloso tenerte a tí como mi directora espiritual. No puedo ni imaginarme como sería. Sería tan maravilloso”. Y Ella me habló y estaba sonriendo. Dijo: “Oh no, yo quiero que tu tengas el mismo director espiritual que yo tuve”. Yo le dije: “¿Qué? ¿Y quién es?”. Y ella dijo: “El Espíritu Santo. El me enseñó todo lo que debía saber acerca del amor”. Y yo pensé, “Yo me conformo con el Espíritu Santo”. Esto es lo que María quiere para todos nosotros. Las madres quieren compartir todo lo que tienen con sus hijos. Las madres tienen un corazón que es enorme y generosísimo y María es la Madre de todas las madres. Ella quiere compartir todo lo que tiene con nosotros. Ella quiere que tengamos el mismo director de nuestras almas que ella tuvo - el Espíritu Santo mismo. ¡Qué belleza!

Recuerdo la primera vez que visité a Medjugorje. Teníamos unas cuantas peticiones de oración para dárselas a Jelena, una de las locucionistas. Casi no había americanos ni peregrinos en el año 1985, sólo los de la Iglesia Italiana. Yo le pregunté a Jelena: “¿Podrías llevarle algunas peticiones a Nuestra Señora?”. Ella respondió: “No, Nuestra Señora ha dicho que en las próximas dos semanas no podemos hacer ninguna clase de intercesión ni responder peticiones. Es una temporada de estar sólo con ella”. Yo creo que esto más que otra cosa me convenció que Jelena era auténtica, que en realidad se comunicaba con Nuestra Señora. Ella es una excelente directora espiritual. Nosotros no estamos en el ministerio todo el tiempo. No podemos estar continuamente dando y dando sin recibir. Nuestra fuerza viene del Señor.

Vemos a mucha gente desgastada en la Iglesia hoy en día y es porque no están recibiendo lo suficiente. Este desgaste no es usualmente causado por estar haciendo demasiado. Es usualmente causado por no recibir lo suficiente. Un arma poderosa del enemigo, la gran tentación que hay hoy en día, es estar abrumados, repletos de ocupaciones. Estamos abrumados de muchas cosas buenas. Estamos dando, haciendo, sirviendo, pero si no tenemos tiempo para hacer un balance y recibir del Señor, vamos a terminar desgastados, corriendo con un tanque vacío.

Una vez estaba meditando los nombres de la Santa Trinidad y yo le decía a la Virgen María: “Nosotros sabemos que la Primera Persona de la Trinidad es el Padre y lo llamamos, El Padre. El tiene un nombre. La Segunda Persona de la Trinidad se llama Jesús. ¿Pero cómo se llama la Tercera Persona de la Trinidad? ¿El no tiene nombre?”. Ella refiriéndose al Magnificat, dijo: “¡Su nombre es Santo!” (Lucas 1,49). El es santo y esa es nuestra fuerza. Esto es para ser tomado más y más dentro de la santidad de Dios mismo, dentro de esa unidad. Allí es donde recibimos

a fortaleza. El Espíritu Santo es el Santificador. El es quién trabaja dentro de nosotros, activando esos dones que nos ha dado, llevándonos más hacia la conformidad y perfecta voluntad de Dios. El Espíritu Santo está constantemente llevándonos más y más a unirnos con Jesús y llevándonos a una profunda revelación y experiencia con el Padre. Hay todo un misterio Divino en el ciclo Trino de vida que Dios está compartiendo Cios nosotros. Es el propio Corazón de Dios, Espíritu de Dios, el Espíritu Santo, y el Espíritu es el Amor puro.

En el Evangelio de Juan, Jesús encuentra a una mujer junto al pozo que está, en lo que nosotros llamaríamos, estado de pecado. El le revela Su identidad antes que nadie hubiera recibido esta revelación, ni aún Sus propios apóstoles. Su Madre obviamente sabía quién era El, y José creo que también, desde luego, lo sabía. El resto de la gente no lo sabía. O sea, que Jesús viene al pozo y se encuentra a esta mujer que ha tenido varios maridos y el hombre con quien vive ahora tampoco es su esposo. Ella viene al pozo a tomar agua porque tiene sed. Viene al mediodía porque realmente no es bienvenida ni aceptada por las otras mujeres del pueblo, quienes vienen a buscar agua por la mañana. Jesús comparte con ella Su identidad y comienza a enseñarle. El le dice: “Si solamente reconocieras el don de Dios” (Juan 4,10). Es como si El estuviera invitándola y diciéndole: “Si pudieras tener una experiencia con esta clase de amor, esa otra clase de amor que buscas no tendría el mismo poder sobre tí”. Jesús le ofrece a ella el gran Regalo del Amor, el Espíritu Santo, porque El sabía que ella estaba sedienta de Amor.

Eso es lo que El nos pide a nosotros, que tengamos sed, que tengamos hambre. El desea que lo busquemos y vendrá a darnos ese gran regalo de El. Dios es amor y desea comunicarse con amor, por amor y en el amor. Es un Dios del corazón. Una vez yo le pregunté: “Yo sé que en realidad no era la voluntad del Padre que tú te casaras, pero

si tu hubieras tenido la oportunidad, ¿tú te hubieras casado?”. El dijo: “Sí, si hubiera sido la voluntad de mi Padre”. Yo le pregunté: “¿Con quién te hubieras casado?” Y ¿saben lo que dijo? “María Magdalena”. Yo dije: “¿Por qué?”. “Porque su amor era casi tan intenso como el mío.”

Dios está buscando amantes, amantes apasionados, porque así es El. El amor del Padre, derramado a través del Espíritu Santo, es la fuerza que el guerrero de oración necesita. Nada, nada puede subyugar ese amor. Nada es más fuerte. Nada puede extinguir ese amor. Satanás sabe esto y él trata de hacer todo lo posible para alejarnos de la oración y de que recibamos y bebamos profundamente de este amor. Debemos tener cuidado con lo que sucede durante nuestra oración. Algunas veces la gente dice, “Algo está pasando en mi oración. Yo no sé lo que es. Dios no me oye. Dios no me ama. Dios no me responde”. Yo les diría, “Dime cómo rezas. ¿Qué es lo que estás haciendo? ¿Qué ha pasado?”. “Tengo una devoción especial que digo todos los días. Tengo una letanía particular que me encanta recitar. Voy a Misa. Digo el Oficio Divino. Rezo el Rosario”. Y esto sigue y sigue. Y todas esas cosas “son cosas que estamos haciendo”. Si toda la oración consiste en lo que estamos haciendo, nuestra oración está fuera de balance. Tenemos que darle a Dios el mismo tiempo para hablar con nosotros. Nosotros somos los que tenemos la necesidad de la oración. Nosotros somos los pobres. Somos los pequeños. Esperamos que seamos también los vacíos. Somos los que necesitamos de El, no lo contrario. A medida que Dios nos llena, tenemos más que dar. Tenemos amor.

Nuestra Señora en Medjugorje dijo algo parecido a esto cuando se le hizo esta pregunta: “Algunas veces dices que tenemos que rezar, estar llenos de Dios y dices que debemos también hacer trabajos corporales de misericordia, visitar a los enfermos, visitar a los que están en la cárcel. ¿Qué es lo que tenemos que hacer?”. La respuesta fue:

“Tenemos que hacer las dos cosas”. No es hacer lo uno o lo otro. No es que unos solamente oren y otros sean activos en el trabajo apostólico. Por algún motivo existe una división de pensamiento en la Iglesia. Hay contemplativos en una parte de la Iglesia y ministerios apostólicos en la otra parte. Pero esa no es la espiritualidad de Jesús. Jesús y María eran contemplativos. Ellos oían, recibían y tomaban en Su interior, pero cuando estaban llenos y habían recibido lo que Dios les había dicho, entonces actuaban. Recibían y luego daban.

Las Escrituras nos dicen que cuando Jesús estaba en oración, El estaba totalmente absorto, “Pasando la noche en comunión con Dios” (Lucas 6,12). Esta es una bella palabra y una maravillosa descripción de la espiritualidad contemplativa. Cuando uno está absorto en algo, uno está tomándolo, totalmente sumergido. ¿Han visto cómo el papel absorbe la tinta? La esponja solamente absorbe el agua. Jesús era así en la presencia del Padre. El estaba absorto en el Padre. El era “mujer” en el sentido total de la receptividad, de recibir, y miren lo fructífero que era Su ministerio. El pasaba todos Sus días dando el amor que recibía en la oración, usando ese poder y ese amor. Sin embargo, cuando estaba en oración, no estaba en acción de dar. Más bien, estaba recibiendo del Padre y del Espíritu. El era receptivo y así se podía llenar.

Pienso a menudo, que cuidamos mejor de nuestros carros, que de nosotros mismos. ¿Quién puede manejar un carro sin combustible? ¿Cuántas veces tratamos de seguir adelante con el tanque vacío? Necesitamos constantemente llenarnos del Espíritu Santo. Estamos hablando, una vez más, de la experiencia. Una hora puede pasar mientras estamos en oración, y de repente pensamos, “Bueno pues, nada ha pasado. Algo está mal aquí”. Pero el fruto es que estás lleno de energía y lleno de cosas buenas que sucederán durante el día. Esa es una de las cosas de esta clase de espiritualidad. Se puede pensar que nada está

pasando, pero ademas veces es solamente amor. Solamente están tomando de ese amor. ¿Has estado con alguien a quién amas y no puedes hablar en absoluto? Y pudiera ser que si hablas se echa a perder el momento. No hay palabras cuando se está experimentado amor. No hay palabras, así es en esta clase de experiencia, no hay pensamientos en particular y no hay palabras particulares. Solamente estás tomando y recibiendo. Como en el bello Salmo 23, el Buen Pastor va guiando Sus ovejas. Nosotros somos Sus ovejas, Su rebaño y El nos guía a los pastos verdes, a las aguas tranquilas. Cuando vamos a la profundidad interior, esta agua nos llena más y más. Así pasa en el océano. Cuando uno empieza a entrar más profundo en el océano, se siente más y más lleno y más y más tranquilo. Puede haber una gran tormenta en la superficie del océano pero nunca lo sabremos. Nadie puede perturbar esta paz del alma cuando estamos sumergidos en Dios.

Isabel de la Trinidad sabía como experimentar esta unión con la Trinidad. Aunque murió a la edad de 26 años, tenía una gran devoción a la Trinidad y muchas experiencias de la Trinidad. Ella iba a la oración y se sumergía en las profundidades de sus Tres. ¿Qué bello, verdad? Pero a nosotros nos toma más de un momento para sumergirnos. Nosotros debemos deshacernos de las distracciones y de otras cosas que estén estorbando nuestro camino. Pero eso es precisamente lo que estamos buscando, sumergirnos muy hondo en la presencia de Dios dentro de nosotros. Dios ha hecho Su hogar dentro de nosotros. Cada uno de nosotros individualmente es una casa de Dios. Nosotros somos, podríamos decir, como Su hogar lejos de casa. Allí es donde El vive. El siempre está allí, pero somos nosotros los que no estamos en el hogar. A veces estamos muy preocupados con otros pensamientos. Puede ser que estemos ocupados en otro sitio mentalmente. Somos nosotros los que no estamos en el hogar, pero Dios

si está, y todos colectivamente somos la Casa de Dios. Somos la Iglesia. Dios dijo en el Antiguo y en el Nuevo Testamento (y cuando Dios comienza a repetirse nosotros escuchamos) “Yo quiero mi Casa” y El se refiere a cada uno de nosotros individualmente. “Mi Casa será Casa de Oración” (Lucas 19,46; Isaías 56,7; Mateo 21,13; Marcos 11,17). Eso quiere decir unión, comunicación.

Creo que la palabra *oración* ha sido utilizada hoy en día erróneamente. Existen varios conceptos diferentes de la oración. Así es, que en realidad, no tengo una definición de oración que darles a ustedes. Si la tuviera no se las daría porque hay muchos libros llenos de definiciones de la oración y los santos ya han escrito y hablado elocuentemente de la oración. Contamos con una gran herencia de la oración en nuestra Iglesia. Somos ricos. Solamente recuerden que la oración es una clase de comunicación. No tiene que ser una comunicación verbal. Puede ser una comunicación de presencia, pero es una experiencia que une. Así vemos la oración. La oración viene a ser como un teléfono y un teléfono es importante, porque si amas a alguien lo llamas. Una vez que oímos esa voz, una vez que la conexión está hecha, no estamos conscientes de que estamos usando el teléfono. Es solamente una manera de conectarse con la otra persona.

Y eso es todo lo que es la oración, simplemente una conexión. Una vez que hemos hecho esa conexión, no tenemos que orar porque ya estamos en casa. Estamos recibiendo, estamos siendo amados, estamos siendo reforzados y enseñados. Estamos siendo sanados de todas las cosas que pasan porque estamos en plena relación. Es una relación. Dios está interesado en las relaciones. Satanás también está interesado en las relaciones, pero él quiere destruir las relaciones entre la gente, en las familias, en la Iglesia, en nuestra nación, en otras naciones y países. Satanás utiliza mucho la comunicación para sus propios propósitos porque Dios está interesado en la comunicación.

Así nos habla Dios, a través de la relación con El. Todo acerca de Dios tiene que ver con la relación, no con Su acción. Nosotros en la Iglesia Occidental ponemos mucho énfasis en lo que hacemos. Gran parte de nuestra identidad tiene que ver con lo que hacemos y eso no es lo que somos, en absoluto. Entonces, como estamos programados de esta manera, y fallamos en lo que hacemos, pensamos que somos un fracaso. Y no es así. Dios está interesado en nuestra relación con El.

Hay un pasaje bíblico muy interesante, cuando Moisés vio la zarza ardiendo. Esa zarza en llamas era un símbolo de la llama del amor de Dios, del Espíritu. Allí está el poder, en la Presencia, en la Llama. Moisés preguntó a Dios, “Si ellos me preguntan: ¿Cuál es Su nombre?, yo ¿qué les voy a responder?” (Exodo 3,13). Dios respondió, en realidad, algo extraordinario. Yo no pretendo tener las respuestas teológicas, pero Dios respondió: “Yo soy quién soy” (Exodo 3,14). Su total énfasis estaba en Su Persona, quién es El, no lo que El hace. En otras palabras, “Yo seré para ti quien seré para ti”. No podemos clasificarlo, no podemos ponerlo en una caja, no podemos ponerle una etiqueta. El pudo haber dicho, “Soy el doctor. Soy el liberador. Soy el Creador. Soy un Santificador”. El pudo haber dicho todo lo que El hace, pero no dijo nada de esto. Su prioridad es la relación. “Esto es quién Yo soy.” Durante la oración podemos olvidarnos del ministerio y de todas las demás cosas, y solamente ser. Simplemente ser. Es muy difícil para nosotros solo ser. Hasta podemos sentirnos culpables si no estamos haciendo algo, inclusive hablando con Dios. Pensamos, “Debería estar haciendo algo”

Deberíamos simplemente estar en el proceso de convertirnos, de convertirnos en santos, de llenarnos del amor de Dios. Dios busca santos. Estos son Sus guerreros de oración. El no tiene muchos amigos, amigos verdaderos, gente que realmente se someta a El y permita

que El haga lo que quiera. El busca a aquellos que le permitan izar la bandera blanca todo el tiempo y que caminen bajo esa bandera. Dios no tiene esto. Vivimos en una Iglesia rebelde. Vivimos en una nación muy desobediente, pero la esperanza que tenemos nace de ver que Dios trabaja con unos pocos. Dios no necesita muchas cantidades. El no necesita grandes números de gente, pero lo que El sí necesita es a algunos que sean fieles. El necesita a los pequeños que El pueda utilizar a **Su** manera y en Su tiempo. Nuestra Señora rezó: “Que se haga en mí” Aquí no hay control, sino receptividad total. “Que se haga en mí” según tu palabra” (Lucas 1,38). Su manera, Su plan, a Su tiempo. Se requiere gran cantidad de confianza, pero examinen el fruto. Miren lo que pasó con María. Estaba llena de vida, llena de amor, llena de Jesús. Esa es la clase de oración y el estilo de vida al que Dios nos llama diariamente.

Hay otro punto muy importante aquí: la preparación. La preparación es esencial. Tenemos que estar llenos de la luz de Dios. En los días en Nazaret Jesús fue preparado para las confrontaciones venideras. Nosotros pasamos gran parte del tiempo hablando y aprendiendo acerca de lo que El dijo en aquellos tres años. Creo que es increíble que cuando le enseñamos algo a un niño, en realidad no usamos muchas palabras. No le decimos al niño cómo amarrarse los zapatos. Se lo enseñamos. Ahora Dios nos ve como niños y nos está enseñando algo extremadamente importante. Este Hombre, Jesús, vivió solamente treinta y tres años, y fíjense cuánto énfasis puso en esos treinta años. Treinta años de silencio, de vivir oculto. “Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia, ante Dios y ante los hombres” (Lucas 2,52). Sabemos que El demostró gran sabiduría a la edad de doce años, ya habiendo enseñado en el templo. No lo volvimos a ver más hasta que tuvo treinta años. Fíjense lo que nos está enseñando. De alguna manera hemos fallado en aprender

la importancia de los días en Nazaret, la importancia de la vida oculta. A El le gustaba Su vida oculta. El está oculto dentro de nosotros. El Espíritu está tan oculto que no lo podemos ver. Reconocemos Su acción porque podemos ver “Oh, debe de haber sido el Espíritu Santo. Ácabo de tener tal pensamiento que no era mío”. O podemos ver el fruto de una acción y reconocemos que es del Espíritu. Su actividad dentro de nosotros es muy oculta.

Jesús quiere que nos sintamos cómodos con la acción oculta de Su vida que continúa ahora en nosotros. En este silencio, aprendemos a discernir la voz de Dios. En el silencio realmente aprendemos quién es El. Lo experimentamos, lo conocemos, así aún cuando Satanás viene disfrazado y finge la voz de Dios, sabemos que esa voz no es auténtica. Podemos callar esa voz inmediatamente. Porque aquellos que pasan su tiempo en la soledad, como dice Jesús, “Cuando oren vayan a su cuarto...” (Mateo 6,6), aquellos que entran en lo profundo de ese cuarto interior reconocerán esa voz. Reconocerán la voz de Dios así venga por medio de la TV, por un niño o por un amigo; **la reconocerán**. Una vez que reconozcan esa voz, lo sabrán y podrán apagar todas las demás voces. “Las ovejas lo siguen porque reconocen Su voz” (Juan 10,4). Nosotros también, podemos seguirlo porque reconocemos Su voz.

Nosotros tenemos ovejas aquí en Bellwether, y hemos aprendido gran cantidad de cosas observando a las ovejas. Ellas solamente siguen al hermano que les ha dado de comer y las ha criado desde que eran recién nacidas. No importa cuan buenos seamos con ellas, ninguna de ellas nos sigue a nosotros. Y si no podemos traer las ovejas al redil, tenemos que buscar a este hermano para que él lo haga. No nos escuchan a nosotros, no nos obedecen. Yo dije: “Señor, ya entiendo lo que Tú dices. Nos estás enseñando una vez más”. z “Mis ovejas me conocen” (Juan 10,14). ¡Dios es tan bueno, Dios es tan, tan bueno! Nosotros

debemos sentirnos cómodos en el silencio, y **“Fortalecidos en el Señor y en la fuerza de Su Poder”** (Efesios 6,10).

CAPITULO 7: LA ESPADA DEL ESPIRITU

“Tomen la espada del Espíritu, la Palabra de Dios”

(Efesios 6,17)

Hay mucho misterio en la espada del Espíritu, la cual es la palabra de Dios. Nunca agotaremos la profundidad de este misterio, siempre hay bastante que aprender. Cuando pensamos en la Palabra de Dios, estamos pensando primeramente en la Segunda Persona de la Trinidad, Jesús. “En el principio era la Palabra, y la Palabra estaba ante Dios, y la palabra era Dios. Ella estaba ante Dios en el principio” (Juan 1,1-2). Entonces, antes de que se transformara en Jesús, El era la Palabra de Dios. Cuando la Palabra se hizo carne y tomó forma humana, se convirtió en Jesús. Cuando meditaba sobre este punto, pensé mucho, pero nunca pude totalmente entenderlo, y todavía no lo entiendo, pero lo que oigo es que la Espada que el Espíritu usa es Jesús. El Espíritu Santo usa a Jesús como Su Arma. El es el Arma de todas las armas.

Necesitamos la fortaleza de Dios, necesitamos el poder del Espíritu, pero necesitamos la espada del Espíritu para entrar de hecho en el combate. Esta espada que el Espíritu Santo usa es Jesús, la Palabra de Dios. Con razón tenemos poder. El Espíritu Santo usa la Palabra de Dios, encarnada ahora en nosotros, para pelear la batalla. Con razón nos necesita y cuenta con nosotros. El busca usar al Jesús, que está en lo más hondo de nosotros, como esta espada. Si estamos en unión con Jesús, nos hemos convertido en la espada del Espíritu. Hay mucho que meditar aquí.

Hay muchas maneras de recibir la Palabra. Tenemos la Palabra como la palabra escrita en la Biblia, en

las Escrituras, pero no es una palabra viva a menos que el Espíritu Santo la cubra con Su sombra y le de poder. De otra forma, puedo leer la Biblia como cualquier otro libro pero no tendrá vida. Debe tomar raíz en mí y tomar carne de mi carne y hueso de mi hueso, para estar ungida y llena del poder del Espíritu Santo. Entonces tomará vida y será activa y esperamos sea eficaz.

Cuando comenzamos nuestra oración con la Sagrada Escritura, necesitamos pedirle siempre al Espíritu Santo que nos cubra. Le pedimos al Espíritu que venga sobre lo que El quiere que comprendamos, lo que quiere que conozcamos y lo que quiere que recibamos. Estamos creciendo y cambiando todo el tiempo, así que cada vez que meditamos la Palabra, aunque sea el mismo verso, va a ser diferente porque el Espíritu viene sobre ella. Vamos a recibir la verdad, cada vez, en un nivel distinto. Quizás haya distintas circunstancias en nuestra vida y esto sea exactamente lo que necesitamos oír en ese momento. Por medio de esta unción, por la luz que viene, sabremos lo que tenemos que hacer porque el Espíritu nos dirige y nos usa a través de esta Palabra Viva que está ungida para nosotros.

“Pues en ustedes permanece la unción que recibieron de Jesucristo, y no necesitan que nadie venga a enseñarles. El les ha dado la unción, y ella les enseña todo; ella es verdad y no mentira. Así, pues, quédense con lo que les ha enseñado. Y ahora, hijitos, permanezcan en El” (1 Juan 2,27-28). Esta es una cita con mucho alcance y yo los animo a meditarla muy en serio. Méditenla con Nuestra Señora y llévenla al corazón. Dios nos guía. Dios nos enseña por medio del contemplativo Juan. “Su unción...es verdad y no mentira” (1 Juan 2,27). Hoy en día es tan raro recibir una enseñanza o verdad, libre de cualquier clase de decepción. Por eso, esta relación íntima, nuestra unión con el Espíritu, la Palabra, la Palabra Viva, es tan importante.

Lo hermoso sobre la Santísima Trinidad es que cuando nos interesamos en una Persona de la Trinidad, esa

Persona nos enfoca y nos dirige a otra Persona. No sé si hayan tenido esta experiencia en su vida de oración. Tienen una relación con Jesús y El les enseña a ir al Padre. El nos enseñó a orar al Padre, no a El. Así lo hacemos y ¿qué pasa? Vamos al tope de la montaña, entramos en una unión con el Padre y ¿qué es lo que El dice en el Monte Tabor? “Este es mi Hijo, el Amado, escúchenlo” (Marcos 9,7). Ya que nos acercamos a una Persona de la Trinidad, esa Persona nos introduce a una nueva y más íntima relación con Otra Persona de la Trinidad. Son uno, Padre, Hijo y Espíritu Santo y están constantemente acercándonos a la unión con Ellos.

Por supuesto con esto asumimos que escuchamos y que sabemos lo que El nos dice. Pienso que el mayor problema, hoy en día en la Iglesia, para los Cristianos y la gente que está tratando de seguir al Señor, no es la desobediencia aunque aparente que hay mucha desobediencia. Pienso que el problema más grave es que la gente no escucha a Dios. No toman el tiempo para escuchar y no buscan el silencio, por eso no oyen al Señor. Las disciplinas requeridas para oír y esperar al Señor no han sido desarrolladas. Yo creo que la gran mayoría de los Cristianos, hoy en día, no tienen en absoluto, ni la menor idea de lo que Dios está diciendo, así es que honestamente puede ser que ellos no estén haciendo “Lo que El les diga” (Juan 2,5) porque no tienen ni idea de que El les está hablando. Esta es una de las grandes quejas del Señor en toda la Biblia, particularmente en el Antiguo Testamento, una y otra vez. “Ay, si mi pueblo me escuchara, si Israel siguiera mis caminos” (Sal 81,14).

Es como si Dios no pudiera captar nuestra atención y es obvio que es porque no es una prioridad para nosotros escucharlo. Los niños algunas veces tienen dificultades para escuchar y a nosotros también nos pasa eso. Hay muchas cosas que bloquean nuestra habilidad de escuchar y una vez más, el enemigo está muy activo en esta área,

porque tiene que ver mucho con la comunicación, particularmente comunicación que nos guía a la unión con la Trinidad. Esta clase de unión con la Palabra, con Jesús, nos cambiará. Esto se llama la **unión transformadora**. Aquí estamos hablando de un cambio que nos convierte en la Palabra. La unión transformadora permite que la Palabra sea tan completamente encarnada en nosotros que nos convertimos, por así decirlo, en extensiones de Su Palabra. Jesús puede vivir una vez más, pero esta vez dentro de nosotros. El hará esta transformación poco a poco, paso a paso, como un proceso de crecimiento que escoge hacer dentro de nosotros. Cuando somos bautizados estamos en la infancia espiritual, así que tenemos que contar con la etapa de los días de Nazaret. Tenemos que tener en cuenta el tiempo necesario para nuestro crecimiento espiritual.

Una vez que estaba orando en el claustro hice una afirmación, que después que la dije me hizo sentirme ridícula. El amor hace muchas cosas ridículas. Hacemos las cosas bajo el impulso del amor sin medir las cosas apropiadamente, y eso fue exactamente lo que yo hice. Después que la dije me di cuenta que era una cosa ridícula para decírsela a Dios. Le pregunté: “¿Hay algo que tenga yo que Tú necesitas?”. Yo tenía votos de cualquier tipo imaginable, viviendo en una pobreza total, tanto espiritual como física, y todavía pensaba que tenía algo que Dios necesitaba. Cuando miro hacia atrás, pienso que fue el Espíritu Santo quien puso esa frase en mi mente. Estaba sorprendida cuando desde el Tabernáculo Jesús dijo: “Sí”. Yo le pregunté: “¿De veras, y qué es?”. “Tu cuerpo”. Yo necesito tu cuerpo.”

Ahora bien, eso debería ser obvio para nosotros. Si El se va a encarnar otra vez, El nos necesita. Estoy comenzando a ver más y más, a medida que oramos, lo que Dios quiere que sepamos sobre la armadura. Quiere mostrarnos como ponérsela y como usarla. Es una necesidad que Dios tiene de valerse de Su Jesús totalmente

vivo ahora dentro de nosotros. El nos necesita para Su guerra. El nos necesita para Su confrontación. El nos necesita para Su Iglesia. El nos necesita para Su mayor honra y gloria. ¡Esto es asombroso!

Como convertida fui instruida con el Catecismo de Baltimore y no me acuerdo a que se refería, pero decía, “Dios nos creó de la nada”. Eso siempre me molestaba. Yo venía a la oración y traía mi actitud de “nada” conmigo. Un día el Señor me retó acerca de mi actitud. Yo le dije: “¿Pues, no me creaste Tú de la nada?”. El dijo: “No, tú fuiste creada del Amor”. Así es que El nos crea del Amor, en Su amor por las almas, por la humanidad, por la salvación y Su gran deseo de que todos estemos con El en la eternidad. El continúa trabajando a través de Su Amor, el amor de Su Espíritu, el amor de Su Hijo. Nosotros nunca, en esta vida, entenderemos totalmente este gran amor de la Trinidad por nosotros, solamente en la vida futura, pero ocasionalmente se nos da una visión momentánea de cómo Ellos actúan. Ellos trabajan en unidad. La Trinidad trabaja junta, tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu, un solo Dios. Ellos trabajan juntos.

Nosotros tenemos una gran devoción a la Trinidad. Hay tantas historias en la Biblia donde Dios me ha enseñado como El actúa en unión con Su hijo y con el Espíritu. “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” (Génesis 1,26). Recuerdo la primera vez que oraba sobre eso, yo pensé, “Nosotros. ¿No es eso interesante?”. Nosotros siempre pensamos en Dios como Yahvé. La gente del Antiguo Testamento no pensaba ni conocía a La Trinidad. Pero las Escrituras siempre dijeron “*hagamos*” y “*Nuestra imagen*”. Es bellísimo que nosotros estemos hechos a imagen y semejanza de la Trinidad. ¡Eso es grandioso! Así que eso me hizo pensar, “Entonces ¿cómo eres Tú? ¿Quién eres Tú? Si yo estoy hecha a tu imagen y semejanza, entonces de la única manera que voy a saber quién soy yo y a quién me parezco, es conociéndote

más a Ti, porque yo soy un reflejo tuyo.” Esto es un trampolín para más misterio, para otra caminata en otra área de Su amor.

Otro ejemplo donde la Trinidad actúa al unísono es en la Anunciación. Nuestra Señora tuvo una revelación de la Trinidad, y ella preguntó: “¿Cómo puede ser esto si yo no conozco varón alguno?” (Lucas 1,34). Gabriel respondió: “El Espíritu Santo descenderá sobre ti,” ésta es la Tercera Persona de la Trinidad que conocemos, “y el poder del Altísimo,” ese es Yahvé, Dios, la Primera Persona, el Altísimo, “te cubrirá con Su sombra; por esa causa el fruto santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1,35). La Santísima Trinidad ha sido revelada a María. Pensarán que cuánto recibió ella de todo esto. No lo hubiera podido saber sin esta revelación, sin esta luz. ¡Qué belleza!

Hay tantas maneras por las que podemos ver a la Santísima Trinidad actuando. Jesús mismo dijo: “Yo soy el Camino,” la Segunda Persona de la Trinidad allí mismo. “Yo soy la Verdad,” la Tercera Persona, el Espíritu; y “Yo soy la Vida,” el Padre (Juan 14,6). Como podemos ver una y otra vez en las enseñanzas de Jesús, El siempre actúa en armonía total con la Trinidad. Actúan como uno solo. Ellos son un solo Dios. Lo vemos también en el Calvario, la Trinidad está allí. En el pasaje de la mujer junto al pozo, la Trinidad está muy presente allí. “Si sólo reconocieras el don de Dios” (Juan 4,10). Jesús se refiere al Espíritu en las aguas que dan vida. “El Padre busca... aquellos que lo adoren en Espíritu y en verdad” (Juan 4,23-24). Es bello como las Escrituras toman vida y cuando esto pasa comienzan a alimentarnos. Comenzamos a recibir nutrición, nutrición espiritual, conocimiento y sabiduría, y nuestra relación con la Trinidad comienza a florecer.

Los dones del Espíritu Santo se activan a través de la Palabra, Jesús. Nos fortalecemos y comenzamos a crecer, y las Escrituras toman vida. Esto pasa mucho en el

silencio. El silencio es tan importante para desarrollar esta unión, y es muy difícil encontrarlo en nuestro mundo de hoy día, pero es en el silencio donde Dios puede hablar con nosotros. Cuando Dios va a actuar realmente con poder, con un gran don, con una gran revelación, actúa en una atmósfera de silencio. Por eso deben examinar sus días. ¿Cuánto tiempo de ese silencio han preparado ustedes para escuchar al Padre? ¿Dónde han encontrado un espacio? Es importante que procuremos esta atmósfera de silencio para que esa revelación y estos dones fluyan. Toda espiritualidad contemplativa es un obsequio, es un don de Dios de compartir Su mente, Su Corazón, Su Palabra, Su Vida con nosotros. Quiere darnos estos regalos íntimos que El hace, de una manera muy especial, en el silencio. No es que El no pueda hacerlo en otro momento porque sí lo hace, pero la revelación especial puede ocurrir en el silencio. Por ejemplo, la Anunciación. ¿Ha sucedido alguna vez algo más grande que esto? Miren lo que le sucedió a esta mujer llena de gracia. En el silencio de su corazón unido al Padre, María pudo recibir el gran misterio y gran revelación. Miren lo que sucedió en la Resurrección, ¿Quién estaba allí? Otra gran revelación. Miren también a Belén, a María y a José. No sabemos si alguien más estaba allí en el momento del nacimiento, aparentemente no. Los Pastores aparecieron un poquito más tarde.

Hay muchos pasajes bíblicos que nos animan a entrar en el silencio. “¡Reine el silencio delante del Señor Yahvé, pues se acerca Su día!” (Sofonías 1,7). Necesitamos entrar en este profundo silencio, porque Dios está listo para actuar de una manera soberana. Juan, el contemplativo, nos habla de esta actuación soberana de Dios en el momento en que los sellos están en el proceso de ser abiertos. “Cuando el Cordero abrió el séptimo sello, se produjo en el Cielo un silencio como de media hora” (Apocalipsis 8,1). Este va a ser probablemente la actuación

más grande de Dios que jamás hayamos visto y va a venir muy pronto. Cuando hay un silencio en el cielo, los coros de los angeles en el cielo están en silencio, y todos los que están rezando están en silencio. Este es un gran misterio, así que nos urge ir al silencio y recibir la revelación que el Señor desea compartir con nosotros. Dios ama el silencio.

“Paren y reconozcan que Yo soy Dios” (Salmo 46,11). Otra vez esta palabra **reconozcan**, “Reconozcan que Yo soy Dios”. En esta clase de soledad y silencio es en la que tenemos la experiencia de Dios. Nuestro Dios desea tanto hablarnos y que lo conozcamos. “La conquistaré” (*La*, se refiere a la Iglesia). “La conquistaré y la llevaré al desierto y allí le hablaré a su corazón” (Oseas 2,16). También podemos ver el deseo del corazón de Dios de que lo conozcamos (Apocalipsis 12). Vemos la referencia a la Mujer, que es Nuestra Señora, pero la Mujer es también el prototipo de la Iglesia. Dios desea darle, de nuevo, a Su Iglesia el obsequio de la espiritualidad contemplativa. La espiritualidad contemplativa ha estado siempre en la Iglesia, pero ahora va a venir de una manera más plena porque la Iglesia está siendo llamada a venir al desierto, a entrar en el silencio, a este nuevo nivel de oración. Estamos siendo llamados al silencio para oír a Dios, para conocerlo y para tener una experiencia de El. Dios está tratando de prepararnos a nosotros, Su Iglesia. La Iglesia siempre ha sido preparada en el desierto, la Iglesia ha sido siempre renovada con la espiritualidad del desierto. No hay nada que temer con estas experiencias del desierto, porque van a traer fuerza y vitalidad a la Iglesia, a través de su unión con la Trinidad. Esto es lo que Dios está tratando de hacer en este momento.

Jesús desea que Su Iglesia oiga Sus palabras. Quiere que Su Iglesia vuelva a ser una vez más la Iglesia profética, la Iglesia que enseña Su Palabra, que habla Su Palabra, que vive Su Palabra y da testimonio de Su Palabra. En Ezequiel 37,4 leemos, “Entonces El me dijo: “Profetiza

sobre estos huesos, les dirás: ¡Huesos secos, escuchen la palabra de Yahvé!”. Juan, el contemplativo, dijo: “Lo que hemos visto y oído se lo anunciamos también a ustedes” (1 Juan 1,3). Este es un testimonio directo, no una historia que había oído o leído. La gente puede reconocer cuando uno conoce al Señor. Pueden sentir el fuego del amor muy dentro de nosotros. Emana y ellos reciben. ¿Han conocido a alguien, alguna vez, que los ha impresionado mucho, y entonces como la mujer en el pozo, corren a decírselo a todo el mundo? Ellos saben porqué estás entusiasmado, que has tenido una experiencia personal, y este entusiasmo se contagia también a los demás.

Cuando estuve en Medjugorje, en los comienzos, allá en los primeros días, nadie había ni siquiera oído hablar del Padre Jozo. El tenía una pequeña capilla a unas cuantas millas de distancia en la que él enseñaba y yo fui allá con otro grupo de peregrinos. Entramos y el Padre Jozo estaba enseñando en alemán a la Iglesia alemana que estaba allí. Yo no entendí ni una palabra de lo que dijo, pero pensé, “¡Oh Dios mío! Yo he visto al Señor”. Y, ¿qué hice? Corrí de vuelta a Medjugorje y le dije a todo el grupo: “Tienen que ir a este pueblito a ver y a escuchar a este sacerdote.” “¿Bueno, y qué fue lo que dijo?” “No sé, pero sé que es el Señor.” El dio un testimonio, ¿verdad? Eso es lo que Dios quiere que hagamos hoy en día.

El quiere que tengamos una experiencia de El, que lo conozcamos y sepamos cómo es El. El quiere que tengamos una experiencia de El para que podamos entender lo que El dice. Después que lo conozcamos vamos a comunicárselo a otros. Cuando encontramos algo bello y especial, queremos compartirlo y decírselo a todo el mundo. Se lo diremos a todo el mundo y la evangelización será muy fácil. Hoy en día, la evangelización se dificulta particularmente para los Católicos, quizás porque no tenemos la Buena Nueva para compartirla. Hay dos cosas de la “Buena Nueva” que van mucho más allá de la Biblia.

Primero que todo, “Nueva”. ¿Es nueva? ¿Están ocurriendo cosas nuevas en nuestra oración? ¿O todavía estamos viviendo la experiencia de cuando éramos niños o la del año pasado? ¿Es esto nuevo? ¿Compran ustedes el miércoles el periódico del domingo? Ya están pasadas, ya no son noticias nuevas. Jesús dijo: “Nada es bueno, solamente Dios” (Lucas 18,19). Así es que estamos hablando de algo que viene de Dios, que es nuevo, y por eso, estamos muy entusiasmados.

En nuestra oración deberíamos estar recibiendo esta “buena nueva”. Algunas personas la llaman “ramah”. Es una palabra, un concepto, es una verdad que puedo aprender cada día, de la que puedo depender durante todo el día. No es algo que entendamos totalmente, ni que la podamos compartir en ese momento. Algunas veces compartimos el fruto de la oración antes de que estemos listos, antes de haber recibido toda la buena nueva de Dios, toda la madurez y toda la enseñanza. Si la compartimos antes de tiempo, podemos perderla. No la dejamos madurar. Hay que tener cuidado cuando compartimos y cuando no compartimos. Dejemos que el fruto de nuestra oración crezca, hasta que podamos comenzar a entenderlo. Esperen hasta que esté tan firmemente arraigado dentro de ustedes que lo puedan saborear. “Gusten y vean cuán bueno es el Señor” (Salmo 34,9). Esta “ramah” puede ser algo que leímos en las Escrituras o puede ser algo que oímos en la Misa y no tenemos el tiempo para meditar en esta palabra, o también puede ser algo que dijo el sacerdote en su homilía en ese momento. Tengan una libretita que puedan llevar en el bolsillo para que escriban la palabra que motivó ese avivamiento en su espíritu, algo que oyeron, para poder meditarla más tarde. Debemos volvernos muy sensibles a estos movimientos del Espíritu en nuestros corazones. Más tarde cuando tengan tiempo en su rato de oración, léanla una vez más, llévensela al Señor y pregúntenle, “Creo que vi tu sombra en esta palabra en

particular hoy. ¿Es verdad? ¿Qué es lo que quieres que yo conozca o aprenda de esta palabra?”

Aquí en Bellwether, nosotros compartimos reflexiones todos los días. Es fascinante, porque cuando uno oye la Palabra, sucede algo que no sucede cuando uno la lee. Inclusive en oración privada, siéntanse libres si se puede, de leer en voz alta, para oírse a sí mismos. Cuando nos preparamos para celebrar la Misa, la mayoría de nosotros aquí ya hemos estado en oración frente al Señor en silencio y en soledad. Todos hemos leído las lecturas del día y quizás hayamos tenido una bella meditación sobre ellas, pero cuando la palabra es leída durante la Misa, todos oyen algo diferente que no oyeron durante sus meditaciones en la mañana. Lo oímos en ese momento. No siempre reconocemos la enseñanza completa, pero sabemos que nos da vida. Eso es lo que quiero decir cuando digo que algo está “ungido”. Es que la sombra del Espíritu está sobre esto, y El es, recuerden, como decimos en el Credo todos los domingos, “El Señor y el dador de vida”. Dejemos que dé Vida a Su Palabra, porque necesitamos ser nutridos, necesitamos ser alimentados con el Cuerpo y la Sangre de Jesús. Necesitamos nutrinos con Su Palabra.

Una vez, estando aún en el claustro, cuando rezaba sola en la capilla, el Señor me dijo: “Mira a las hermanas entrar, míralas solamente”. Mientras entraban para la próxima sesión de oración, yo las miraba entrar y hacer la genuflexión y después de un rato le pregunté: “¿Qué es lo que debía de haber visto?”. El me dijo: “¿Notaste quienes sabían que yo estaba aquí y quienes no?”. Uno puede darse cuenta aún por la manera cómo una persona hace la genuflexión. El Señor me enseñó que aunque El esté en el Tabernáculo, verdaderamente presente, no está presente para todas las personas que entran a la Iglesia. Es nuestra conciencia de Su Presencia que lo trae a nosotros. Por lo tanto, asistir a Misa y hacer ciertos rituales sin reconocer Su Presencia, no nos va a ayudar a crecer en la fe y esto

puede ser peligroso. Jesús está realmente presente en el Cuerpo y en la Sangre, y está mucho más y más presente si tenemos conciencia de Su Presencia dentro de nosotros.

Por ejemplo, si pensamos en alguien amado que está en otro sitio, con sólo el pensamiento podemos traerlo junto a nosotros porque lo llevamos en nuestro corazón, lo llevamos en lo profundo de nuestra mente, lo llevamos en nuestra vida. En cambio ¿te has sentado en el mismo cuarto con alguien, pero no estás presente para esa persona porque tú estás, mentalmente, en otro sitio, o esa persona no está presente para ti porque está, mentalmente, en otro sitio? La mente y la disciplina de la mente tienen mucho que ver con la oración y con la presencia del Señor. Hay disciplinas en la oración. Hay algo que tenemos que aprender, que la oración es un arte. Dios tiene que enseñarnos y siempre lo hace con gran amor.

Cuando entré al claustro, no nos enseñaron ninguno de los métodos de oración. Nunca nos enseñaron las maneras cómo oraban los santos. Cada cual tenía su propia devoción por los santos. Yo tenía una gran devoción a Santa Teresa de Avila y a San Juan de la Cruz y a todas sus enseñanzas. De lo único que hablaban era de Jesús y comencé a ver que la dinámica del entrenamiento del noviciado era, que a medida que uno ama más y más a Jesús, se hace más fácil orar porque uno desea estar con El. Uno desea estar en comunicación, sea como sea, con la persona amada. Nunca queremos estar separados. Es muy simple, pero si encontramos que este deseo de estar en constante relación con Jesús no se desarrolla, simplemente tenemos que pedir ese deseo. Si deseamos esta unión, ocurrirá. Si comenzamos a sentir hambre y sed, ocurrirá. Buscaremos qué comer y qué beber. Pero si estamos muy llenos de nosotros mismos y muy ricos con nuestros propios talentos, en nuestro estilo de vida cualquiera que sea, entonces no tendremos necesidad.

Por eso es que los pequeños, los pobres y los que están vacíos son tan importantes para Dios. Lo necesitamos y lo sabemos. El viene entonces a satisfacer nuestra necesidad y eso es lo que más le gusta hacer. Yo le dije a El una vez: “Estoy empezando a darme cuenta que Tú deliberadamente nos haces débiles, limitados e imperfectos”. Le repetí toda una letanía de todas mis debilidades y le dije: “Tú podrías haberme dado el remedio para todas esas cosas pero Tú no quieres quedarte al margen de lo que hago, pienso o digo”. Y es como si El hubiera respondido: “Es verdad, finalmente has comprendido. Tú no puedes hacer nada sin Mí.”

Así que, dejemos que la Palabra, Jesús, se encarne dentro de nosotros y crezca. No callen al Espíritu, no callen la Biblia. Déjenlos que les hablen. Dejen que Jesús se comunique, una vez más, con Su Padre por medio de ustedes. A El le gusta hacer eso. El compartirá con nosotros lo que El está comunicando. Dejen que Jesús continúe sometiéndose al Espíritu, ser llevado por el Espíritu, porque El desea vivir Su vida, otra vez, en cada uno de nosotros y ciertamente no hay suficiente espacio en nuestros pequeños templos para dos. Una vez El me dijo: “Uno de nosotros tiene que irse”. Y El dijo: “¡Adivina quién va a ser!” Así que dejémosle vivir dentro de nosotros. Encontrarán amor, alegría, paz y felicidad. Se encontrarán ustedes mismos, su verdadero yo, porque encontrarán a Dios.

Es muy importante mantener un diario. A mí, por naturaleza, no me gusta mantener un diario. Yo soy del tipo de persona que le encanta soñar. Yo soy una soñadora, es decir, que debo disciplinarme para escribir, especialmente escribir las cosas dichas en lo profundo del corazón. He visto que cuando no lo hago pago un precio muy alto. No podemos recordar día tras día las pequeñas manifestaciones del amor de Dios. Durante los días del desierto cuando no podemos encontrar el oasis, Satanás

puede entrar en esos momentos vacíos y nuestras vidas mentales pueden desintegrarse. “Dios nunca me habla. El Nunca responde a mis oraciones. Nunca me enseña nada.” Podemos olvidar tan fácilmente. Y esto no es porque somos personas olvidadizas, porque tenemos la tendencia de nunca olvidar las heridas, las cosas negativas, lo que la gente nos ha hecho. Pero fácilmente olvidamos lo que Dios hace por nosotros un día tras otro, y otro. Por eso es bueno escribir algunas notas a las que podamos recurrir y revisar en esos días de aridez. “Oh, sí, se me olvidó que El me mostró eso el Miércoles pasado. Oh, Señor, gracias. Yo te pedí una cosa y Tú lo hiciste”

Eso es lo que llamamos una Oración de Recolección. Nosotros re-colectamos las cosas maravillosas que El nos ha dado. Y esto nos lleva a través de muchas cosas durante el día, especialmente en tiempos áridos. Así no nos sentimos desanimados, no nos sentimos abandonados y Satanás no se puede meter. Escribir este diario es muy importante y hay muchas maneras de hacerlo. Esta es solamente una manera de mantener un diario. Es como una carta de amor, y esto no les debe sorprender. Por lo regular escribimos una nota al Señor sobre cualquier cosa, las Escrituras, cualquier cosa que nos parezca importante, usualmente de algo que todavía no hemos comprendido o de algo que deseamos conocer. Puede ser algo que no tiene que ver con las Escrituras como, “¿Señor qué es lo que piensas en este momento? ¿Qué haces? ¿Vives Tú en mí? ¿Qué haces todo el día?” ¿Has pensado alguna vez sobre esto? El tiene cosas bellísimas que puede decir sobre esas cosas, pero dejen que El responda usando lo que ustedes escriben. Cualquier cosa que escriban: “Querido Jesús,” “Querido Padre” o “Querido Espíritu Santo”, dejen que el Señor responda. La primera frase probablemente sea de ustedes, como cuando dicen: “Mi muy querido amigo,” pero en la segunda frase comenzarán a sentirse inspirados. Suelten el timón y suavemente

déjense llevar por la inspiración. Verán que brota ante ustedes un mundo de bondad. La sabiduría, en su interior, tomará el timón y comenzarán a aprender y a descubrir muchas cosas.

Sabemos que las Escrituras nos dicen que estamos hechos a la imagen y semejanza de Dios (Génesis 1,27), pero realmente no tenemos conocimiento completo de Dios, de quién sea, ni cómo sea. Ni siempre sabemos quienes somos ni cómo somos, pero necesitamos saberlo. Nuestra identidad es extremadamente importante. Si no sabemos esto, Satanás causará un caos dentro de nosotros, y las mentiras sobre lo que somos nosotros van a venir. Nuestra identidad debe de estar firmemente arraigada en la Santísima Trinidad. Una de las maneras de conseguir esto es preguntando a Jesús lo que El le preguntó a Pedro y a Sus apóstoles: “¿Quién dicen que soy Yo?” (Mateo 16,15; Marcos 8,29; Lucas 9,20). Cada uno de los apóstoles tuvo una respuesta diferente, pero fue Pedro quien dijo lo correcto y fue solamente Pedro porque él tuvo la revelación de Dios Padre. El le dijo: “Tú eres El Mesías, el Hijo del Dios Vivo” (Mateo 16,16). Jesús le replicó: "Esto no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos" (Mateo 16,17).

A esto me refiero. La carne y la sangre nos han dicho muchas veces quiénes somos y muchas veces han estado equivocadas. A los padres se les oye decir: “Eres un estúpido, no sabes nada. ¿Por qué no maduras?”. Algunos tenemos muchas de esas ideas programadas en nosotros y han perjudicado nuestra identidad. Los maestros, tal vez, pueden haber dañado nuestra identidad en la escuela. Muchas esposas buscan su identidad en sus esposos, pero esa no es la imagen a la que fuimos hechos. Ni siquiera somos hechos a la imagen de nuestros padres. Hemos sido hechos a la imagen y semejanza de Dios (Génesis 1,27). Por eso tenemos que ir a Dios y preguntarle: “¿Quién dices Tú que soy yo? Yo sé lo que mi papá me dijo, lo que mi

mamá me dijo, lo que mis amigos me dijeron, pero Padre ¿quién dices Tú que soy yo?”. Podemos tener muchas identidades al mismo tiempo, ¿verdad?, y estar en una casa dividida, pero somos una casa de Dios. “Una casa dividida contra sí misma se caerá” (Lucas 11,17). Los guerreros de oración deben saber quienes son ellos ante los ojos de Dios. Así que comiencen a hacer estas preguntas durante el período de oración. Comiencen por la Persona de la Trinidad con la que se sientan más cómodos. Si se sienten más cómodo con Jesús, pregúntenle a El: “Jesús, dime ¿quién soy yo?”. Esto es muy importante saberlo, porque nuestra relación está en nuestra identidad. La identidad de María con el Padre le dio un papel diferente. En su relación con el Padre ella es hija. En su relación con Jesús ella es madre. En la relación con el Espíritu, ella es esposa.

En una familia, la madre tiene una relación diferente con los niños de la que tiene con el esposo. La respuesta que den los niños será distinta de la que el esposo dé a la misma pregunta. Por lo tanto, cuando el Padre responda a tu pregunta, te va a dejar saber quién eres en relación con El. Jesús te dirá tu verdadera identidad en la relación con El y el Espíritu Santo te dirá quién verdaderamente eres en relación con El. Entonces van a tener un concepto adecuado de quién verdaderamente son: hechos a la imagen y semejanza de Dios. Una vez que crean y sepan que verdaderamente están hechos a la imagen y semejanza de Dios, nada podrá contradecir eso. Satanás nunca logrará vencerlos. ¡Ustedes tendrán el conocimiento de quienes verdaderamente son y esta es un arma muy poderosa!

“Tomen...la espada del Espíritu, la Palabra de Dios” (Efesios 6,17). El se encarna en cada uno de nosotros al grado que le permitimos que nos cambie en Su imagen y semejanza. Que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo encuentren una morada en lo más íntimo de ustedes.

CAPITULO 8: OREN EN EL ESPIRITU

“Vivan orando y suplicando. Oren en todo tiempo según les inspire el Espíritu. Velen en común y perseveren en sus oraciones sin desanimarse nunca, intercediendo en favor de todos los hermanos”

(Efesios 6,18)

Estamos en búsqueda del corazón, la mente y la sabiduría de Dios. Esto será nuestra protección. Siguiendo más adelante con el examen de nuestra armadura y de nuestras armas, Pablo, en Efesios 6,18 continúa enseñándonos: “Oren en todo tiempo según les inspire el Espíritu”. El nos anima a orar constantemente, en realidad: “Oren sin cesar” (1 Tesalonicenses 5,17). Yo antes me preguntaba, “¿cómo puede ser eso?”. Tenemos que dormir. Hay otras cosas que hacer. Pero a medida que nos unimos más y más con la Palabra, quien es el Intercesor, quien es El que Ora, el Guerrero de Oración, vemos que El se encarga. El es quién reza sin cesar. El es el que ora continuamente. Ora mientras nosotros estamos durmiendo porque nuestro corazón está siempre despierto y ¡Dios vive dentro de nuestro corazón! Eso es maravilloso. Sí, se puede hacer. La oración, por supuesto, es el estilo de vida de María y a nosotros se nos llama a tener el mismo estilo de vida. Tenemos que permitirle al Señor que domine completamente nuestras vidas y que rece sin cesar dentro de nosotros.

Esta parte de la armadura se concentra en la oración y en orar en el Espíritu: dentro del Espíritu Santo, con el Espíritu Santo y guiados por el Espíritu Santo. Hemos encontrado que la manera para usar eficazmente la espada, La Palabra de Dios, es permitiendo que El Espíritu nos guíe. Jesús, La Palabra de Dios, es la espada del Espíritu. La manera de usar la espada es por medio de la oración.

¿Por qué? Porque Pablo nos dice que ahora Jesús ha obtenido un mayor y más excelente ministerio, que es la intercesión. ¿No es eso interesante? De todas las cosas que Jesús hizo, Pablo dice que El ahora ha obtenido un mayor y más excelente ministerio que es el de la intercesión (Hebreos 8,6). Este ministerio de intercesión se lleva a cabo a la mano derecha del Padre quien está en Su Trono en el cielo.

En Apocalipsis 12, regresando a la escena de la mujer y del dragón, leemos en el verso 5, que en cuanto ella dio a luz a su Hijo, El fue llevado a Dios y a Su Trono. Jesús está en Su trono de una manera muy especial: El es Rey, El es Rey de Reyes y Señor de Señores. El es el Cordero resucitado y está con poder. Ahora, Jesús, a la mano derecha del Padre está en este grandioso y poderoso ministerio de oración intercesora. El hace posible este ministerio una vez más, habitando una vez más en seres humanos, en carne y sangre como nosotros. Así pues, Jesús en esa encarnación espiritual puede interceder una vez más para nosotros, con nosotros y en nosotros para la mayor gloria y honor del Padre. Es el ciclo precioso del amor de Dios. Dios pudo haber hecho esto de una manera diferente. El pudo haber intervenido directamente, cuando fuera necesario. Sin embargo, en Su gran amor por nosotros, decidió permitirnos ser parte de Su trabajo. Jesús es el intercesor, y Dios no actúa sin la intercesión. ¿Se han preguntado alguna vez cuánto más se podría hacer en el mundo de hoy, si hubiera más intercesores que siguieran a Jesús para que El continuara Su poderoso ministerio en ellos y por ellos?

Jesús nos ha dicho una y otra vez que tenemos que *pedir*. El recalcó tanto la necesidad de pedir, sabiendo que El quería que este ministerio continuara en nosotros. El dijo: “Todo lo que pidan en mi Nombre lo haré” (Juan 14,13). Eso es muy generoso y arriesgado; pidan cualquier cosa y Yo lo haré. Pidán cualquier cosa en Mi nombre.

Cuando hablamos de pedir en el nombre de Jesús, no hablamos de sacar un nombre al azar y decir, “en el nombre de...”. El poder no está allí. El poder viene cuando Jesús está en unión con nosotros y nosotros estamos en unión con Jesús. Es la persona la que tiene el nombre, en este caso Jesús, el que tiene el poder. Cuando una mujer se casa, es por el matrimonio, es por esa unión, que ella toma el nombre de su esposo y tiene derechos a todo lo que él tiene, ¡inclusive su chequera! Por eso es que estamos interesados en el Señor, ¡la chequera porque así podemos comprar almas para Jesús. Jesús continúa, ahora, Su gran ministerio redentivo en nosotros. Pablo habla sobre estas gracias que Jesús ha ganado ya para nosotros. El dice que estas gracias son distribuidas por medio de personas como nosotros. Estas gracias necesitan ser distribuidas. Eso es lo que los intercesores hacen. Ellos permiten que las gracias de la Redención sean distribuidas por medio de ellos, canalizadas a través de ellos. El amor de Jesús puede ser fuerte en nuestro vacío, por nuestro constante “Sí, Señor”. Esto edifica a la Iglesia, y ahora vemos las gracias derramándose en la renovación de la Iglesia, todo para mayor honra y gloria de Dios.

Nos damos cuenta que tenemos que ir viendo las cosas de una forma distinta, más bien desde el punto de vista de Dios. En Colosenses 3, 1 hay un versículo muy bello para los intercesores. Pablo dice: “Si han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios”. Nosotros sabemos lo que El está haciendo a la derecha de Dios—El está intercediendo por medio de nosotros. Pablo continúa animándonos en esta jornada. “Preocúpense por las cosas de arriba no por las cosas de la tierra. Pues han muerto, y su vida está ahora escondida con Cristo en Dios” (Col 3,3). Nuestra vida está desapareciendo lentamente, mientras cambiamos nuestras preferencias por las de Jesús. Estamos lentamente cambiando para llegar a quedar más y más ocultos en

Cristo. Esperamos que ya *hayamos* muerto, pero si todavía no le hemos dado al Señor el dominio absoluto de nuestras vidas, esperamos que nos estemos acercando a eso. Tenemos que permitir esta muerte a nosotros mismos y a nuestras preferencias para que pueda haber una muerte mística y una resurrección mística en cada uno de nosotros, para que Jesús pueda estar una vez más **aquí**. Esta puede ser una experiencia muy dolorosa, pero tenemos que tener esta unión y queremos saber más y más sobre el poder de la Resurrección. Queremos convertirnos mucho más en Jesús, para que cuando estemos orando, el Padre oiga a Su Hijo orando. Esta es nuestra herencia, este es nuestro llamado, este es nuestro ministerio, para que podamos entrar en este misterio y tener acceso al trono con Jesús, en Jesús y por Jesús y entonces podemos pedirle al Padre. Aquí es donde la intercesión recibe su poder.

En Isaías 52,2 el gran profeta dice: “¡Sacude el polvo! ¡Levántate, Jerusalén, tú que estabas cautiva, asciende al trono”. Sacude el polvo. Cualquier cosa que sea impura, cualquier atadura a la tierra, ¡sacúdanlo y asciendan! Deja que tu espíritu avance y se convierta en la visión, en los planes y pensamientos de Dios. Permita que tu espíritu avance para servir a la Iglesia. La mejor cosa que los intercesores pueden hacer es mantenerse muy verticales, tanto como sea posible. Necesitamos una relación íntima con el Padre. La eficacia de nuestras oraciones depende de esta relación, por eso recalco esta relación. Es absolutamente la clave esencial. No hay poder fuera del poder de Dios. El es nuestra fuente, El es nuestro proveedor, El es nuestra fuerza.

En el libro de Ester, particularmente en el capítulo 6, vemos que ella es reina por su relación con el rey. En esta relación ella tiene una posición que le da acceso al rey. Ella puede pedir y tener resultados como consecuencia de esta relación. Por esta relación, su intercesión pudo salvar a toda su nación. ¿No sería maravilloso si nuestra relación

con el Rey y con María, La Reina del Cielo, pudiera ser tan eficaz para nuestra nación como la Reina Ester lo fue para la suya? ¡Los Estados Unidos necesitan nuestra ayuda! ¡El mundo necesita nuestra ayuda!

Yo le pregunté al Señor una vez: “¿Vas a permitir que los Estados Unidos se hunda?”. Y El dijo: “No, pero la pondré de rodillas porque la amo”. ¡O sea, que El nos va a dar una tunda, pero nos ama! Ama a los Estados Unidos. El está buscando intercesores que amen a esta nación y a su gente y les está pidiendo que intercedan. Necesita intercesores para que le pidan que perdone a nuestra nación y a nuestra gente. El quiere dar estas gracias que tan desesperadamente se necesitan hoy para liberar a los Estados Unidos, pero está esperando que se lo pidamos. El está esperando, El quiere trabajar por medio de nosotros para liberar a los Estados Unidos del cautiverio. Esta esclavitud de hoy es peor que la del tiempo de Abraham Lincoln. El quiere librar a Los Estados Unidos del pecado que la ha capturado y que la mantiene hoy en tan terrible cautiverio.

Aprendamos, pues, de Esther. Ella abrió todas las puertas y superó todos los obstáculos del camino hasta que se encontró cara a cara con el rey. Debido a Jesús y a nuestra unión con Jesús, nosotros podemos también pasar por los distintos niveles y hablar con el Padre. Podemos superar todos esos obstáculos e ir directamente al trono para pedirle al Padre, "Padre líbranos". Tenemos acceso solamente por nuestra relación. ¿No es eso bello?

En este ministerio de intercesión vemos a la Palabra de Dios, la espada del Espíritu, tomar residencia dentro de nosotros. Esto es lo que El hace mejor. A medida que hacemos nuestras peticiones, Jesús mismo le pide al Padre por medio de nosotros. No es tanto que nosotros vayamos al Padre, sino más bien es el hecho de que Jesús ore. Así pues, si permitimos que Jesús se apodere más y más de lo nuestro, cuando vamos ante al Padre, llevamos allí a Jesús.

El necesita que nuestra boca, nuestros labios, nuestro corazón, nuestro sí, nuestra voluntad, esté allí presente. Dios nunca invadirá nuestra libertad, por eso necesita que nosotros pidamos. Necesita nuestros cuerpos, necesita que actuemos.

Una vez yo meditaba sobre la entrada de Jesús a Jerusalén sobre el burrito blanco. El enfoque estaba sobre el burrito y toda la oración descansaba sobre aquel burrito, que era muy sensitivo al comando de Jesús. Dios estaba enseñándome que El quiere que nosotros seamos como esa pequeña bestia de carga, para que ahora lo llevemos a El a la ciudad. Quiere que lo carguemos ahora, aún a la cruz. Quiere continuar Su redención por medio de nosotros. Las almas que son puras, las almas que son obedientes, las almas que puedan llevarlo a donde El quiera ir, esas pueden continuar Su misión. Una vez que lo llevemos dentro de nosotros, Su misión puede continuar, la de dar mayor honra y gloria a Su Padre.

Aprendemos mucho del Señor que vive en nosotros y en nuestra oración. También aprendemos de las enseñanzas de la Iglesia y de los escritos de los santos. También podemos aprender mucha estrategia de la Biblia. Aprendemos la estrategia de Dios y la de Satanás. En la lucha espiritual, la estrategia cambia constantemente. Dios no deja que nos quedemos en un patrón conocido. Solo porque Dios nos concede lo que pedimos cuando oramos de una manera, no quiere decir que podemos contar con esa misma manera todo el tiempo. No hay fórmulas establecidas.

Por ejemplo, Josué cruzó el Jordán para conquistar la Tierra Prometida. Tomó ciudad tras ciudad, pueblo tras pueblo. El recibía nuevas instrucciones del Señor sobre qué hacer en cada situación, algo diferente para cada ciudad. Jericó es probablemente la ciudad con la que estén más familiarizados. El Señor le dio a Josué instrucciones muy específicas de cómo tomar a Jericó. Ellos tenían que

marchar alrededor de Jericó siete veces y tocar sus trompetas. Fue muy fácil y verdaderamente divertido. ¡La lucha espiritual también tiene sus momentos de diversión, de alegría! Así pues, ellos marcharon alrededor de Jericó siete veces tocando las trompetas, y mientras celebraban, ¡las paredes se vinieron abajo!

Acostumbrábamos oír mucho sobre las marchas de Jericó, que nuestros amigos Protestantes hacían, pero el Señor nunca nos dijo que hiciéramos algo semejante y por eso nunca las hicimos. Pero el año pasado durante la reunión semanal de oración del grupo central, le preguntamos al Señor si quería enseñarnos algo en particular, y un día lo hizo. El dijo que quería que hiciéramos algunas marchas de Jericó. Inmediatamente pensamos, “O sí, vamos a orar por ésta y aquella iglesia” y nos pusimos a pensar sobre la manera cómo íbamos a hacerlas y a donde íbamos a ir. ¡Uno nunca aprende totalmente! ¡Dios siempre nos está enseñando! “No, ustedes van a ir donde **Yo** quiero que vayan.” El nos dio los nombres de siete iglesias aquí en Omaha. ¡Nosotros pensábamos rodear toda la ciudad! Algunas de las parroquias por las que El quería que oráramos, jamás se nos hubieran venido a la mente, pero El quería solamente siete, las demás debíamos dejarlas. El especificó estas siete iglesias, estas siete parroquias. Así fue que alquilamos un enorme autobús de la Greyhound, porque yendo toda nuestra comunidad seglar con nosotros llenaríamos el autobús. No sé que pensaría el conductor, a pesar de que tratamos de darle alguna explicación, ¡pero!! De todas maneras, avanzamos tocando las guitarras, cantando canciones y repitiendo alabanzas. Cuando nos acercábamos a nuestro destino, llegó la palabra de conocimiento — el Señor nos estaba dando instrucciones muy específicas de cómo orar. Estos autobuses son tan enormes que tienen que dar una gran vuelta al rededor porque no pueden entrar en las calles estrechas. Así fue

que mientras rezábamos, le dimos la vuelta a toda la parroquia y, además, a un gran número de otras cosas también! Dimos vueltas y vueltas, siete veces, como el Señor nos instruyó. Teníamos trompetillas de Año Nuevo, tamborines y tambores. En la séptima vuelta, ¡dimos el grito de fiesta! ¡¡Se podía oír por toda la ciudad!! ¡Fue maravilloso! Nadie sabía por qué estábamos haciendo eso. La verdad es que esta es la primera vez que lo menciono públicamente, y fue fantástico. Algunos de los frutos los vimos entonces y también nosotros los experimentamos. Cada una de las parroquias a donde el Señor nos envió era diferente. En cada una de las parroquias, había problemas diferentes, situaciones diferentes y por lo tanto, diferentes maneras de orar. El Señor especificaba exactamente cómo quería que oráramos por cada parroquia. Fue verdaderamente maravilloso. Cada semana íbamos a una parroquia distinta, así que nos tomó siete semanas para terminar.

Esta marcha de Jericó fue una manera, una estrategia para derrumbar las plazas fuertes de Satanás, y esto está en la Biblia (Josué 6). Hay muchas otras estrategias en la Biblia de cómo Dios reclama Su propio territorio. Por ejemplo, una de las bellas maneras como el Señor nos enseña es indicándonos la estrategia del enemigo. Los equipos deportivos siempre estudian la estrategia de los otros equipos porque quieren ganar el juego. Nosotros también debemos conocer la estrategia del enemigo. No queremos que nos agarre desprevenidos. Si bien, no queremos poner nuestra atención en él, siempre es bueno saber como trabaja. Por eso dedicamos tiempo para aprender las estrategias de Satanás y sus armas. En el libro de Judit, vemos que ella es una guerrera de oración impresionante.

Hay intercesores y también hay intercesores-guerreros de oración. Judit es una gran guerrera de oración. En el libro de Judit, capítulo 7,9-14, vemos cómo hasta ese

momento, el enemigo fácilmente tomaba los pueblos uno tras otro, y triunfaba. De repente, llegamos al lugar donde están los israelitas y una palabra vino a Holofernes: “Señor, Señor, escucha lo que vamos a decir, que no tiene que haber ni un solo herido en tu ejército. Este pueblo de los hijos de Israel confía más en las alturas de las montañas que habitan, que en sus espadas. No es tan fácil llegar a la cima de la montaña”. Se están refiriendo a los Cristianos que están orando, las águilas, los contemplativos. “Por eso, Señor, si quieres salvar la vida de tus hombres no pelees contra ellos. Quédate en tu campamento y conserva a tu ejército.” Aquí está la estrategia: van a derrotar de una manera diferente a los israelitas que viven en las cumbres de las montañas. “Que tus siervos se apoderen de las fuentes que brotan de la falda de la montaña, porque de ella se abastecen todos los habitantes de Betulia. La sed los destruirá, sus mujeres y sus niños desfallecerán de hambre y tendrán que entregarte la ciudad.”

Esta es exactamente la estrategia que vemos que Satanás usa hoy en el movimiento de la Nueva Era. Es muy simple. El ataque viene en la fuente de agua. La única provisión de agua de los Cristianos es el Espíritu Santo. El es el Agua Viva y lo recibimos diariamente cuando estamos sedientos, si vamos a tomar agua al pozo de la salvación. Tomamos cuando lo recibimos en la oración y en los Sacramentos. Sólo El es el Señor y dador de vida. Ahora el tramposo ha aparecido con otra fuente de agua. Eso es una sed falsa, una contemplación falsa, un misticismo falso. Aquellos que quieran beber de esa agua contaminada pueden sentarse horas y llamarla como quieran. Pueden contemplar, pueden mirar, pero morirán de sed porque no es el agua de Dios. No son las aguas vivas. Lo estamos viendo hoy en día y es muy, muy alarmante. Satanás está atacando con esta oración a la gente que ora. Esta oración mentirosa no es fácil de reconocer. El engaño es muy, muy sutil, particularmente la

espiritualidad contemplativa, porque los contemplativos beben profundamente desde sus adentros. O sea, que este misticismo falso conduce a las personas hacia su interior para tomar, pero toman las aguas que no son del Agua Viva. Ellos creen que es oración, pero Satanás ha contaminado la fuente de agua como lo hizo en el libro de Judit.

Estoy segura que hay muchas razones por las cuales esto está pasando, pero una de las razones por la que Satanás entró por este camino del misticismo falso, es porque estamos hechos en la imagen de Dios. Hemos sido creados para ser místicos. Nosotros estamos vacíos, si no tenemos esa unión íntima con Dios. Hemos sido creados para entrar en este gran misterio de amor, para estar más allá de donde estamos. Para esto hemos sido creados—para ser uno con nuestro Dios. Ese es nuestro destino, pero la Iglesia no ha estado enseñando este misticismo. La Iglesia no nos está enseñando a rezar. Todos nuestros santos son místicos. Esta unión íntima con Dios es una de nuestras grandes herencias aquí en la Iglesia Católica, pero no se nos está enseñando cómo conseguirla.

Por eso, nuestra gente esta hambrienta y sedienta y buscan este misticismo falso. Van en busca de Buda, de la psicología, buscan programas que son ahora populares. No hay nada malo con estos programas de ayuda propia, solamente lo son si los hacemos la meta de nuestra vida. Alcohólicos Anónimos es un programa maravilloso pero ese “gran poder” tiene un nombre, ¿verdad? Vamos más allá al Espíritu; el alma no es el fin, el Espíritu lo es. El engaño tiene muchas caras y eso es terrible, y eso es básicamente la estrategia del enemigo. Aquí es donde tenemos que detenerlo. Aquí es donde comienza nuestra oración: “Señor, dale a la gente la verdadera Agua Viva, un nuevo bautismo del Espíritu Santo”. ¡Lo necesitamos!

Es interesantemente que el Papa Pablo VI haya escrito acerca de esto en su encíclica Evangelización en el

Mundo Moderno. El dijo que nuestra gente necesita ser bautizada de nuevo, no con el Sacramento sino con el Espíritu. ¡Esto es increíble! El Papa Paulo VI señaló en detalle el remedio para la crisis actual de la Iglesia, ya desde el año 1975. Esta encíclica se concentra en la evangelización, y este renacimiento es esencial si queremos ser evangelizadores eficaces. El dijo: “No puede haber una evangelización eficaz a menos que la humanidad sea regenerada y renovada desde adentro por el poder del Espíritu”. El lo dijo: Necesitamos el Bautismo del Espíritu Santo. Tenemos que lograr que este mensaje llegue a todas las personas, hacerles saber que **hay** otro nivel de unión, que su hambre y su sed son auténticas, pero que la manera como están buscando esa unión no es auténtica. Tenemos que remover la falsedad y el engaño, la ceguera y la oscuridad. Aquí es donde necesitamos empezar a luchar. Como Judit fue enviada directamente al Jefe Holofernes, nosotros debemos estar dispuestos a ser enviados al líder, a Satanás, a Lucifer para conquistar de nuevo lo que le pertenece a Dios. Dios está reuniendo ahora Su ejército para atacar, porque esta Nueva Era es mortal y la gente que está involucrada en esto sufre severas repercusiones. Algunas personas en nuestra comunidad han tratado de exponer la realidad de lo que es la Nueva Era, y han sufrido la venganza terrible del enemigo. Esta venganza es otra prueba de los espíritus de gran poder que están movilizándose tras la Nueva Era.

Quisiera también compartir otras dos situaciones donde la intercesión se moviliza poderosamente en esta guerra espiritual. Esto sólo sucede cuando uno es guiado por Dios a actuar en la oración. Nunca se movilicen sin el Señor. Esperen por El. Cuando Dios puede confiar en nosotros, cuando El sabe que vamos a obedecer, entonces nos puede usar. Aun cuando nuestra lógica nos diga otra cosa, El quiere que nosotros le seamos obedientes. Por eso puede haber cantidad de pruebas en nuestro aprendizaje

para ser intercesores. Esto también es parte de nuestra protección. Dios no puede enviarnos a ninguna parte hasta que El esté seguro que estamos listos. Y la única manera que nosotros podemos estar listos es si somos intercesores fieles y obedientes.

Un día yo estaba en la Iglesia y me encontré con un joven que terminó contándome su historia. Era un sumo sacerdote que deseaba salir del ocultismo. Yo escuché su historia mientras se me erizaban los pelos de mis brazos, la maldad era tan fuerte, aún allí en la presencia del Santísimo Sacramento. Esto fue todo. Yo no quise meterme ni hacer nada. Me fui. Yo pensé, “Señor, ¿por qué quisiste que yo oyera esto? Es extremadamente peligroso”. A la media hora sonó mi teléfono. Era una amiga mía que no tenía idea donde había estado yo esa tarde y me dijo: “Me acaba de llegar una palabra del Señor para ti. No tengo la menor idea de lo que quiere decir”. Esa es una buena señal de un profeta verdadero, que no trata de interpretar sus propias profecías. Yo confío en esa clase de profetas. Yo le dije: “Está bien. Dime cual es la palabra y yo la llevaré al Señor y El me la explicará”. Ella respondió: “El me dijo que te dijera, No tengas nada que ver con esa persona que encontraste hoy”. Y yo pensé, “Tal vez este es un mensaje verdadero del Señor”. Yo me dirigí a mi director espiritual y le expliqué todo esto. El me dijo lo mismo: “No te le acerques, es peligroso, hasta que el Señor te revele que es lo que se debe hacer, no tengas nada que ver con ese asunto”.

Eso fue lo que hice. Ni siquiera recé más por esto. En ese momento me alivié muchísimo y pensé, “Cuando estés listo para actuar, Señor, me lo harás saber. Y si nunca me lo haces saber, también está bien. Tú se lo harás saber a algún otro”. Pasó todo un año, más bien un año y un día, cuando estaba en mi sesión privada de oración, que de repente fue como si estuviera viendo una película. Lo que sucedió fue que vi a este joven en un apartamento, y el

Señor me dijo: “Da la orden”. Yo le pregunté: “¿Qué?” El repitió: “Da la orden”. Así que cuando di la orden para que Satanás se fuera, vi una culebra inmensa, enorme, que empezaba a salir de la coronilla de la cabeza de este joven. Y salía, salía, salía, casi como una posesión. Cuando la culebra salía, caía al piso y se iba enroscando y enroscando. ¡Era enorme! Se movía lentamente y entonces el Señor dijo: “Da la orden una vez más y dile que se dé prisa”. Así lo hice, y al salir la cola, y cuando ya toda la culebra había salido, instantáneamente la culebra se transformó en Satanás, en Lucifer mismo. Instantáneamente San Miguel, que ni siquiera había estado en la escena, se puso allí entre Lucifer y yo. Nunca más volví a ver a Satanás.

Entonces, en la imagen, vi al joven a quien le acababa de suceder eso y quien estaba totalmente desinflado. Estaba vacío, no había nada allí. Entonces Dios me dijo: “Comienza a rezar ahora mismo por él para que se llene de Mi amor y de Mi alimento, para que se llene de vida”. ¡Así lo hice, eso fue fácil! Esa fue una intercesión **guiada por el Señor, paso a paso, en el momento preciso en que el Señor lo deseaba** y así resultó muy fácil. ¡¡¡Este joven hoy en día es un monje en la Iglesia Católica!!! Fue así de fácil. Pero lo que no es tan fácil es la venganza que uno recibe después de hacer esta clase de oración. Por eso la armadura es tan importante para protegernos. Una cosa es tener la espada, el poder, y otra saber cómo usar la espada y hacerlo eficazmente. Satanás nos atacará y aquí es cuando la armadura es importante. El se vengará.

Satanás me estaba tendiendo una trampa. Hay emboscadas, por eso debemos tener mucho cuidado. No nos tenemos que meter en exorcismos o en lucha espiritual cada vez que vemos la necesidad de ello. No es que no pueda suceder así, sí puede suceder. No es tan difícil remover espíritus malignos, pero es peligroso, si no es en el momento indicado por Dios, ni dentro de Su perfecta

voluntad. Nuestra protección, nuestra única protección aquí es la obediencia a Dios. El hecho de estar dentro de la voluntad perfecta de Dios, pone una sombrilla protectora sobre nosotros. Si Dios nos pide que hagamos algo, entonces Dios es responsable de protegernos y El lo hará. Si nos movemos bajo nuestro propio poder, nuestra propia autoridad, no importa cuan bueno parezca, las consecuencias pueden ser muy costosas y muy serias. Es un ministerio peligrosísimo, pero es para niños. Es para niños que saben como esperar órdenes antes de proceder. Así es de fácil.

Al principio, cuando comencé a trabajar en esta clase de ministerio, la gente venía donde mí pidiéndome que los liberara. Yo realmente no sabía que hacer porque mi única experiencia hasta entonces era lo que había leído sobre los ministerios de otras personas que tenían éxito. Ellos trabajaban en equipo, particularmente las mujeres que estaban en un equipo con un sacerdote. No conocía a nadie que estuviera involucrado en estas guerras espirituales que trabajara sin un sacerdote. Como nosotros no teníamos un sacerdote en Omaha que quería involucrarse, yo no sabía que hacer. Llamé a una experta de otro estado y le pregunté qué sugería que debíamos hacer, y ella respondió: “Ten gran cuidado, eso es peligrosísimo. Yo no lo haría sin un sacerdote”. Entonces, fui al Señor y le dije: “Señor, yo no sé lo que quieres decirme. Me estás enviando toda esta gente. Al mismo tiempo me dicen que no me meta con esta gente sin un sacerdote y yo no conozco a ningún sacerdote. ¿Qué debo hacer?”. El me dijo: “Tú me tienes a Mí. Yo soy el Sumo Sacerdote”. Así comenzamos. Lo ideal es cuando un sacerdote está involucrado en esto, porque por su oficio como sacerdote tiene un poder que inmediatamente hace retroceder a Satanás. Todavía vamos de dos en dos. Este ministerio en particular, fue efectuado estrictamente con el poder de la oración. Jesús estuvo allí conmigo y también San Miguel, ¡gracias a Dios! Si no

tienen un compañero de oración, Jesús será su compañero. El le dijo a Pedro: “Simón, Simón, Mira que Satanás ha pedido permiso para sac ti pla como se hace con el trigo; pero yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca” (Lucas 22,31-32). Tenemos un intercesor que siempre ora por nosotros y al mismo tiempo nos protege. ¡El es un compañero de oración maravilloso!

Déjenme compartir con ustedes otros dos sucesos que envuelven la lucha espiritual en un nivel diferente. En verdad, mientras estén guiados por el Señor, no importa en qué nivel sea. Muchas veces ni siquiera saben a donde van cuando están en oración. No se sabe si iremos a visitar a alguien o alguna cosa en este país, o si vamos a estar en otra ciudad o en otro país.

Cuando estuvimos en Europa acostumbrábamos orar todas las noches para que el Señor nos hablara y nos enseñara por lo qué El quería que rezáramos. Eramos cinco las que viajábamos por Europa, y estuvimos alrededor de siete semanas intercediendo mucho, y una noche el Señor nos dio la imagen de una novia sin cabeza. Entonces, le preguntamos al Señor: “¿Qué quiere decir esto?”. Y no hubo respuesta. Así es que pensamos, “Bueno, cuando Tú estés listo nos lo dejarás saber. Mientras tanto, vamos a disfrutar de Roma”. Y así lo hicimos. A la mañana siguiente fuimos a visitar la basílica de San Pedro. Estábamos vestidas con ropas de viaje, sin nada que nos identificara como religiosas, ni como intercesoras. Estábamos contemplando la Cripta de San Pedro. En ese momento yo estaba sola allí, perdida en mis pensamientos sobre San Pedro y la Iglesia, cuando de repente alguien me tocó el hombro. Era un señor mayor, con una cara hermosa como de campesino, franca, fresca y llena de amabilidad. El hablaba un poco de inglés y me dijo: “¿Podría usted rezar por mi país?”. Yo pensé, “¿Cómo sabe él que yo soy Intercesora?”. Yo le dije: "Me encantaría hacerlo. ¿Cuál es su país?". El me dijo: “Checoslovaquia”. Y entonces yo le

pregunté: “¿Cómo quiere que recemos por Checoslovaquia?”. El me respondió: “Mi país está separado de su cabeza. Rece para que se reúna con Roma”. Como la noche anterior nosotros habíamos tenido la imagen de una novia sin cabeza, sabíamos como rezar, y por supuesto, Checoslovaquia está ahora reunida con Roma. Así que uno nunca sabe. Uno nunca sabe lo que Dios va a hacer.

Una señora que vivía cerca de la parroquia había invitado a muchos grupos de oración en Omaha para que fueran a hacer una noche de vigilia en una de nuestras iglesias. Ibamos a orar por el problema de las drogas, para evitar que creciera aquí y que el Señor se encargara de eso. Por eso estábamos muy felices de ser parte de esta vigilia de oración. Nuestro horario era de 4 a 5 a.m. y todos estuvimos allí, alabando al Señor. Teníamos nuestras Biblias, y como siempre, esperábamos que Dios nos guiara y nos enseñara cómo orar. Comenzamos toda oración pidiéndole a Dios que nos guíe y nos enseñe como orar. “Señor, enséñanos a orar” (Lucas 11,1). “En esta situación y en este momento enséñanos cómo orar.” De repente, por medio de diferentes pasajes bíblicos que hablaban de alabanza y agradeciendo a Dios, nos dio a entender que temprano en la mañana iba a tener lugar una emboscada. Comenzamos a sospechar que nosotros no estábamos orando por Omaha como el resto de las personas oraban, ni como las otras personas pensaban que lo estábamos haciendo. Pasamos la hora alabando al Señor y siguiendo exactamente lo que El nos había enseñado en las Escrituras ¡y eso fue todo! A las cinco de la mañana vino otro grupo y nosotros nos fuimos. Como a las nueve de la mañana, cuatro horas más tarde, el teléfono sonó, y era una llamada de California. Muy temprano, en ese momento, esa misma mañana, había tenido lugar el arresto más grande de drogadictos. ¡Esa era la emboscada! Una mujer había visto un comportamiento extraño, y llamó por teléfono a la

policía. La policía llegó y los agarraron inmediatamente. ¡Fue tremendo! O sea, que Dios no nos dijo dónde estaba ocurriendo esta emboscada, pero con la obediencia de rezar por lo que El quería que rezáramos, El pudo movilizarse. Como ven, la batalla es del Señor, gracias a Dios! El resultado y el fruto es del Señor. Todo es del Señor.

Podríamos narrar más y más sobre las maneras cómo Dios nos guía en esta lucha, y voy a cerrar con una de estas maneras, refiriéndome a la Guerra del Golfo. Cuando estalló esta Guerra, estoy segura que todo el mundo estaba rezando por ella. Algunas veces uno se pregunta, “¿Cómo rezamos? ¿Cómo rezamos en este caso?”. Había una gran confusión, ¿verdad? Por televisión día tras día veíamos que los países estaban enviando tropas para allá, tantos tanques, tantos soldados, tantos aviones. Era abrumador y todo estaba ocurriendo tan rápido. Por eso le preguntamos al Señor: “¿Cómo quieres que recemos en esta situación de la Guerra del Golfo?”. Nos dio dos cosas distintas. La primera fue que rezáramos por Israel, no por los Estados Unidos, porque El iba a encargar a otros intercesores que hicieran eso. El quería que nosotros rezáramos por Israel. “¿Cómo quieres que recemos por Israel?”. Y el Señor dijo: “Que Israel no se desquite, porque Israel va ser atacado y va a querer desquitarse. El enemigo quiere esto. Detengan eso, ruéguenme que yo haga que los Estados Unidos sea el pacificador y lo detenga”. Y por cierto, eso fue lo que ocurrió. Este fue prácticamente nuestro objetivo en la oración por la Guerra del Golfo. Un día, le dije al Señor: “Tú sabes que todo el mundo está enviando tropas, ¿qué piensas Tú de eso?” Entonces El me enseñó una imagen de todos los ángeles oscuros, los ángeles caídos movilizándose por toda esa área. Yo no vi a ningún ángel de luz, los buenos ángeles de Dios, y por eso le pregunté: “¿Dónde están tus ángeles?” El me dijo: “Nadie me ha pedido que envíe a mis Angeles”. ¡No lo podía creer! Por supuesto, nosotros tampoco estábamos pidiendo por eso. Nunca se

me había ocurrido. Así pues, lo hicimos. “Oh Señor, por favor, envía Tus ángeles!”. Allí es donde la batalla estaba ocurriendo, en el terreno espiritual. Estas eran las fuerzas que se estaban moviendo detrás de los líderes y de las diferentes cosas en los países. Y esto fue lo que pasó, Dios envió Sus ángeles y la guerra duró mucho menos tiempo. El plan más importante de toda la estrategia se llamaba “Estrategia Ave María”. Y esto será lo que se escribirá en los libros de historia, que fue la “Estrategia del Ave María” la que terminó esa guerra. Yo pensé, “Miren, toda la gente que estuvo involucrada en la intercesión, en unión con nuestra Señora”. ¡Bellísimo!

Pedimos solamente lo que Dios quiere que pidamos y cuando El lo quiere. La oración así es poderosa. La intercesión es eficaz simplemente porque se le pide al Señor lo que El desea hacer. Una vez que Dios revela Su corazón y Su mente sobre un tema en particular, la súplica es sencilla. Eso es todo lo que tenemos que hacer— pedir, y entonces El lo hace. Pasamos largo tiempo pidiendo por cantidades de cosas que nosotros queremos que Dios haga. Podemos pasar mucho tiempo en oración explicando detalladamente al Señor lo que debería hacer o lo que está incorrecto con esa persona o situación, como si Dios no lo supiera, como si Dios necesitara ser instruido. Pero, somos nosotros los que necesitamos saber y conocer lo que Dios tiene en mente, el corazón de Dios, el plan de Dios. El mero hecho de que Dios nos enseñe cómo quiere que oremos, es el cumplimiento de lo que le dijo al profeta Amós: “En realidad el Señor Yahvé no hace nada sin comunicárselo a Sus servidores los profetas” (Amós 3,7). Así es que cuando El nos lo comunica, El está diciendo: **“Ahora pídemelo.”** “Oren sin cesar” (1 Tesalonicenses 5,17). “Yo necesito que sean mi voz sobre la tierra.”

Algunas veces esto quiere decir que le pidamos que no suceda nada. Depende de lo que El nos enseñe, pero muchas veces es: “Señor, por favor deja que esto suceda y

haz esto, y esto y esto”. Las oraciones tienen que venir por medio de Jesús, y nosotros somos Su Jesús. Somos el Cuerpo de Jesucristo. El Padre trabaja solamente por medio del Cuerpo porque lo hace por Jesús, quien vive en nosotros. Jesús tiene el poder de la mano derecha del Padre y este poderosísimo poder de intercesión que El tiene es la espada del Espíritu en acción. Entonces, **“Vivan orando y suplicando. Oren en todo tiempo según les inspire el Espíritu. Velen en común y perseveren en sus oraciones sin desanimarse nunca, intercediendo en favor de todos los hermanos”** (Efesios 6,18).

CAPITULO 9: EL CALZADO DEL CELO

“Manténganse firmes... Tomen como calzado, el celo para propagar el Evangelio de la paz.”

(Efesios 6,14-15)

Si vamos a mantenernos firmes, debemos ponernos el calzado apropiado. El celo es nuestro calzado. Es lo que nos mueve, lo que nos permite ir a donde normalmente no iríamos. Solo imagínense a las mujeres que usan tacones altos, podrían estar de pie por un rato, pero no estoy segura qué tan firmes estarían por un largo rato. Cuando uno piensa “mantenerse firme”, toma una posición sólida, firme. Vamos a defender nuestro territorio. Nuestro calzado es extremadamente importante. Tenemos que ser capaces de defender nuestro territorio. Con la situación en la Iglesia y en el mundo de hoy, vamos a ser llamados más y más a defender nuestro territorio, a defender la Iglesia y a llevar el Evangelio de la paz.

Nunca se nos ocurrió, a muchos de nosotros, que el libro del Apocalipsis tuviera algo que ver con nosotros. Tenemos la tendencia a pensar que el libro del Apocalipsis pertenece a otras generaciones. Nosotros ni siquiera lo leíamos porque, de todas maneras, no podíamos entenderlo. Pero ahora, cada palabra en particular tiene significado, ¿no es así? El mensaje está claro y lleno de unción. Puede haber muchos misterios, pero el libro del Apocalipsis es para nuestro tiempo. Como sabemos, ahora estamos viviendo el Capítulo Doce. Vamos a tener que defender la Iglesia.

Puede ser que hayan visto, por televisión, a la Iglesia Católica visiblemente representada en la Conferencia del Cairo en 1994. ¿Pensaron alguna vez que verían algo semejante? Nosotros leemos sobre los santos

que fueron perseguidos, pero esto no tuvo lugar en nuestros días. Estas personas fueron canonizadas porque representaron a la Iglesia y hablaron públicamente en su defensa, en tiempos difíciles. Muchos de nosotros hemos leído encíclicas y documentos, pero en la actualidad ver a Roma visidefendie de resentada en esa Conferencia, presente y defendiendo la santidad de la vida, me hizo sentirme orgullosa de ser Católica. Fue nuestro propio país, los Estados Unidos, uno de los principales enemigos. Eso es muy alarmante. Así es que vienen confrontaciones y tenemos que estar preparados. ¡Que gran privilegio tenemos nosotros de ser parte de la historia de nuestro tiempo!

Tenemos que estar “listos...calzados con el celo por el Evangelio de la paz” (Efesios 6,14-15). Es el Evangelio de la paz. Encontrarán que cada parte de la armadura se relaciona con una Bienaventuranza. El calzado del celo es paralelo a “Felices los pacificadores, porque ellos serán reconocidos como hijos de Dios” (Mateo 5,9). Nosotros tenemos que llevar la paz, adonde quiera que vayamos. Somos llamados a ser pacificadores con el calzado del celo. ¡Ven la importancia de ser pequeños! Espero que si no sacan nada de este libro, por lo menos recordarán que tenemos que ser niños. Somos llamados a ser vulnerables, vacíos, débiles. “Pues si me siento débil, entonces es cuando soy fuerte” (2 Corintio 12,10). Somos llamados a ser uno con nuestro Líder, el Cordero. Este es el Oficio de la Intercesión: Estar unidos con el Cordero. Jesús desea continuar Su misión redentora de quitar los pecados del mundo, con y en nosotros. “¡Miren, allí está el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!” (Juan 1, 29). Esa es la vocación del intercesor.

¿Dónde vemos realmente que el pecado fue quitado con gran poder y eficacia? Lo vemos particularmente en el Calvario. Uno de los grandes poderes del Calvario, el poder de Cristo en la Cruz, será realizado por medio de

nosotros, si permitimos que Jesús Crucificado sea uno con nosotros. Tendremos dolor. Tendremos sufrimiento. Este es uno de los grandes poderes del Calvario, de la Cruz. Uno de los engaños más grandes de nuestra cultura de hoy, es creer que tenemos que huir de la cruz, correr de cualquier cosa que nos sabe mal. Tenemos muchas maneras de hacer esto. La Iglesia corre tan rápido y tan decididamente como puede, lejos de la Cruz.

Pero es en la Cruz donde está el Poder y la Sabiduría de Dios. La Cruz es el Poder y la Sabiduría de Dios. Una de las razones por las cuales es el Poder de Dios, es porque es la cumbre del Amor. No hay nada más poderoso que el amor, nada. Jesús dijo: “No hay amor más grande que dar la vida por sus amigos” (Juan 15,13). Para ir a la Cruz, para dejar que la Cruz entre en nuestras vidas, para aceptarla y hacer uso de ella, es necesario el Poder del Amor. La Cruz es redentiva y tiene poder. Jesús dijo: “Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; **yo la doy voluntariamente**. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo. Ese es el mandato que recibí del Padre” (Juan 10, 17-18). La mayoría de nosotros no queremos hacer uso de ese poder si eso significa tener que dar nuestras vidas. Pero quizás no podamos. Quizás no tenemos ese grado de amor para entregar nuestras vidas. Eso requiere amor ágape, amor sacrificado. Ese es el amor del Cordero de Dios. Está bien si todavía no tienen esa clase de amor, pero ustedes saben dónde encontrarlo. Pueden pedirlo, pueden pedir esa clase de amor.

En la Cuaresma celebramos la Pasión de Jesús. La Pasión de Jesús es esta clase de amor, amor apasionado. La iglesia necesita estos amantes apasionados, con un amor intenso, extremo y radical. Si quieres ser radical, sé radical en tu amor, porque nunca va a ser igual al amor de Jesús.

Después de la Resurrección, cuando Jesús le preguntó a Pedro: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?”. Jesús

estaba usando la pastora griega *filio*, que se refiere a ese amor bello de amistad, amor de familia, de hermano-hernana. “¿Pedro, me amas (*filio*)?” Pedro dijo: “Señor, Tú sabes que yo Te amo *filio*”. Entonces Jesús le preguntó de nuevos. Pedro se estaba poniendo más angustiado y dijo: “Sí Señor, Tú sabes que te amo (*filio*)” . Entonces Jesús le preguntó por tercera vez: “¿Simón, hijo de Juan, me amas?”. Pero esta vez cambió la palabra amor por “ágape”. Pedro, ¿me ágapes? En otras palabras: “¿Me amas con ese amor que es amor del Calvario? ¿Me amas con ese amor que daría la vida por Mí?”. Pedro estaba aún más afligido y respondió: “Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que yo Te amo (*filio*)” (Juan 21,15-17).

Pedro para entonces ya había aprendido humildad. Había aprendido a decir la verdad y había aprendido quién era. El todavía no tenía esa clase de amor y podía admitirlo honestamente. Pero la pregunta era: “¿Me amas, con ese amor ágape? ¿Me amas más que estos?” (Juan 21,15). El amor ágape es ese "más" amor. Esto es caminar una milla adicional en los zapatos de tu hermano y es costoso. Puede costarnos nuestra vida sin una muerte física. Puede costarnos nuestra reputación, nuestros amigos, y para alguno de nosotros, nuestro trabajo.

Hace algún tiempo yo tenía un amigo que trabajaba en una compañía grande de ingenieros aquí en Omaha. Acababa de recibir el Bautismo del Espíritu Santo y estaba rebosante del amor del Señor, y ahora el Espíritu Santo lo estaba llamando a este amor puro y radical. Estaba angustiado porque, siendo uno de los altos ejecutivos de la compañía donde trabajaba, tenía que seguir apoyando la manera cómo conseguían los contratos para los mejores proyectos, que era presentando ofertas con precios falsos. Las ofertas que sometían no eran verdaderas. Así conseguían los trabajos y todas las otras cosas que venían con ellos una vez que sus ofertas eran aceptadas. Por eso él me dijo: “Si no modifico estas ofertas, cambiando los

precios, voy a perder mi trabajo”. Yo le pregunté: “¿Y si no dejas de hacer eso, cuál es tu opción?”. “Temo que perderé al Señor. No sé qué hacer.” Yo le dije: “Creo que sabes la respuesta”. El dijo: “Yo también creo que la sé, pero necesitaba oírlo”. Yo dije: “Siempre tienes que escoger la verdad. Tienes que elegir lo que es correcto. Tienes que ver realísticamente el hecho de que perderás tu trabajo, pero Dios nunca te abandonará cuando haces lo que El quiere y es lo correcto”. Eso fue lo que él hizo. El tenía la responsabilidad de una esposa y siete niños, así que esa era una gran decisión. El les dijo a sus jefes que ya no iba a seguir abultando más esas cuentas, que él no podía continuar en esa mentira y lo despidieron. Poco tiempo después, el Señor le mostró cómo podía comenzar su propia compañía.

El Señor siempre estará a nuestro lado pero se requiere tener esa clase de amor. Se requiere un amor más grande que nuestro propio amor. Y como ustedes saben, no es que no amemos al Señor. Es que algunas veces no amamos a Dios más de lo que nos amamos a nosotros mismos. Ese es el problema. La opción usualmente no es entre los Reinos de Satanás y el de Dios, sino que es dentro el pequeño reino de nosotros mismos. ¿A quién amamos más? Frecuentemente estas son las opciones que tenemos que elegir. Estas opciones nos pueden llevar al Calvario si son las correctas. Este es el celo en su mejor momento, si podemos dar nuestras vidas por nuestros amigos. ¿Y quiénes son nuestros amigos? Ellos son los amigos de Dios. Quienes sean Sus amigos, serán también nuestros amigos.

Una vez yo estaba leyendo algo sobre una entrevista con John Kennedy y la pregunta era: “A Jacqueline le debe gustar mucho la política. Obviamente, ella no se hubiera casado con un político, si la política no hubiera sido su interés número uno”. El contestó: “Oh, no. Todo lo contrario. A ella no le importa la política en absoluto”.

“Oh, entonces, ¿cómo se resuelve esto?” El dijo: “Es muy fácil. Yo estoy comprometido con la política. El compromiso de Jacqueline es conmigo y, por lo tanto, ella está comprometida con la política.” Yo oí esto y pensé, “Señor, creo que me estás hablando. Yo no estoy verdaderamente comprometida con la Cruz, pero estoy comprometida con Dios. Tú amas la Cruz y amas toda esta gente. Por lo tanto, yo estoy comprometida también con ellos.”

“Eliminó la Ley con sus preceptos y sus observancias. Hizo la paz al reunir los dos pueblos en El, creando de los dos un solo hombre nuevo. Destruyó el odio y los reconcilió con Dios, por medio de la cruz, haciendo de los dos un solo cuerpo” (Efesios 2,15-16). Pablo fue llamado a este gran ministerio de reconciliación, para estar de pie en la rotura, para reparar la rotura entre el hombre y Dios. Se han preguntado ustedes alguna vez, ¿dónde está esa rotura? Algunas veces nosotros creemos que vamos a reparar algo, pero esa rotura se encuentra entre el cielo y la tierra, entre Dios y el hombre. Por eso “reparar esa rotura” significa que vamos a subir a la Cruz. Y es esa Cruz, ese sufrimiento o dolor que hemos voluntariamente aceptado, en nombre del Cuerpo de Cristo, lo que “repara esa rotura”. La Cruz es donde Dios y el hombre se unen para ser reconciliados. Por eso, Jesús vuelve de nuevo ahora con el Poder de Su Espíritu para vivir a través de nosotros, una y otra vez, esta bella expresión de amor. Vivimos en un estado perpetuo de entrega total, en una pasividad total, en una actitud total de víctima. El desea dar Su vida en aquellos de nosotros que le permitiremos ser Sus “corderos víctimas”, corderos víctimas en el buen sentido, de redención y de amor. “Que se haga en mí como has dicho” (Lucas 1,38). Es así de sencillo. El Espíritu nos llevará a la Cruz que es perfecta para nosotros, si consentimos ser usados.

Si alguien les dice o cuando ustedes dicen: “Yo te amo”, no hay nada más que decir. Esas tres palabras son el epítome, ¿no es verdad? ¿Que más hay que decir excepto repetirlo una y otra vez? Cuando Jesús estaba en la Cruz, eso era lo que estaba diciéndole al Padre y a todo el mundo: “Te amo”. Y eso es lo que Jesús desea decir una y otra vez, pero esta vez por medio de nosotros y de nuestros sacrificios. Este amor ágape es el arma de las armas, que quitará el pecado, y así conquistará el mal. Este Calvario de amor, muriendo así a nuestros propios deseos para que alguien más pueda vivir, es la mejor expresión de amor. Es la expresión más completa de obediencia, de sumisión, de entrega al plan de Dios.

Cuando hablo de la cruz como el Poder y la Sabiduría de Dios, no creo que he comprendido totalmente la sabiduría. Tenía algunas nociones y también leía sobre eso. Estaba en el punto donde parte del don de Sabiduría, que todos recibimos en la Confirmación, comenzaba a ser activado: para ver lo que Dios veía, para comenzar a tener un punto de vista diferente, para ser capaz de entrar más completamente dentro de la mente y el corazón de Dios. Eso es exactamente lo que hace el don de la sabiduría.

Cuando regresé a casa, al salir del claustro, el Señor me mandó que viajara durante un año para que pudiera ver algunas cosas nuevas que estaban sucediendo en la Iglesia, para ver las nuevas órdenes religiosas, los nuevos movimientos. Conocí a otros fundadores y fundadoras por primera vez, y escuché sobre sus caminos y sus vocaciones. Todos ellos estaban muy bien formados por Dios, bien entrenados y eran muy inteligentes. Me pareció que ellos sabían lo que estaban haciendo. Muchos de ellos tenían varios títulos universitarios y estaban bien preparados. Yo almacenaba todo esto en el subconsciente hasta que finalmente, cuando visité la última orden, fue ya demasiado para mí.

Mi psiquis ya no pudo manejar más la sobrecarga. No lo estaba manejando bien y desarrollé un terrible dolor de cabeza que me duró tres días. Dios me detuvo para que considerara todas las cosas conque yo me estaba rellenando. Como estaba muy preocupada, me puse a rezar: “Ellos son tan inteligentes, están tan bien preparados, tienen tantos conocimientos, están muy bien educados. Señor, estoy pensando que tal vez hayas cometido un error. ¿Qué estoy haciendo yo aquí?”. Me sentía como si no supiera nada, porque en realidad no sabía nada, y comencé a pedirle a Dios que me diera sabiduría. “¿Qué es Sabiduría, Señor? porque yo la necesito y la necesito ahora”. Usualmente, El no me da citas de las Escrituras inmediatamente, pero esta vez sí me la dio porque yo estaba desesperadamente en necesidad de la Escritura. El me dijo: “Yo te voy a dar una Escritura sobre la Sabiduría”. Yo dije: “Oh, gracias a Dios, así todo saldrá bien”. El me dio Isaías 53. Es sobre el Siervo sufriente: “Fue llevado cual cordero al matadero, como una oveja que permanece muda” (v.7). ¡No lo podía creer! Pero esto es sabiduría. “Fue llevado al matadero”, es la Sabiduría en su mejor forma porque ese es el Calvario de amor. Es todo amor del Cordero de Dios, la vulnerabilidad, la impotencia, la debilidad, la víctima silenciosa. Ustedes saben que siempre nos queremos defender. Es increíble, pero el verso 10 dice: “El ofreció su vida como sacrificio por el pecado. Por esto, verá a sus descendientes y tendrá larga vida, y por El se cumplirá lo que Dios quiere. “Esto es sabiduría: ser usado por el Señor para que El pueda obtener Sus deseos por medio de nosotros.

Entonces me dirigí al Libro de Sabiduría en la Biblia. Es precioso para meditarlo en oración, y allí comencé a notar que, en el Libro de Sabiduría, el pronombre cambia del género masculino “el” al femenino “ella”. Todo lo que se refiere a la Sabiduría es femenino, “ella.” Todo lo que se refiere a Dios y a las cosas de Dios

en la Biblia es masculino, “el”, pero en el Libro de la Sabiduría, el Espíritu de la Sabiduría es femenino, “ella”. Por eso yo pregunté sobre esto y la respuesta fue: “La forma más alta de la sabiduría es la entrega y nuestra entrega se hace en nuestra parte femenina”. La Iglesia es la novia. El alma es aquí femenina, entrega, o sea que siempre tenemos que batir la banderita blanca de entrega, y si no podemos entregarnos, no debemos de huir. Este es el punto principal, ¡No huyan!. Yo que he estado una gran cantidad de tiempo huyendo puedo decir: “¡No huyan!”. Una manera que yo usaba para “huir” era con largas conversaciones por teléfono, para evitar hablar con Dios. Ese era mi escape. No lo hago más, y es maravilloso no tener que huir.

Tenemos muchas maneras de huir del dolor y de algunas cosas que no queremos confrontar, particularmente dentro de nosotros mismos. Aquí es donde viene bien el calzado del cielo. Este cielo corre **hacia** el Calvario, no en dirección opuesta. El cielo corre con ese gran amor, para que las almas puedan volver al hogar a reconciliarse y a reunirse con el Padre. “El cielo por tu casa me devora” (Juan 2,17). Esta era la actitud que vieron los discípulos en Jesús. El cielo lo consumía totalmente. Ese es el cielo que queremos tener, que tengamos tanto amor que nos consuma, y que se sienta como un fuego ardiendo dentro de nosotros. Tenemos que llegar a conocer al Padre tan bien, que queramos que todo el mundo lo conozca, porque en esto también nuestra alegría será completa.

No es suficiente para nosotros que amemos a Dios y que Dios nos ame. Nosotros queremos que otros tengan esa experiencia. Jesús dijo: “La vida Eterna es ésta: conocerte a ti, el único Dios verdadero” (Juan 17,3). Esto quiere decir tener una experiencia de El, conocerlo a El. Queremos obtener ahora ese don de la vida eterna. Vamos a conocer al Padre por toda la eternidad, a Jesús, al Espíritu Santo, y a todos los ángeles y a los santos, a los amigos, a

los familiares, pero el regalo de la vida eterna puede comenzar en este momento. Podemos conocer al Padre ahora mismo. Podemos en este momento, con nuestros sacrificios, conquistar a las almas que están cautivas, en esclavitud, en oscuridad. Ellas necesitan al Padre. Necesitan a Jesús. Necesitan la luz. Necesitan ser liberadas. Y lo vamos a hacer así, con el arma de la Cruz... ¡el arma del amor!

Durante toda la vida de Jesús, Satanás lo acosó, pero el fruto de este ataque ¡cambió al mundo para siempre! Oímos que Jesús hablaba con autoridad, somos testigos de las sanaciones y vemos el desarrollo del bello ministerio de liberación. Vemos el precioso ministerio del Señor. Cuando Jesús está en la Cruz es como si Satanás se comenzara a dar cuenta que él ha cometido el mayor error que pudo haber hecho. Como saben, lo que Satanás quería hacer era lograr que mataran a Jesús. El incitó a las multitudes y a los líderes, con el intento de crucificar a Jesús. Ahora que parecía que había tenido éxito, Jesús está colgado en la Cruz, y está muriendo, y es como si una luz de repente alumbrara a Satanás y se diera cuenta que había cometido el peor error por toda la eternidad. Por eso ahora viene el último intento para tratar de detener el poder de la cruz: “Si eres el Hijo de Dios, líbrate del suplicio y baja de la cruz” (Mateo 27,40). Esa es la tentación, de huir precisamente de lo que producirá la vida. Cuando estamos en pleno dolor y nuestra reputación está herida, es muy difícil recordar que la cruz es la victoria. Cuando no nos sentimos bien y llevamos la corona de espinas, o cualquier otro sufrimiento, eso es lo que oímos de Satanás: “Huye de aquí. Tú no tienes por que estar en esto”. Y así como trató de seducir a Jesús: “Bájate de esa Cruz” (Marcos 15,32), así también trata de disuadirnos de este trabajo redentivo. Aquí es donde tenemos que tener mucho cuidado.

Esta tentación de huir, es la última arma que Satanás emplea para hacernos retroceder del triunfo de la

cruz, y es muy poderosa. Es poderosa porque nos llega precisamente cuando somos más vulnerables, más débiles. Quizás no nos hemos concentrado en la oración por mucho tiempo, porque ha sido más bien seca y esto ha durado mucho. La mayoría de nosotros podemos aguantar algo por poco tiempo, pero quizás esta sequedad en particular ha durado mucho tiempo. “¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome? ¿Hasta cuándo me ocultarás tu rostro?” (Salmo 13,2). El Salmista tiene un precioso salmo: “¿Cuánto tiempo? ¡Oh Señor! ¿Cuánto tiempo?”. Nosotros comenzamos a poner un estimado alrededor de “cuanto tiempo”, porque casi inconscientemente tenemos nuestra propia agenda. Se nos olvida concentrarnos en el por qué y en el por Quién estamos haciendo las cosas. “Yo haré tal cosa, por tal período de tiempo,” pero después de una semana, “¿Por cuánto tiempo, Señor, tiene que continuar esto? ¿Cuánto tiempo?”. Siempre debemos ser cuidadosos de la tentación de retroceder.

Cuando estamos en esta actitud del Calvario, cuando aceptamos el dolor y el sufrimiento por el Cuerpo de Cristo, la batalla es feroz. El sufrimiento, tiene tres niveles: emocional, físico y espiritual. El sufrimiento de cualquier tipo, nos deja débiles y vulnerables. El sufrimiento es muy difícil, pero no por eso debemos avergonzarnos. Podemos unirlo al sufrimiento de Jesús, el Cordero.

Los dones de la fe, esperanza y amor son muy importantes porque nos mantienen en esta unión. Sabemos que vamos a llegar a la Pascua. La esperanza nos lleva a la Resurrección. Sabemos que habrá una luz al final del túnel. Sabemos que vamos a tener la victoria. Sabemos que estamos haciendo la voluntad perfecta de Dios. Por eso no importa cuán difícil sea, porque si a final de cuenta estamos firmemente anclados en la unión con Dios, tendremos paz. “La paz de Dios, que es mayor de lo que se puede imaginar, les guardará sus corazones..” (Filipenses 4,7). Satanás no

nos puede robar esto. Hay un área dentro de nosotros donde nadie puede entrar excepto nosotros y el Señor, y allí estamos seguros. La fe no nos abandona, la esperanza no nos abandona y el amor no nos abandona, porque estamos unidos con nuestro Líder. Es nuestra unión con Jesús la que fortalece nuestra fe, esperanza y amor. Cuando estamos unidos con Jesús de esta manera especial, estamos unidos con la Sabiduría, la Sabiduría Encarnada. La Sabiduría está ahora encarnada dentro de nosotros, y toma el mando. Por eso Pablo pudo decir estas bellas palabras: “Pues así completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo para bien de Su Cuerpo, que es la Iglesia” (Colosenses 1,24). Eso es el celo. No estamos haciendo esto para nosotros mismos. Estamos siendo utilizados por Dios. ¿Qué quiere decir que completo en mi carne los sufrimientos de Cristo? Jesús ha ganado todas las gracias, pero ahora es necesario que se distribuyan y El lo hace por medio de Su Cuerpo. La Redención tiene lugar en la carne y la sangre, con el Espíritu actuando dentro de estos templos humanos. ¿Pueden ahora ver porqué la Cruz es la Sabiduría y el Poder de Dios? No hay nada más poderoso porque esto es amor. Esto es amor al máximo.

Yo recuerdo que cuando estaba en el noviciado, un sacerdote me dijo que su mamá se estaba muriendo y esto nos hizo sentir mal. Pero él respondió: “Todo está bien. Ella tiene mucho dolor, pero lo que es bello es que ese dolor no se desperdiciará”. El sentía que la mayor tragedia en el mundo no era el dolor, sino el desperdicio del dolor. El dolor en sí no es bueno, pero el dolor puede producir fruto, cuando nuestro dolor se une con los sufrimientos del Señor y es ofrecido por otros. En Pentecostés podemos ver la gran bendición del Amor de Dios bajando sobre Su pueblo. Pentecostés pudo ocurrir porque hubo unas pocas personas al pié de la cruz que pagaron el precio junto con Jesús. Pentecostés tiene un precio y cuando queremos esas gracias para nuestra Iglesia, nuestra nación, para nuestros

seres queridos, para nuestras familias, debemos estar gustosos de pagar el precio. Esto es celo, estar de acuerdo en ser usados por Dios en cualquier cosa que El desea, para ganar almas para El. Nosotros estamos de pié junto a la Cruz, junto con Nuestra Señora, la Dolorosa, con el Amado Juan y con María Magdalena. Ellos estaban allí de pie. Ellos eran los amigos de Jesús y también sufrieron.

Algunas veces he pensado quién sufría más, si Jesús o María. Algunos de nosotros quisiéramos mejor sufrir nosotros que ver sufrir o morir a alguien que amamos. No creo que haya mayor sufrimiento que ese. El sufrimiento de Nuestra Señora y de aquellos que tienen que ver a sus seres queridos morir, es increíble. No hay palabras para describirlo. No hay dolor como ese, pero María tenía en su interior esa palabra profética de Simeón: “Mientras a ti misma una espada te atravesará el alma. Por este medio, sin embargo, saldrán a la luz los pensamientos íntimos de los hombres” (Lucas 2,35). Estar dispuesto a permitir que esa espada atravesase nuestro propio corazón por otro, es muy importante. Si el dolor penetra tu corazón, puedes estar seguro que es un dolor redentivo. Está realizando el fin por el que comenzó, para que los pensamientos íntimos del hombre salgan a la luz. En el dolor o en el sufrimiento, oren por las gracias de soportarlos. Oren por las gracias, para quien sea, o para lo que sea que en el Cuerpo de Cristo necesite gracias extraordinarias y sanación.

Muchas veces podemos interceder, y no vemos lo que sucede. Después llega el dolor. Puede venir de un amigo que nos habló con desconsideración. Puede ser dolor por la muerte de un ser amado. Para algunos de nosotros puede ser el dolor de ver morir a un animal que queremos. Pero sí es dolor. Cuando el dolor llega, podemos estar casi seguros que de alguna manera hemos conseguido algo grande, en algún lugar, para alguien por quien habíamos estado rezando. Muchas veces Dios nos

deja saber por quien tenemos este dolor o sufrimiento para darnos fe y fuerza para seguir adelante.

Y ¿qué del dolor del ayuno? Esta clase de dolor consiste en dejar de comer y puede ser muy redentivo, pero sólo si el Señor lo desea. La Virgen María en Medjugorje nos está pidiendo que ayunemos tomando sólo pan y agua. Nosotros hemos estado en Medjugorje muchas veces y siempre hemos tenido que preguntarle a Dios sobre varias cosas, inclusive los mensajes del cielo. Cuando yo le pregunté específicamente sobre el ayuno de pan y agua, si en ese momento sería bueno para mí, recibí la respuesta de Nuestra Señora: “No”. Yo pregunté: “¿Entonces qué clase de ayuno te gustaría para mí?” Ella me dijo: “Quiero que comas bien”. Yo tengo la tendencia de comer lo que sea y no comer con regularidad. El ayuno no sería difícil para mí, pero La Virgen María quería que yo tuviera suficiente energía. En el cuarto día del ayuno de ocho días que hice por mi cuenta, ya me estaba desmayando. Esa clase de ayuno lo hice porque yo lo quería hacer. No era lo que Dios me pedía, y no me dio las gracias necesarias para soportar una semana de ayuno.

Después cuando recién regresé a casa, al dejar el Claustro, el Señor me pidió que hiciera un ayuno durante toda la Cuaresma. Yo creí que estaba oyendo cosas sin sentido, porque nunca antes había podido ayunar de tal forma, pero El lo quería así. Quería un ayuno estricto de todo menos jugo de frutas. Cuando le informé esto a un doctor, amigo mío, él me dijo: “No me gusta esa idea. ¿Qué te dice tu director espiritual?” “El dice que está bien, pero que debo verificarlo contigo”. El me dijo: “Vamos a ver que pasa después de diez o quince días de este ayuno. A mitad de la cuaresma, voy a examinar tu sangre, y veremos cómo van las cosas” Yo le dije: “Está bien, eso me parece bien”. Así pues, a mediados de la Cuaresma, fui a su oficina y me examinaron la sangre. ¡El no podía creerlo! Yo no sé nada de estos exámenes, pero mi hemoglobina

estaba en 14.9. 15, indica que está muy buena. Estaba muy bien de salud. ¡Nunca me había sentido mejor en toda mi vida! Era lo más fácil que jamás había hecho. Descubrí que necesitaba muy poco sueño, y por eso tenía mucho tiempo libre para orar. Fue maravilloso, pero era porque tenía la gracia de Dios durante esos cuarenta días. Desde entonces nunca más me pidió que hiciera este ayuno. El ayuno puede ser redentivo, pero para que dé fruto, debe hacerse por iniciativa del **Señor**.

Yo estaba acostumbrada a un estilo de vida de ayuno, ya que en el claustro las personas practican bastante el ayuno. Es parte del sistema de vida y del reglamento, y sin embargo, en los primeros dos o tres meses después que salí del claustro, se me hizo muy difícil ayunar. Tenía dolores de cabeza y me sentía muy cansada, hasta que el Señor me enseñó que para ayunar bien, uno tiene que comer bien. Hay que comer debidamente los días anteriores, para que cuando lleguen los días de ayuno, tengan la energía suficiente para soportarlos. En ese tiempo, yo no estaba comiendo correctamente. Todos los días hacía un emparedado de queso para comerlo en el carro mientras corría de un lado a otro. Cuando comencé a ayunar no me había alimentado bien y no tenía la energía necesaria y por eso me debilitaba mucho. El hecho de prepararse para los días de ayuno, comiendo bien los días anteriores, tiene sentido. El ayuno es bíblico y puede dar fuerza a nuestra intercesión, pero sólo si es el Padre quien lo desea.

Hay un gran poder en el ayuno. Cuando el ayuno se hace por más de un día, encontrarán que el cuerpo empieza a eliminar productos que son venenosos. Quizás ustedes ya hayan descubierto eso. Los médicos probablemente ya lo sabían. Pero yo lo descubrí por mi propia cuenta, y pensé, “¿No es esto interesante?” . Hay una sanación que comienza a realizarse en el cuerpo, la energía y toda clase de cosas buenas comienzan a surgir durante el ayuno. El

Señor me enseñó que el ayuno que causa limpieza y energía en el cuerpo trabaja de la misma manera en el Cuerpo Místico de Cristo. El ayuno tiene poder purificador y poder libertador para echar fuera el veneno espiritual de Su Cuerpo Místico, la Iglesia. Puede echar fuera el veneno espiritual de todo Su Cuerpo. Tiene la energía para encender las almas con el fuego del amor de Dios. Lo que con el ayuno sucede en el cuerpo físico, puede suceder exactamente en el Cuerpo Místico. Así es de poderoso.

Pero por el ayuno puede venir el dolor. ¿Han notado todas las tentaciones que vienen de repente durante los días de ayuno? Nunca pensamos en la comida durante toda la semana, pero de repente, el día que ayunamos sentimos mucha hambre a la hora del desayuno. Este es el sacrificio. El ayuno puede ser un sacrificio porque es nuestra voluntad la que se está sacrificando. Este es nuestro don: el de poner a un lado nuestras propias preferencias, nuestros deseos y permitir que esta limpieza y energía se desarrolle en el Cuerpo. Nuestro libre albedrío es el único don que realmente tenemos para ofrecer. Ponemos nuestro libre albedrío sobre el altar, particularmente el altar de nuestro corazón en unión con el Cordero. Estamos de acuerdo en ser corderos sacrificados. Ese es nuestro regalo. El Padre nos dio el precioso regalo del libre albedrío; y este es el regalo más precioso que tenemos—la habilidad de devolvérselo continuamente. Es un sacrificio de amor. Es un sacrificio de alabanza y el fruto de esto es un gozo inmenso. Es un gozo inmenso el saber que Dios puede usarnos de la manera que El quiera, y de esos sacrificios viene una gran paz.

Recuerdo cuando estábamos orando insistentemente por una amiga mía, que tenía, además de otras enfermedades, unos dolores de cabeza muy severos. Ella estaba totalmente deshabilitada. Por largo tiempo había visto neurólogos, psiquiatras y toda clase de doctores que la habían examinado. Finalmente fue a Boston, donde se

sometió a varios exámenes agotadores, del cerebro, de la espalda, de la espina dorsal, sin que pudieran encontrar lo que realmente tenía. Como no recibía ninguna ayuda de la profesión médica, nosotros nos pusimos a rezar y a rezar para que el Señor la sanara.

Ella no estaba muy lejos del lugar donde vivía el Padre DiOrio, y le dije: “¿Por qué no vas allá a verlo para que él ore por ti? No tienes nada que perder”. Ella dijo: “Bueno, trataré, pero no sé si podré. Veré si alguien me puede llevar”. Ella estaba increíblemente enferma, pero nadie la podía llevar a la hora de la cita. Al mismo tiempo, estábamos organizando una gran conferencia en Omaha. Estábamos todos muy ocupados y cansados, y el día anterior de la conferencia, murió mi gato. Todos queríamos mucho a este gato y aún un doctor amigo mío, que odiaba a los gatos, lloró porque era un gato muy especial. Yo sentí un gran dolor por su muerte. Estaba muy cansada con todas estas preparaciones y trabajo y mi cuerpo no tenía los recursos naturales para recuperar mi equilibrio. Lo que vino a mi mente, inmediatamente, fue mi amiga. Yo recé: “Señor usa este dolor. Puede ser que esto sea un dolor pequeño para otra persona, pero yo estoy muy apenada en este momento, porque algo que yo quería muchísimo acaba de morir. Usa este dolor para mi amiga, Señor, y sánala”. El lo hizo. ¡Ella fue sanada! ¡Creo que ella podría haber volado de vuelta a su casa sin avión! Así que el dolor no es tan malo en sí mismo, si lo unimos al corazón traspasado de Jesús.

Sea cual sea el retiro, así sea de tres o de treinta días, San Ignacio siempre quiere que, el último día del retiro, contemplemos el amor profundo de Dios. Esto forma parte de los ejercicios espirituales de San Ignacio para fortalecernos. Yo estaba en un retiro de discernimiento por treinta días, y estaba en el balcón de la capilla el último día de mi retiro. Estaba mirando a un crucifijo inmenso y de repente, fue como si el crucifijo

estuviera vivo y Jesús vivo sobre la cruz. Y vi, que de Su Corazón traspasado, brotaban el agua y la sangre. En la imagen, había un altar con siete cálices que recogían la sangre y el agua. El Señor me enseñó que estos siete cálices son el sistema sacramental de la Iglesia. Los Sacramentos dan vida, ¿pero de dónde viene esa vida? ¿Dónde está la fuente? La vida se desborda del Corazón de Jesús. Por el sacrificio de Su propia vida, Jesús trajo vida a toda la Iglesia. Cuando nosotros subimos a la Cruz con Jesús y dejamos que nuestros corazones sean traspasados, nosotros también estamos dándole vida a la Iglesia. Es muy místico, pero muy real. Traemos vida, y damos vida. Para eso vino Jesús—para traer vida. Jesús dijo: “He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Juan 10,10).

Así pues, una vez más, volvemos a la bella Bienaventuranza: “Benditos los que trabajan por la paz” (Mateo 5,9). Este es el evangelio de la paz, que nos habilita para reconciliar, otra vez, al hombre con Dios, para traer vida al pueblo, y aún a la Iglesia Católica. En actualidad, no fluye en la Iglesia la vida espiritual ni la vitalidad que necesita. La gente puede ser que esté en Misa físicamente, pero quizás no espiritualmente. El pueblo está sediento y hambriento. Por eso, la llamada viene: “¿Ofrecerías tu propia vida por mi pueblo? ¿Escogerías voluntariamente ser vulnerable y aparecer tonto a los ojos del mundo? ¿Me permitirías el manejo total de ti y de tu vida?” “Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán reconocidos como hijos de Dios” (Mateo 5,9). Este es un ministerio de reconciliación, de hacer la paz, de llevar la vida, que procede de Dios, donde se había perdido. Es un ministerio para niños. Los niños no calculan el precio del amor, ellos simplemente aman. Todos somos hijos de Dios, y por eso somos bienaventurados. El gozo aumenta cuando nos

adelantamos y amamos en Nombre de Jesús. Hay gozo si tenemos esa actitud, una actitud de “ser feliz”.

¿Han notado alguna vez cómo tratamos de reconciliarnos unos con otros? Decimos: “Vamos, lo siento mucho”. Pero de la manera que lo decimos quiere decir que todavía tenemos el control. Le estoy diciendo a alguien: “Lo siento. Ahora, si tú no quieres aceptarlo, ese no es problema mío. Me lavo las manos y me voy porque ya me disculpé”. De esta manera, podemos llenarnos de orgullo, creyendo que “tenemos un corazón tan grande que dimos este gran paso y nos disculpamos”. Pedir perdón es maravilloso, pero el Señor me enseñó que esta no es la manera que El quiere que nosotros nos disculpemos. Puedes decir que tienes pena por lo que pasó, pero toma el próximo paso y suelta el control. “¿Podrías perdonarme o me perdonas por favor?”. Cuando hago esto, me vuelvo vulnerable porque mi libertad y mi aceptación dependen de la otra persona, y estoy a la merced del otro. Soy el cordero víctima una vez más. Dios nos está llamando a esta clase de vulnerabilidad, a dejar que Su paz y Su amor fluyan, aunque eso ocasione que nuestros sentimientos sean heridos. En este proceso vamos paso a paso, un pasito tras otro.

Si vamos a estar de pie, firmes, necesitamos del calzado apropiado. El celo por la salvación de las almas es nuestro calzado. Es lo que nos mueve, lo que nos permite ir a donde normalmente nunca iríamos. Así que, **“Manténganse firmes.. Tomen como calzado, el Celo para propagar el Evangelio de la Paz”** (Efesios 6,14-15).

EPILOGO

***“Fortalézcanse en el Señor con Su energía y Su fuerza.
Pónganse
la Armadura de Dios para que puedan resistir las
maniobras del Diablo.”***

(Efesios 6,10-11)

Fortalézcanse en el Señor. Se necesita la fortaleza pero no la nuestra. Me encanta la canción: “El gozo del Señor es mi Fortaleza.” El gozo es el fruto de la presencia de Dios, de Su infalible presencia. Ustedes pueden contar con ella. Satanás no puede falsificar ese gozo de ninguna manera. Esa es nuestra fuerza. Tenemos ese gozo interior del Espíritu, el fruto de la unión, de la unión con Dios. Es el gran fruto de Pentecostés, una grandiosa embriaguez de amor, de gozo y de vino nuevo. Por eso, fortalézcanse en el Señor y de Su poder omnipotente.

Cuando fuimos Confirmados como “soldados de Cristo” y se nos dio la autoridad para “pelear la buena batalla”, recibimos con este propósito la armadura de Dios, por medio de los siete dones del Espíritu Santo. Sin embargo, es con nuestro “sí” de cada día bajo la sombra de Su Presencia y con nuestra entrega diaria a la acción de Sus dones que “nos ponemos” la armadura de Dios y somos “¡revestidos con el poder de lo alto!”

1. La Fortaleza. Nos ayuda a “fortalecernos en el Señor y en Su poder omnipotente”, dándonos la valentía para enfrentarnos al “enemigo invisible” en las pruebas diarias y en las tribulaciones del amor que sufre, sabiendo que El está siempre con nosotros.

2. El Temor del Señor. Nos ayuda a ponernos la “coraza de la justicia”, de la rectitud, de la ausencia de

pecado por medio de un profundo odio al pecado, eligiendo hacer sólo lo que le complace al Padre. Eso nos escoge para enviarnos a la batalla junto con la Mujer, vestida del Sol, para hacerle guerra a la serpiente, unidos con Su santa descendencia, Jesús.

3. El Conocimiento o Ciencia. Nos ayuda a ponernos el “casco de la salvación” y a tener la mente de Jesucristo, participando así de Su “filiación” , donde encontramos nuestra verdadera identidad como hijos de Dios. Con esta actitud de humildad y con la mentalidad de total dependencia, entramos en la victoria del Cordero.

4. El Consejo. Nos ayuda a estar firmes teniendo la “Verdad como cinturón”, porque ¿quién ha conocido la mente y el corazón de Dios fuera del Espíritu Santo? Con esta Luz, capaz de discernir, los consejos ocultos de Dios revelan los engaños más solapados de la esclavitud del enemigo y la libertad suprema del poder de Dios.

5. La Piedad. Nos proporciona con el “calzado del celo” para propagar el evangelio de la paz. Este poder de reconciliación nos permite dar la vida por nuestros hermanos. Como “pacificadores bienaventurados” nosotros, en unión con Jesús, derrotamos al enemigo por la Sangre del Cordero, para la mayor honra y gloria del Padre.

6. El Entendimiento o Inteligencia. Es el “escudo de la fe” que nos ilumina los ojos del corazón para poder “ver”. Las flechas incendiarias del enemigo son extinguidas por la “visión interior” de un guerrero de oración que reconoce la Verdad de que “todas las cosas son posibles para Dios.”

7. La Sabiduría. Nos ayuda a “revestirnos del Señor Jesucristo”. Transformados en la Palabra de Dios (Apocalipsis 19,13), el Espíritu Santo nos usa como Su “espada” para entrar en la batalla, “porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal que están en

las alturas” (Efesios 6,12). “Harán la guerra al Cordero, pero el Cordero los vencerá, porque es Señor de señores y Rey de reyes, y con El vencerán los suyos, los llamados y elegidos y que se mantienen fieles” (Apocalipsis 17,14).

La batalla es del Señor, y el Señor la hace por medio de los niños, “se dejarán guiar por un niño pequeño” (Isaías 11,6). Nuestro Comandante en Jefe es un niño y escoge permanecer niño en nosotros para introducirnos en el bello espíritu de la niñez interior para que continuamente imploremos con total dependencia, “Papacito, Abba, Padre”

Quisiera compartir con ustedes una imagen que me dio el Señor durante un Domingo de Pentecostés. Había llegado del claustro hacía muy poco tiempo, y el Señor estaba muy ocupado enseñándome muchas cosas. ¡No es que no esté ocupado enseñándome ahora! Sino que siempre estamos en un proceso de aprendizaje. El grupo de carismáticos se estaba reuniendo para la Misa de Pentecostés. Cuando viajábamos una de las mujeres nos dijo: “¿Vieron esa culebra?” Yo le dije: “¡No, gracias a Dios, no la vi!” Es paradójico que yo esté en el ministerio de liberación, siendo así que en el mundo físico, no soy capaz de tolerar ni un gusano. Yo era la única persona que tenía permiso en el claustro para usar guantes cuando trabajaba en el jardín, en caso de que hubieran gusanos en la tierra. De todas maneras, ella dijo: “Qué cosa tan extraña, en vez de estar enroscada al lado de la carretera, estaba erguida como si estuviera a punto de atacar”

Eso fue todo lo que se comentó acerca de esto hasta que llegamos a la Iglesia. Antes de la Misa, el Padre dijo: “Si alguien tiene alguna intención especial para la Misa, póngala sobre el altar para ver qué es lo que el Señor quiere que hagamos. Dios quiere y desea que tengamos muchas intenciones especiales durante esta Misa”. Yo estaba extrañando mucho a la comunidad del claustro, así que mi intención era “comunidad”. Yo realmente deseaba una comunidad.

Después de recibir a nuestro Señor en la comunión, me fui hacia atrás y me arrodillé y de repente sentí como si estuviera viendo una película. Fue algo que nunca lo olvidaré. Todo comenzó al recordar lo que esta amiga dijo de la culebra que yo no vi. En la imagen ahora yo veía que la culebra estaba lista para atacar. Iba a lanzarse hacia arriba y entonces me iba a atacar. En ese instante el Señor me levantó y me mostró que la culebra estaba a punto de mordirme el talón. Se parecía mucho a lo que dice en las Escrituras en el Génesis (Capítulo 3). Yo estaba, pues, mirando esto y me vi a mi misma elevarme, y lo que enseguida vi fue a alguien que estaba de rodillas ante el Padre. Esa persona se me pareció a Juana de Arco. Solamente la veía por detrás, pero me di cuenta que esa persona estaba recibiendo la armadura. No fue sino hasta unos minutos más tarde, cuando esta persona se volteó, que me di cuenta ¡que era yo misma!

Esta era la primera cosa que Dios deseaba que yo supiera. Nosotros hablamos muy a la ligera de la armadura de Dios — “Vamos a ponernos la armadura de Dios”. Pero **nosotros** no nos la ponemos. Es **Dios** quien nos pone la armadura. Es una armadura en nuestro interior. No es nada exterior, está dentro de nosotros.

Y la imagen continuó. Me veía muy, muy pequeña para estar dentro de esta gran armadura y pensé, “No sé que va a pasar ahora”. Lo que siguió fue que el Señor me levantó y me puso sobre un caballo blanco en el que El también estaba, así como un niño pequeño se sienta en frente del que está cabalgando. Yo me veía tan pequeñita dentro de la armadura, viéndome absolutamente ridícula, pero el Señor estaba conmigo sobre este hermoso caballo, y de repente...¡silencio! A veces, el silencio puede hacernos poner más atención que las palabras. Yo estaba conciente del silencio, montada en este caballo, y podía oír el suave y cadencioso ritmo de los cascos de muchos caballos. Volví a ver hacia atrás, y vi todo un ejército montado en caballos

blancos. Todos estos caballos pateaban el suelo suavemente, esperando obedientes. Miré, entonces, de frente, pensando, “¿Por qué estamos todos alineados aquí?” De repente, la imagen se abrió frente a mí y vi como a la distancia de unos treinta metros otro ejército montado en caballos negros, cuyo líder era Satanás. Estábamos cara a cara y yo pensé, “Aquí va a haber una tremenda confrontación”. En el ejército satánico todos tenían flechas incendiarias. Yo pensé, “Oh Dios mío, ellos nos van a lanzar esas flechas en cualquier momento. Nosotros no tenemos esa clase de fuego. ¿Dónde está nuestro fuego?”. De repente, miré a mi alrededor y vi que todos tenían llamas ardientes dentro de sí. Miré dentro de mí y vi el mismo fuego. Todos teníamos el fuego del Espíritu Santo ardiendo dentro de nosotros. Todos teníamos el amor de Dios, el Espíritu de Dios, el Fuego de Dios.

Todos estaban mirando al Padre, esperando la señal. Y como nadie se movía me di cuenta que era porque el Padre tenía la autoridad absoluta. El tiene a todo el mundo en Sus manos, y a Satanás también así lo tiene. Nos tiene a todos nosotros. El tiene el mando. El nos puede librar de todo mal. El dará la señal para que este ejército con Jesús a la cabeza, avance a una con San Miguel.

El nos está preparando. Nos está revistiendo con la armadura que necesitamos para la batalla que está por llegar. Esta es la armadura que nos da Dios. Dejemos que Dios nos revista con esta armadura. Esto es un don. Es una gracia que podemos pedir para que estemos capacitados para recibirla. Esta es la armadura que Dios nos da, la cual nosotros no podemos ni quitarnos ni ponernos. Nosotros nos convertimos en la armadura.

ORACION FINAL

ORANTE

Concédenos, Señor, a los que estamos con María al pie de la Cruz, la unión contigo y la confianza en aquella a quien se le dio el poder de conquistar al mundo. Ayúdanos a revestirnos de la armadura de Dios; para combatir, no contra fuerzas humanas, sino contra los principados y poderes que gobiernan este mundo de tinieblas, los espíritus malignos que se encuentran en las regiones de lo alto. Ayúdanos a estar firmes con la verdad como nuestro cinturón, la justicia como nuestro escudo y el celo de propagar el evangelio de la paz como nuestro calzado.

Danos plenitud de la fe, firme e inmovible como una roca, en la que podamos descansar serenos y estables en medio de las cruces, afanes y decepciones de la vida; una fe valiente que nos inspire a emprender y llevar a cabo, sin vacilar, las grandes obras por Dios y para la salvación de las almas; una fe que nos impulse, unidos, a encender en todas partes el fuego del Amor Divino, para iluminar a aquellos que están en tinieblas y bajo la sombra de la muerte - para animar a los que están flojos - para revivir a los que están muertos por el pecado; y una fe que en cualquier circunstancia sea nuestro escudo para extinguir los dardos encendidos del maligno.

Enséñanos a tener Tu mentalidad, a ponernos el casco de la salvación y a convertirnos en la espada del Espíritu, la Palabra de Dios.

Haznos caer en cuenta de que debemos orar en el Espíritu en cada oportunidad, especialmente por todos los de la santa compañía. Bendice a los que han lavado sus vestiduras en Tu Sangre con el don del agua que da vida, para que cuando la batalla de la vida haya terminado, El que está sentado en el trono y Tú Cordero sacrificado

reciban toda alabanza, honra, gloria y acción de gracias, por los siglos de los siglos.

Amén.

Interresores del Cordero es una comunidad mixta compuesta de sacerdotes, hermanas y hermanos consagrados y seglares que han sido llamadas al discipulado por el Espíritu Santo y formados en el corazón de María, para continuar la misión redentora del Cordero de Dios por medio de Su poderoso ministerio de intercesión de “llevar las cargas de otros”. Comprometidos a vivir en Jesús y Su cruz con el propósito de quitar el pecado del mundo, equipados con las armas para el combate espiritual y con el poder del Espíritu Santo estamos encargados del poderoso ministerio de la intercesión que brota de la fuente del Amor divino que fluye del corazón traspasado de Jesús. En unión con el Cordero sacrificado, propagamos y establecemos el Reino de Dios **dentro** de nosotros, preparando así a la Esposa para la unión contemplativa del Amor. Nuestra meta es el desarrollar y promover una profunda vida interior en los corazones del pueblo de Dios para que puedan ser dentro de si mismos una “casa de oración” (Is 56, 7) como lo es Dios dentro de Si mismo. Porque es la vida la que ora, nuestra relación personal con Jesús es la raíz y el poder de toda intercesión efectiva. Mientras más fuerte nuestra unión con Su Corazón, más latirá nuestro corazón como el de Él....un constante y suave latido...un latido que siempre dice, “Almas....almas.....almas”. ¡Ansiando prender fuego sobre la tierra para hacer todas las cosas nuevas, hacemos patente el misterio del Amor misericordioso de Dios para alabanza y gloria de Su Nombre! Los que son principalmente designados en el pueblo de Dios a este apostolado son los pastores del rebaño, a quienes nos comprometemos a ayudar con el testimonio de nuestras vidas y con el poder de la oración.

Interresores del Cordero

Teléfono: 402-455-5262, Fax: 402-455-1323

E-mail: bellwether@novia.net, Web: www.bellwetheromaha.org